

UN PEDAGOGO TERRIBLE
○
EL VIENTRE DE UNA REVOLUCION

SERGIO MICHÉN

113 p
UN PEDAGOGO TERRIBLE

O

EL VIENTRE DE UNA REVOLUCION

(EPISODIOS NOVELESCOS Y NOVELISTICOS DE UNA ETAPA
DE VIDA NACIONAL)

MOTIVO DE LATORRE

PRIMERA PARTE



BIBLIOTECA NACIONAL	
QUITO - ECUADOR	
COLECCION GENERAL	
Nº 7446	AÑO 1991
PRECIO	DONACION

0002918-J.

QUITO — ECUADOR

IMPRENTA DE NESTOR ROMERO DIAZ

1927

«La incultura del suelo puede combatirla el arado de hierro; la incultura del espíritu puede extinguirla el arado de la enseñanza....»

Luis Araquistáin.

¿Cuál es aquí toda la verdad? Que la educación, ante todo, es una obra de amor y de sacrificio; pero es también una obra de razón y de luz, de elevación y de fuerza.

Dupanloup.



Sergio Núñez

Cartela de identidad de esta obra

HA sido indispensable, lector amigo, despertarte la curiosidad allá en tu escondida órbita donde vives.

Tú eres maestro de escuela, es decir, elemento de vida creadora, fuerza viva de la patria, probablemente padre conscripto de tu generación procreada con tus esfuerzos, con tu vida, toda llena de sinsabores, de lágrimas, de ecos perdidos en la indiferencia, en el desprecio corriente.

Pero, esto no te lo habían dicho nunca en un libro, en un haz de capítulos de novela, plasmada en la realidad gris, en el fondo oscuro de nuestras miserias político-sociales. Confundido en tu miseria, anonadado en el común tráfago de intereses bastardos,—siendo como eres héroe, factor dinámico de la civilización contemporánea,—sigues empujando tus aspiraciones imposibles, siendo más bien, empujado lejos por los hechos insignificantes, irrisorios de la hora.

Y sin embargo, tú, que con los tuyos formarías una legión de hombres representativos, llegarías—claro que llegarías—a reconstruir tu patria, revolviendo el pantano podrido de nuestras costumbres.

Pues bien, en esta novela hallarás el personaje o personajes que actúan en tal sentido: maestros de escuela, pero valerosísimos, campeones a boca llena de una nueva era. Combatientes, reivindicadores de la moral escolar, del soñado sentimiento cívico, de la verdadera competencia profesional, se mueven aquí con los puños cerrados, gritando a todo pulmón por su dignificación individual; se mueven en el inicio de la más conclu-

yente de las revoluciones del Ecuador, desde las aulas hasta el vivac, logrando a viva fuerza echar abajo ídolos de cieno.

¡El maestro de escuela! ¡Ah lector queridísimo! Que en esta obra llena de amargas verdades, de hondas desesperaciones veas también la razón de ser de tu buen nombre en el concierto del siglo que alcanzas.

¡Oh maestro de escuela! Estás en la obligación de llegar a tu dignificación definitiva o de rasgarte las entrañas, antes de seguir viviendo tu vida indiferentista, anónima y proscrita. Abre este tu libro que te juzga y te infunde también grandes expectativas de gloria.

Sergio Núñez.

UN PEDAGOGO TERRIBLE

CAPITULO I

EL GRANO DE MOSTAZA DE UN MODESTO MAYORDOMO

DON Julio Renovales ya era por ese tiempo el más acaudalado de nuestros industriales guayaquileños, cuyos nombres no figuraban sino al frente de sus documentos comerciales. Del centro de la ciudad se había retirado al pintoresco barrio del Astillero, levantando por esos rinconetes una mansión lujosísima de cemento armado, algunos metros hacia atrás de la calle Industria, hoy Avenida Eloy Alfaro. Empleó algunos miles de sueros en adornarla y embellecerla esmerándose en demostrar el verdadero objeto que tienen los ricos al alejar sus moradas de la vía pública, que no es otro que el de poetizar la entrada con árboles y plantas exóticas, desterrando despiadadamente los algarrobillos silvestres, forrajeras y coníferas, menos las pomposas palmeras, cuyos abanicos y frondazones sacuden desoladamente el ambiente de la noche.

Con el propósito de entregarse a sus arduas meditaciones, había buscado un hombre su lugar de retiro y aislamiento en un banco de piedra del jardín. Adosado todo él a la pared de zinc, en actitud de mirar las estrellas, vibraba de coraje, viéndose reducido a la categoría de jardinero en la quinta o alcázar del señor

Renovales. No por éste, que propasaba de gentilísimo y cumplido en sus menores compromisos, sino por él mismo, vencido en lucha desigual por el destino, hubiera cometido desafueros sin nombre, en defensa de su posición, de su vida presente, traída a menos por el fracaso y la mala suerte. Y como la mayoría de oradores gratuitos, que la adversidad empuja a los lugares solitarios, a ratos hablaba en alta voz, y hasta se permitía entrar en acalorado diálogo con su pasado, como si para entenderse con él, hubiese que llamar la atención de los seres inanimados.

Este continuo ejercicio de declamatoria, con el transcurso de los días, dió por resultado la presencia y audiencia de otro individuo. Al fin, tuvo con quien consolarse, si bien es verdad que, por lo visto, no era sino un cualquiera, con ser el mayordomo nato del señor Renovales, gracioso y erecto en sus veinticinco abriles.

Fue interpelado por el meditativo huésped de las sombras. Se quejaba éste con frases amargas del estado de su situación, del poco o ningún estímulo que se prestaba a su labor y del desengaño consiguiente producido en su ánimo, al tratarse de un patrón exigente y descontentadizo.

Casi desde el principio Renovales puso reparos en el pago y en el trabajo que se llevaba a cabo en el jardín de su quinta. Se fijaba en los detalles, en las quisicosas del oficio, tanto que se juzgaba capaz de opinar hasta sobre la morfología de las plantas.

Jardinero y de los más genuinos y entendidos en la materia, él trató de llevarle la contra desde luego.

No era justo, por una simple paga, dejarse arrebatar los fueros de especialista en el ramo de la floricultura, ni mucho menos permitir cortapisas y cercenamientos en sus sueldos.

El mayordomo abonó con aplomo la buena fe y los

conocimientos generales de su patrón, y entre reminiscencia y reminiscencia, trajo también a cuento la cuestión de su origen y los proyectos que se proponía desarrollar allí, si la buena estrella le alumbrara en la frente. Le importaba poco su pasado, dada su corta edad y actuación en el escenario de la existencia. Lo que sí puso a prueba fue, la poca fe del otro en seguir en su oficio.

El hombre estaba irremediablemente agriado y decepcionado con el dueño de la quinta, desde luego que este concluía por desconocerle el tanto por ciento de utilidad que le tocaba, según el contrato, y como se ha traslucido ya, hasta su probada pericia en dar remate al embellecimiento.

—Renovales sabrá quién soy—repitió con desenfado el horticultor—sé que todo el mundo que cae en sus manos no logra levantarse más. Sé también que Renovales se lucirá conmigo abusando de mi necesidad.

—No es que quiera abusar.... Yo he sabido que a Ud. lo ha acogido aquí.

—¿Qué me ha acogido?

—Ni más ni menos. El contrato hecho con Ud. es una mera fórmula de compromiso, nada más.

—¿Esas tenemos?

—El dice que le favorece con esta especie de ocupación.

—Es que yo no estoy en balde. Por otra parte, todo lo he hecho yo. No hay más que fijarse en la clase de ornamentación del parque.

—Debe ser así; pero creo que ha resuelto suprimirlo, antes de que Ud. lo pience.

—¿Tendría gracia! Sin pagarme lo que yo he gastado solo en las semillas.

—Así dice él. Y creo que de hoy a mañana....

—¿Esto es que debo largarme en seguida?

—¡.....!

— No, esto no puede ser. Debo entenderme hoy mismo con él.

— No lo haga.

— ¿Y porqué?

— Opino que debe dejar pasar la cosa. Quizá cambie de modo de pensar.

— Yo no espero más. O me paga todo lo que me corresponde, o lo demando sin más réplica. A otro con bromas.

— Ni lo crea. Es muy hombre....

— Ya lo veremos.

— Basta decir que ha secado en la cárcel a unos cuantos y con la mayor frescura, ordena el cese del que se le antoja, si no es de su agrado. El caso de Ud. sería una excepción.

El jardinero no tuvo por menos que callarse ante las razones de su confidente. Al principio le tuvo en mal concepto. Quizá uno de tantos enemigos. Después, reflexionando con más detenimiento, pensó en lo mismo que se le iba a plantear, es decir, en lo arriesgado que era presentar reclamos y rectificaciones al señor Renovales, con la idea de reforzar o justificar su permanencia, sin más títulos que el haber sido llamado un buen día a su quinta, pudiendo decirse que a su juicio quedaba conservarlo como tal, o rescindir lo dicho cuando más a bien tuviere. Entonces no le quedaba más recurso que retirarse. Lo más acertado. Había que decidirse, sin perder un minuto.

Y volviéndose al mayordomo el abatido jardinero, le dijo al oído:

— Amigo mío, es muy probable que suceda así. Y no sólo probable; yo no hago más resistencia. Ello no impide que entre nosotros haya un motivo de unión duradera, y sobre todo, firme. ¿Qué le parece?

— ¿Qué piensa Ud.? Después de lo que le he

manifestado en reserva, no vaya á creer.... — le replicó el otro — sorprendido.

— No Sr. Todo lo adivino ya. Mañana me voy de aquí.

— ¿Y su familia?

— Con mi familia toda.... Tengo una idea salvadora. Las cosas no pueden quedar así. No se requiere sino dinero.... ¿Me ayudaría Ud.?

— Veamos en qué. Ante todo, supongamos que yo lo tenga.

— Está visto que Ud. tiene reservas. El caso es que con doscientos sucres cambiaría el rumbo de los acontecimientos.

— ¿De qué modo?

— Vaya que sí. En varias ocasiones he salido bien de peores aprietos.

— Algún negocio todavía no sospechado por nadie?

— Más que negocio. Salvaría a media humanidad de un inevitable naufragio moral.

— ¿Dígame cómo? Me tiene en ascuas con este su proyecto....

— Desde mucho tiempo acá, vengo acariciando la idea de fundar un colegio de niños.

— ¿Cómo y con qué, Sr.? ¡Un Colegio! Está Ud. en sus cabales?

— Claro que es excelente proyecto. No sería yo el primero ni el más desautorizado....

— Claro que no sería; pero ¿quién es Ud. para pensar en empresa semejante?

— ¿Qué quién soy yo? ¡Bah!

El jardinero clavó los ojos en el contrincante y se levantó con los puños cerrados. Se golpeó el pecho, tosió un poco y continuó:

— Sépalo, si no lo sabe, yo he fundado varios establecimientos de enseñanza primaria en el decurso de veinte años que llevo de vida. Así como Ud. oye.

Primero en Babahoyo dirigí el «Liceo Los Ríos», luego pasé a Pueblo Viejo: allí permanecí la bicoca de dos lustros, con general aplauso y estimación, organizando comités, veladas y excursiones sin término. Le diré que dichas escuelas llevaron mi investidura, les di nombre y conquisté fama de educacionista como pocos. Pero la Providencia me tenía reservadas sorpresas increíbles en Samborombón. Con escasos fondos, y con el apoyo de dos ricachos de dicha población, levanté un gran establecimiento escolar con el nombre de «Cántaro de barro», obra que tiene para mí una significación única, por ser el teatro de tantas proezas mías.

Al oír esto, el mayordomo se afirmó sobre sus talones y aguzó los oídos. Tamaña declaración asesoraba una vez más al sujeto aquel como un héroe nada vulgar, en el caso de que en esa magnífica población se hubieran dado cita el heroísmo y la vocación pedagógica, en una sola pieza.

— Proezas dice....?

— Más tarde le contaré todo. Mientras tanto acepte la amistad de un capitán de ejército. Sí Sr. No dé por imposible el que un hombre útil haya quedado de jardinero en la más inconducente acepción de la palabra.

— Va tomando importancia la cosa.

— ¿Qué se había imaginado?... Pero entremos ya en materia. ¿Me ayudaría en mi empresa?

— No conozco ni jota del asunto.

— Le daré instrucciones.

— No es menester.... Veo, antes que otra cosa, que Ud. es un hombre honrado y sincero, y sobre todo, quiere trabajar. Me inspira lástima su historia. Yo le daré los únicos realejos que poseo. No suman más de cincuenta sures.

— ¡.....!

— No se acobarde. Siquiera para unos pocos días.

— ¿Acobardarme yo? Démelos. Se los pagaré

religiosamente, con arreglo a un documento judicial que le otorgaré en el acto.

— Sin necesidad de ello. Ya lo he dicho y lo repito: tengo un concepto favorable de Ud.

— Gracias, mi gran amigo, ya verá el uso que hago de ellos.

Y a continuación los dos se estrecharon las manos.

El mayordomo depositó sin más formalidades el dinero a consignación del futuro pedagogo fundador, que se deshizo en abrazos y agradecimientos, y abandonó desde esa noche el sitio y la casa donde concibió el vasto y desmesurado plan de cambiar el destino de la niñez guayaquileña, allá por el año de 1916.

No se supo más del benéfico mayordomo de Renovales, ni si fue reembolsado la tal suma por el pedófilo en cuestión. Lo que sí aseguramos es el uso y abuso que se hizo de ella, pues, se procedió a la fundación del plantel indicado en el porentorio término de unas semanas más.

El personaje afortunado que se echó sobre sí la tal carga, no fue otro que Claudio Cascante, militar de campanillas, de filiación conservadora, que tomó parte activa en los combates de Gatazo, Sanancajas y el Chimborazo, retirándose después de la refriega, y por consiguiente después del fracaso, como tantos otros, ante el advenimiento arrollador de Dn. Eloy Alfaro. Pues este Claudio Cascante, con los cincuenta sueros del mayordomo, dió forma a su proyecto, cortando en los aires en eso de educación, dejando a un lado a Tomás Martínez, José Herboso, Gonzalo Cruz, Andrés Mateus, Santistevan y algunos más, que en el Ecuador desasnaron muchachos en el curso de una centuria, como quien dice poco.

CAPÍTULO II

QUIEN ERA CLAUDIO CASCANTE Y QUE COSA
AMENAZABA SER SU PROYECTO

CLAUDIO Cascante pasaba de los cincuenta años bien digeridos, y como su apellido lo dice, bien cascados, entre la milicia y la escuela. Porque la contextura del hombre revelaba que ese cuerpo no se rendiría fácilmente a los embates y acometidas enemigas. Erecto y ligero en el andar como un joven del día, asentaba el paso con esa marcialidad resonante y rumbosa, dándose trazas de llevarse por delante todos los triunfos posibles, sin mucho esfuerzo. Cogía la ocasión como un racimo de uvas, sin el trabajo de alzar mucho el pescuezo como la zorra de la fábula.

Gordo, moreno, tirando a cobrizo, de menos que mediana estatura por su característica especial, no podía perdersele de vista nunca. Siempre bien afeitado, los rebeldes mostachos los domaba con alambre, con el objeto de mantenerlos en espiral. Talvez le hubiera envidiado por eso el Kaiser de Alemania, tres o cuatro años más tarde, pues tengo por averiguado que este gran monarca, orgullo de su raza, los llevó arriscados, mientras duró su gloria. Después se han visto retratos suyos detestables, en especial cuando llegó a ser marido por segunda vez, confinándose en los brazos de la reina Guillermina.

Cascante ostentaba en la barbilla otra señal: un hoyuelo o depresión muy pronunciada, para desesperación de la navaja de afeitar, que tropezaba a cada paso dejando muchas aristas gruesas sobre la bronceínea piel. Aseguraba con remirado desplante que por los vástagos

de barba que le quedaban en pie, podían contarse las mujeres apasionadas que tuvo a sus pies y que probablemente le imprimieron besos o mordizcos allí. Todo podía ser. La verdad es que, por su numerosa prole emanada como por encanto de los cuatro vientos, con distintos visajes y tallas fue un destacadísimo invasor en el ambiente femenino, con una labor de continuidad y avance, hasta última hora.

Calzaba pujos de gran señor por la indumentaria. Al principio creí que la gallardía suya más bien dependía de la tiesura de sus cuellos y camisas: error mayúsculo que se ha desvanecido, viéndole en todas partes peripuesto y abriéndose campo con su levitón a cuestas y su enarcado sombrero *coco* (¡paso al término!), bastón grueso de cascol negro, con puño de oro, que bien lo quisiera un señor Presidente de la República, si la suerte nuestra fuese que acabe con felicidad los cuatro años de mando.

Cascante, el de la férrea mandíbula de asno (por la depresión de la barbilla se entiende, y también por el maldito apellido) conservaba la dentadura limpia, nivelada; sus bríos, su contextura moral, su magín en condiciones inmejorables: señal inequívoca de fuerza, de audacia, con lo que se proponía jugar un papel de primer orden fundando un plantel de educación en época difícil, con solo el poder de la palabra, lo que en otro tiempo se fundaba una ciudad nada más que socavando en suelo rocoso — ¡oh gesta heroica de los conquistadores! — con la punta del acero. Con los sucecitos del mayordomo se buscó unos bancos de madera, una mesita, dos sillas y un pizarrón. El alquiler del local de la escuela lo averiguaría el casero, cuando Dios fuere servido, y los demás enseres escolares preparaban un viaje expreso desde luengas tierras.

Por lo pronto, se haría circular la noticia por el barrio, y no así como quiera, en un cartoncillo cutre,

pegado a la pared con este remoquete a lo más: «Se enseña a leer». En lugares céntricos de una ciudad como Guayaquil se exhiben propagandas escolares en esta forma.

Cascante no hizo eso. ¡Quíá! Aparató la cosa de tal modo que el rato menos pensado los vecinos del Astillero vieron un rótulo de madera pintado de rojo, azul y amarillo, con ensalmos patrióticos sin duda, que rezaba más o menos así: COLEGIO DE INTERNOS CRISPIN RECHUPETE. Se reciben alumnos seminternos y externos».

¡Diablos! Quedaba lucido el vecindario con un establecimiento organizado a la moderna y un selecto personal docente y sobre toda ponderación, el primer COLEGIO en su género, porque el término ESCUELA quedaba, por lo visto, proscrito, así fuesen menores de edad los educandos.

¿Con cuántos se contó para comenzar las clases? Se ignora.

Y aunque hubiesen sido poquísimos, disponía de cuatro o cinco hijos suyos que servirían de elemento fundador y nato. Luego acudirían piando más, perurridos por la insinuación de Cascante y la bullazón que metió por esos andurriales con los suyos el primer día.

El cura del barrio se quedó en chiquitas al saber que un educacionista de renombre había asomado sin más exterioridades que la alarma general promovida por los que cantaban el Himno Patrio por las calles y después de cada estrofa repetían en coro: «Primero la Patria después Yo, nuestro lema».

La abigarrada curiosidad levantaba polvo en derredor de los novísimos educador y educandos.

El cortejo irrupeionó hasta el local y fue el primer auditorio espontáneo de Cascante en la fecha inaugural.

Muchos se preguntaban maravillados: ¿Quién será este apóstol de la niñez? ¿De dónde ha bajado? ¡Y

tan patriota! ¡Y tan convencido de patriotismo, el que por desgracia se va extinguiendo en estos tiempos!

Otros más sesudos no paraban mientes si no en las intenciones del sujeto.

— Es un vividor como tantos — decían — ¡Patria! ¡patria! ¿Quiénes toman en serio esto de la patria? Cansados nos lleva con esta palabra, cuya significación genuina nadie ha acarado hasta ahora, aunque la historia se esmere en recordar una serie de hechos sin resultado benéfico. Se ha arreglado este de tal guisa que hará prosélitos. Claro, muchos se pagan de palabras y palabras....

Y así sucedió.

Los que formaron parte en la asonada aquella y los mismos que tomaron a broma la facheada del Director, se matricularon sin dificultad. Como era de temer, la escuela del cura se vino abajo. Cansante había triunfado.

¿Triunfado? No paró ahí la empresa. El riesgo de fracasar a lo mejor, si no se obtenía el permiso necesario de la Dirección de Estudios, antes de pensar en nada, fue lo primero que se le presentó en toda su enormidad. Ya se habían dado casos análogos. Innumerales dómnes de ambos sexos se vieron obligados a clausurar sus escolitas particulares en la imposibilidad de entenderse con la autoridad, que sin contemplaciones ni miramientos de ningún género, ordenaba su cese o entredicho, «porque no reunía las comodidades necesarias, ni contaba con las condiciones higiénicas para su funcionamiento». Profesores jubilados que bregaban aún, echando mano de este sistema de trabajo, viejecitas que no pasaban del «abecé y del *Christus* en la memoria», mujeres consumidas por una larga espera, y más que eso, por la oprimiente inquietud de hacerse entender de sus ocasionales educandos, cayeron de bruces en la consigna dictatorial del Director de Estudios del Guayas,

columna miliaria de la cultura y ornamentación escolar en el pesado período de tres lustros. Ornamentación escolar sí, porque este varón benemérito, que no nació más que para ocupar tal cargo, entre tantas maravillas que hizo, fue el portento de edificación escolar en la calle Chile. Con lo que puso una pica en Flandes en lo que a reformas pedagógicas y futuristas se refiere.

Cascante no tuvo el menor empacho en avistarse con el flamígero mandatario y consiguió el voto aprobatorio en favor de su empresa. No significaba poco veinticinco años de práctica en el magisterio, el ser el único en el intento de forjar patriotas de «pour sange» y el haber acatado con las manos juntas la prescripción referida.

En eso del patriotismo hizo hincapié con fogosa elocuencia, tan pronto como se le concedió la palabra. Se afanó en demostrar superfirolíticamente la falta de patriotismo en la niñez actual. Casi nadie ponía la monta en fomentarlo. Ni siquiera se le enseñaba al niño a ser urbano y respetuoso con los mayores. Los planteles de educación debían ser una especie de laboratorios de hombres representativos, vaciados en el ideal de patria: ésta debía ser en todas partes la enseña, el estandarte, el lema y blasón de funcionarios y particulares, sopena de caer en el caos.

Y por este orden ensartó más de cien veces las palabras: «patria, patriotismo, ideales patrios, emblema patrio», con cuya exposición el personaje mencionado le concibió miedo y hasta se amilanó. ¡Tan pronto rinde la descarga heroica de un hombre! ¡Con que el sentimiento ecuatoriano quedaba por los suelos! ¡Con que los maestritos de escuela no testificaban su cometido en lo tocante a civismo, con ser que se formulaban veladas y festivales con gran aparato y pompa! ¡Con que el problema de la educación nacional estaba por hacerse con un sistema de enseñanza tan perfecto como

el concebido por el Ministro Dillon, aumentado, rectificado, reformado y depurado por las misiones alemanas que han revuelto la sesera de unos cuantos preceptores rutinarios enemigos y contrincantes empedernidos hasta la presente!

El Director de Estudios se rehizo un poco en su optimismo y habló también de su obra. Oiertamente que se notaban deficiencias en el cumplimiento del deber. La culpa no era de los preceptores sino de los padres de familia, del vulgo ignorante y rehacio a los nuevos métodos. En muchas partes se pedían aún a gritos los textos de los Hermanos Cristianos; se quejaban de la falta de lecciones de memoria, señaladas por el maestro; en una palabra, el elemento hostil a innovaciones y reformas escolares, salía de la familia, del conglomerado conservador, en materia de civilización.

El concepto de patria no se entendía a medias, ni se desconocía en su amplitud significativa, y si no, allá iban muestras de haber laborado hasta el exceso en tal sentido. ¿Quién no conocía un folleto de veinte páginas, con ilustradas explicaciones sobre el Escudo Nacional, el Himno y la Bandera, publicación «cumbre» que apareció como edición oficial de la Dirección de Estudios del Guayas?

Con lo que optó por el silencio el atrevido fundador. La suerte quiso que fuera atendido en su pedimento, a pesar de tan exasperadas declaraciones que herían de lleno la seriedad y el orgullo de un funcionario de esa talla.

Con la autorización en la mano, inmediatamente levantó su tienda de campaña del barrio del Astillero y con hatos y garabatos se vino a la calle 9 de Octubre.

Era una tarde del 3 de Abril del mismo año de su fundación. Y ya no eran dos o tres alumnos que le seguían. Lo persuasivo y machacón de su propa-

ganda civilizadora en torno del consabido tema de la patria, no fue poco.

Entendióse con el famoso canónigo penitenciario de la Catedral Dr. Torrejas, propietario de una casa de tres pisos a medio construir. El canónigo, parodia igual del clérigo Cerbatana de Quevedo, no puso resistencia en alquilarla, con tal que en dinero contante y sonante se le diese por asegurada su terminación. Con este siervo de Dios no había cómo llevar el tema sobadísimo de la Patria por ningún cauce. Empedernido, avaro, mujeriego vulgar, grasiento y embutido en una sotana y en un sombrero de teja, tan antiguo como el Papa Borjia, poseía cinco o seis mansiones como esa, cuyos alquileres caían en sus manos sahumaditos, como las gracias y bendiciones del cielo sobre los justos, aunque él no quiso serlo nunca en el ejercicio de su divina misión.

Cascante pues plantó en la casa de Torrejas el plantel, sin más requisitorias que el vasto programa de presentación, y difusión que lanzó al público, con más los prospectos, hojas sueltas, proclamas, alocuciones, carteles y un cardumen de artículos de corta y de larga extensión, con el fin que ya veremos después.

CAPITULO III

APARECE UN PLANTEL Y DESAPARECE LA PAZ DE LA TIERRA

YA lo tenemos en Cascante en el nuevo edificio de tres pisos en pleno Boulevard 9 de octubre.

Las generaciones presentes, sin excepción, buscan el barrullo de las grandes avenidas. No obstante, le habían observado con acopio de razones, que no era conveniente encajar un establecimiento de educación en el hervidero de la animación y el movimiento. El mismo, bien avisado de ello, sabía de sobra que todo colegio o pensionado, hasta para reunir condiciones higiénicas, y despertar el amor a la naturaleza, está mejor situado en los alrededores.

Los bosques, las arboledas favorecen su encantadora posición. De ahí salen los alumnos con el aliento primaveral en resoplidos poéticos y manifestaciones de rebeldía en la vida resurreccional y avantista de los pueblos. Allí conviven los futuros libertadores, los magistrados, los heraldos de la buena nueva social. Mientras más aislada vive la juventud estudiosa, más ensanchamiento cobran sus energías, sus aspiraciones y denuestos. La luz opera mejor brotando de las mismas sombras.

Empero, en el caso presente, no convenía buscar la soledad. Al contrario, por ningún modo había él de dejar pasar la ocasión de hacerse presente a cada paso en la atención pública. Bien estaba en el centro de la urbe, no porque deseara ser más conocido y buscado, que lo había de ser a cualquier costa, aunque saliese fuera del planeta, sino por una necesidad mayor. Su

colegio estaba llamado a desempeñar el primer papel en todas las actuaciones cívicas, tenía que estar pronto en el menor atisbo de solemnidad religiosa o profana, en la más mínima palpitación social. Nunca se sumaría a la vida parasitaria de los demás planteles. El Colegio de Internos «Crispín Rechupete» se preocuparía de infinidad de asuntos serios de competencia mayor, con sus opiniones, resoluciones e ideas flamantísimas, sincréticas y concluyentes.

Se había comprobado hasta la evidencia que en el Ecuador, el entusiasmo, la iniciativa en algo no daban señales de vida, que las mayorías opinantes se arreglaban sólo dentro de una cursi-politiquería descarada, de una ambición y desenvoltura de costumbres, hasta estropear la moral y los miramientos sagrados de autoridad, llámense gobierno o familia.

El maestro ecuatoriano siempre fue un pobre diablo, sin representatividad alguna, sin ideales ni anhelos de mejoramiento. Tiempos que él se hubo resignado a seguir vegetando, tal que un hongo. Recorría su sendero conocido pegándose mansamente a cualquier situación social. No figuraba en ninguna institución, ni hacía esfuerzos por ser institución. Con tal que en el Presupuesto se le asignara una partidita, ya se contentaba por seguro. Con poquita cosa el pobre ya se daba por bien servido. Y ¡cuántas veces se le negaba con zaña hasta esa partidita roída y escatimada, sin considerar que el elemento víctima no era tan invencible para sostener un sitio perpetuo! Pero sucedía así ¡ah el maestro ecuatoriano!

Cascante encaramado en su nuevo plano de acción se apretaría las bragas, como quien dice, aplazándose para formular un plan vastísimo de reformas salvadoras en bien del gremio docente.

Pero, por lo pronto, empezó por su Colegio. Cambió el letrado sustituyéndole con uno que tuviera letras

de un tamaño mayor que el ordinario. ¡Oa! Como cualquier otro negocio digno de acreditarlo y prestigiarlo en lugar visible y con grandes caracteres, el de la educación requería igual sistema. Le ajustó las cuentas a un pobre carpintero, exigiéndole la fabricación de un rótulo colosal, cuyas letras bañadas con tinte de plata se señalasen, no sólo por su tamaño sino por su forma típica, con lo que obligaba a que el mundo entero leyera desde dos o tres leguas de distancia tamaña inscripción, con el mismo acatamiento con que el tirano Majencio lo hizo, cuando en tiempos de Constantino el Grande apareció en el cielo el lábaro de la cruz, con lo siguiente: «INO HOC SIGNO VINCES». El Colegio de Internos «Oispín Rechupete» tenía su signo. De este modo, entraría por los poros del cuerpo de cualquier cristiano, su fama, comenzando por herir la retina, como las radiaciones prismáticas de la luz solar.

Faltaba decir que fueron dos rótulos descomunales adosados a la fachada del edificio. El otro decía a gritos: INTERNADO.

No estoy seguro si pareció bien a muchos el que se sacara a relucir el lema del plantel en letras gordas: «Primero la Patria después yo», como se haría después con una infinidad de pabellones, banderas y enseñas de varios tamaños y colores, en homenaje de aniversarios y efemérides que no son escasos en el Ecuador, como obligado descanso del pobre pueblo nuestro, que en apariencia oculta su disgusto, cuando se le merman semanas enteras laborables con holgorios e inútiles retozos patrióticos.

El tema referido debía figurar al pie de todo documento oficial, artículo de periódico, deber escolar, prospectos, «memorandums», acuerdos, considerandos, en paredes, estandartes, en la vajilla misma del Internado, en las cubiertas de libros y cuadernos. Jaculatoria diaria, sentencia salomónica adoptada en todo acto hablado.

y escrito, ¿cómo creer que hubiera dejado de exhibirse en medio de la galería rotular, con el laudable fin de avivar la admiración unánime, el entusiasmo elevado a delirio hacia el pedagogo generador del más sublime de los sentimientos humanos: la Patria?

Efectivamente era el gran patriota de estos prosaicos tiempos. Patriota hasta la médula de los huesos, convencido, práctico, con un temperamento morrocotudo, en beneficio ajeno, con resultados inmediatos en cabeza propia.

El temita del Colegio ha dado en qué pensar. Como tema de colegio de perillas; como obligado recurso de combate, idem. Bueno, se trataba del más trascendental negocio, y un negocio debe estar amparado por un tema favorito, aforístico, verbigracia este: «ANUNCIAR ES VENDER», que en asuntos de franca especulación comercial, vale tanto como un documento.

Cascante dió con bola recurriendo a Fitch, el más positivista de los filósofos alemanes ¡quién lo creyera!, por más que se afaue en hablar de educación.

La filosofía del Yo es el mejor timbre de gloria de Fitch, con la que no sólo vuelve el juicio, sino que acaba con la paciencia de cualquiera, por su falta de claridad y de tendencias más generosas. En tanto que Cascante el educador, con su tema afirmó el concepto de patria, invocándola en primer lugar, como cosa nueva y desconocida en el proceso de los postulados morales, y luego relególe un sitio postrero al Yo, es decir a todo el que vivía bajo su sombra, sofisticando y falseando con su interpretación hechos y costumbres.

¡Ciudadano invictísimo!

La ideología yoista de Fitch prevaleció como prurito profesional, asaz generoso, por cierto, y que se contenía en un Prospecto de propaganda, cuya publicación fue otro gran acontecimiento. Nada menos que allí se ofrecía una enseñanza moderna, comprensiva, con ten-

dencias de enfrentar a la niñez con las responsabilidades más arduas de la vida.

Con lo cual esperó el favor del público a torrentes. El éxito deseado no asomó pronto, por una de las tantas decepciones que los padres de familia sufrían con el consabido peligro de las escuelas particulares. Muchas se habían fundado en Guayaquil. En los resultados todas caminaban por el mismo derrotero. No venían a ser sino disimulados métodos de sablear al prójimo desde tiempos inmemoriales. Por más que la buena fama de unos cuantos profesores había desvanecido en parte el prejuicio adverso, en conclusión, se advertía con bastante fundamento que el problema educativo estaba a fojas una. Este descontento arraigadísimo bastaba para hechar a mala parte cualquiera tentativa de tal género.

Con el andar del tiempo ¿se mejorarían los procedimientos en la organización, disciplina y finalidad de la escuela?

Cascante en su tremendo Prospecto inculcaba rotundamente afirmaciones como estas, plagiando con fidelidad recomendable unos cuantos renglones de Pedagogía extranjera y lo que se publicó en tal o cual época, cuando los interesados fundadores de escuelas partían del mismo punto en busca de celebridad y buenos sueros.

Fuera del yoísta Fiteko, se refirió sin conocerlos ni de oídas a los testimonios de Compañiá, Froebel, Canseco, Alcántara García, Madame María Kraus Bolte y arregló pacienzudamente su plan de Educación, con vista al Programa Escolar vigente; pero siempre de acuerdo con el gusto de los padres o tutores que podían decidir con el Director los textos de enseñanza.

Atinado y sabio, ¿verdad? Por una parte se quería cumplir con la ley del Ramo que desterraba el memorismo y el texto, y por otro se condescendía con los padres retrógrados a las normas pedagógicas. Lo cual no revelaba sino que se seguía el socorrido recurso de con-

descendencia y mancomunidad observado en todo, con detrimento de la evolutiva marcha de la civilización.

Y si fue originalísimo Cascante en sus menores actos privados, ¿no había de serlo también en asegurar el éxito de su negocio? De ahí que no se resistiesen a enviar a sus hijos tantos padres indecisos, con solo poner los ojos en el Prospecto, el Lema y en el troculento introito de sus discursos de llamamiento y convocatoria.

No satisfecho con el número de ingresantes apuró extratajemas divinos. Dirigióse a cuantos lugareños existían allende el río Guayas, invitándoles a conocer el Plantel y su influencia insuperable en el momento crítico de la enseñanza. La noticia de haberse descubierto el secreto del saber en una escuela primaria se propagó en un santiamén por los más apartados rincones, con resonancias inauditas. Parroquianos de Ohongón, Balao, Soledad, Pascuales, Boliche, etc. se movieron impulsados con el aguijón de ver y conocer esta nueva Salamanca o Soborna, decidiéndose a ser los fundadores o benefactores con prebendas y galgo corredor.

¿Cuarenta, cincuenta individuos? ¡Piache! Pasaron de cincuenta. Con este contingente se hicieron los preparativos de una gran excursión patriótica a Durán al campo de Aviación. El objeto no era otro que este. El Gobierno necesitaba con urgencia aumentar fondos con que establecer de firme la mencionada Escuela.

El Colegio de Internos «Crispín Rechupete» ofrecía un tanto por ciento mensual, para dicho objeto, exitando así mismo el patriotismo de las escuelas y colegios de la República, que se adhirieran a esta idea. Se pedía también al Congreso próximo que dictara las leyes convenientes en pro de hacer efectiva esta contribución.

El acuerdo correspondiente se firmó antes de salir a Durán. Y al pie del documento iba el lema celebrísimo tantas veces mencionado.

Hicieron el viaje en número de sesenta personas

entre profesores y alumnos, portando tiestos de plantas de adorno, con destino a ser sembradas en dicho campo. Bella idea que despertó la facundia de unos cuantos oradores improvisados, en ese lugar, cuando les vieron asomar en traje de marinos de tierra firme y en correcta formación. Brotaron discursos y considerandos empapados de retoricismo puro. Nadie pudo sustraerse de la influencia de tan gran hombre como Oasante, que hasta las piedras convertía en ciudadanos en un momento dado.

«El Guante», «El Telégrafo», «El Nacional», publicaron en primera página la heroica iniciativa de los alumnos, junto con la reseña del viaje y los calurosos elogios escritos por él mismo, y que desde entonces fueron acogidos en las redacciones, abreviando por consiguiente la tarea de repórtteres, y sin gravámenes pecuniarios, para el propagandista y panegirista de sí mismo.

CAPITULO IV

COMIENZA A DESTACARSE CLAUDIO CASCANTE EN EL SIGLO PEDAGOGICO

A FINES del mes de setiembre del mismo año, Guayaquil ofrecía por doquier una inquietud inusitada. Se decía insistentemente que la situación social se había empeorado por causa del alza de víveres y del tipo de cambio.

Los gremios obreros andaban empeñadísimos en provocar de un momento a otro un «paro general». Ya se habían lanzado a la calle fogosos manifiestos y protestas. Síntomas de desbarajuste y descontento se notaban, no sólo en el seno del proletariado. Cual más cual menos, perurgido por la necesidad, por el hambre ajusticiante que soplabá violentamente hasta el polvo de la calle, sentía llegar el minuto de liberación definitiva, no el de la acción igualitario, sino el advenimiento de un Gobierno bien intencionado. Aspiración moderada de hombres sensatos y que anima a unos poquísimos adictos a revoluciones regularizadoras y cimentadoras de la constitucionalidad.

Por desgracia, en Guayaquil las ideas socialistas se habían desarrollado antes de hora. Los pobres obreros se llenaban la cabeza de quimeras nihilistas, de ensueños de eliminación absurda y atentatoria, sin saber que lo que proclamaban con tanto ardor era el fruto insano de teorías mal comprendidas y sentidas, y no el resultado gradual de acontecimientos históricos perfectamente concatenados por causas y conflictos apenas previstos por quienes deducen y prejuzgan sin intuir en nada.

Se dió por cosa resuelta primero la manifestación

encabezada por obreros y estudiantes, con el objeto de provocar al siguiente día el «paro», si el Gobierno no tomaba providencias que conjurasen la crisis del país. El desfile debía llevarse a cabo en la Plaza de San Francisco. Los universitarios depositaron una corona de flores naturales al pie de la estatua de Rocafuerte cruzada de franjas negras en señal de duelo, por la muerte de los derechos populares.

Nadie quedó en su casa, sin tomar parte en la manifestación. En las escuelas y colegios se suspendieron las labores. Así se evitaban percances y desgracias inesperadas. Solo el Colegio de Internos «Orispín Rechupete» no estuvo por la previsión adoptada, fue más bien el que figuró en el desfile.

Alarmado, al saber esto, un buen señor temió por su hijo y se acercó al plantel en demanda de información. Se avistó con el Director y le dijo:

— No era conveniente que los alumnos salgan sin objeto que justifique.

— Se teme algo?

— La situación no es propicia.

— ¿Qué más da lo que tanto se susurra y se miente?

— No tal; sería mejor dar las espaldas a cualquier peligro.

— Es que me conviene que los niños se solidaricen con el sentir común.

— Que se mezclen en lo que no les compete?

— No es eso. Aprenden a expresar sus sentimientos cívicos. Comienzan actuando en el foco de los acontecimientos.

— Caracoles! ¿Qué demonios tienen ellos que hacer allí?

— Usted no ve lo ejemplarizador....

— Señor yo no veo nada de eso. Lo que sí alcanzo es una bonita majadería y un perfecto desplante.

— ¿Por qué?

— Veo además que así los acostumbra usted a ser noveleros y entrometidos.

— No precipite sus juicios, señor.

— Ya lo vengo notando. Usted quiere a todo triquitraque intervenir y salirse de madre en la exhibición y el estruendo.

— Gracias por sus conceptos.

— La verdad pura.

Y el individuo aquel hablaba con conocimiento de causa.

Días atrás habían ocurrido iguales algaradas en el plantel, con motivo de una fiesta patria, en cuyo programa metieron hasta los codos los educandos, en esto de ser los primeros y los últimos en la ejecución de todos los números.

Días después la fiebre del entusiasmo los llevó a las mesas de elecciones. Por corrillos y grupos desfilaban observando el continente y el seño de cada firmante. Su fin era palpar de cerca el ejercicio del sufragio y aprender a medirse con los contrincantes. Disciplinaban la voluntad y el brío naciente para esa clase de empresas, y se aprestaban a la política.

A continuación pasaron a presenciar un incendio en los alrededores de la ciudad, sin más novedad que ser expulsados del tumulto por estorbar las maniobras de los bomberos. No dándose por vencidos, se trasladaron a la cima del cerro del Carmen. Desde allí divisaron hacia la parte del cementerio un grupo de gente.

Talvez se ocultaba a los ojos del mundo algún muerto. Si, lo ocultaban, con el premeditado afán de dar aviso a la pesquisa. Es que en aquel lugar se hizo un hallazgo macabro. Nada menos que un cadáver amarrado a un árbol. Resto de las aves de rapiña, apenas quedaba una parte de la cara, y las piernas entrabadas en una especie de pantalón de dril amarillo a rayas

negras. ¿Qué clase de drama se desarrolló en ese lugar? ¿Los móviles de los asesinos?

Los chicos fueron los más solícitos en buizmear de cabo a rabo por el escenario. ¿Qué es lo que se proponían en suma? Tomar vela en el entierro con sus ideas salvadoras y su temida intervención en las mayorías pensantes.

En efecto, al día siguiente apareció un artículo de media columna suscrito por los alumnos del Colegio de Internos «Crispín Rechupete» con este epígrafe: LO QUE DEBE HACERSE. Después de una descripción efectista se aconsejaba seguir la huella del reo por las vías acostumbradas, sin hacerse sentir la acción de la justicia. Se increpaba fuertemente contra la criminalidad y se concluía dando sedantes consejos, no a la parentela del victimado, que hubiera hecho más gracia, sino a la parentela universal demasiado crédula en épocas como esta.

Toda una página de filosofía marcoaureliana escrita por trece pequeños escritores, desvinculados de sus obligaciones escolares, por servir a la humanidad desde muy temprano y en cualquier emergencia.

V

PRIMERO LA PATRIA O LA FILOSOFIA DEL YO

CASCANTE organizó su octava velada en el corto tiempo de un mes, por motivos que no se conocieron nunca. Diremos por «diletantismo» figurantista, por divertirse en haz y paz con sus admiradores y archipámpanos.

Miento. El procuró explicarse con claridad. Porque lo que mejor abonaba su carácter de hombre público era su hidalga franqueza. Aunque resultase una chamuchina o un paso de comedia arlequinesca, con anticipación distribuía hojas sueltas por millares.

En esta ocasión se propuso nada menos que llevar a la escena cuadros alegóricos con elemento propio que representasen la patria ecuatoriana en peligro de muerte por la invasión del Perú. Por el magín del ilustre promotor desfilaron lineamientos de gesta épica, los mismos que, sin lugar a duda, se llevaron a cabo una noche de gloria en el popular teatrillo Parisiana.

Fueron invitados especialmente las autoridades locales, los miembros más conspicuos de la Banca, del Comercio, la Prensa, Profesores de Instrucción Superior, Secundaria y Primaria, alumnos, empleados públicos, obreros, la mar y sus peces.

¿Qué contenía en resumen el programa puesto en las tablas? Un cuadro plástico de reivindicación contra la nación del Sur. Hordas de pequeños salvajes entraban a saco en Lima y con la lanza y el carcaj al hombro daban buena cuenta de los blancos que beben las aguas del Rimac.

Ello era poco. Esperad que viene lo mejor y que

suscitó ya no la hilaridad del público, sino un atirantamiento de nervios en señal de repugnancia y protesta.

Los jibaritos en miniatura procedentes de territorio ecuatoriano llegaban a realizar proezas que desdicen de la misma barbarie. Siendo como se daban cuenta de la idea de nacionalidad, y quizá de la naturaleza de un tratado de límites, según su entender, — ya que en el escenario peroraban y se desgañitaban trayendo a la memoria cédulas, textos de arbitraje, y otras cosillas algo más que pesadas y abstractas para una inteligencia infantil — concluyeron por cebarse en las víctimas que hacían con sus armas arrojadizas, bebiendo chicha de yuca en sus cráneos, inscribiendo en ellos los nombres de los ríos amazónicos.

Simulación de tiernos antropófagos — exclamaron algunos — No vale la pena protestar de ningún modo.

— ¡Valientes chicos! — decían otros — ¡Qué originalidad!

— ¡Qué destreza y habilidad en la interpretación! Sería de levantarlos en aras, como a los futuros héroes reivindicadores del Oriente!

— ¡Ohispas! ¿Qué es lo que veo? — dijo uno, en medio del atronador aplauso de palcos y lunetas —. Estos tienen entrañas de leones.

— Y sangre de tigres — concluyó otro con indignación profunda.

— La culpa no es de ellos, sino del gazuñapiro del Director que fomenta tales desvaríos. Eso de querer salir a flote y subir, y subir a costa de los pequeños, es una picardía sin nombre.

— ¡Silencio! — gritaron a una sola voz más de una docena de espectadores, hirviendo en animación entusiasta con lo realizado por los chicos.

— Es una torpeza inconcebible condenar de plano muestras de civismo como esta. Una vez que la conciencia de los ecuatorianos no se despierta con los he-

chos que se repiten a cada paso en nuestro territorio, los ciudadanos del mañana deben hacer la historia en la hora actual. ¡Bravo! sublimes muchachos!

— ¡Bravo...o...o! — corearon por los compartimentos del Parisiana.

Total, que la velada en cuestión obtuvo un triunfo inesperado.

Los circunstantes no cabían en sus asientos deseos de conocer la persona del señor Cascante, organizador del acto. El educacionista se hizo esperar largos minutos. ¿Qué se quería de él? ¡Ah! Que hablara con la misma elocuencia con que en tiempos antiguos lo hicieron Demóstenes y Foción, viendo desmembrarse el poderío helénico.

En sus grandes desgracias los pueblos se transfiguran de orgullo con sus eximios oradores.

— ¡Ahí viene, es él! — exclamaron, al presentarse su figura prócera tallada en el atezado metal de las estatuas.

¿Cómo no había de levantar el tono profético un educacionista como él? Es que no era un maestro de escuela a medio concluir, como la mayoría de los del oficio. Se diría que logró reunir en sí lo más nuevo, lo más florido, lo más variado, lo más espasmódico de los conductores de multitudes pequeñas. Ejemplares semejantes, solo en la India de Rabindranat Tagore, donde los deletreadores y fonetistas humildes, deletreaban también el porvenir, sobresaliendo en muchos ramos del saber y hasta en la cultura religiosa, que ya es otro cantar.

— Señores — comenzó Cascante.

— ¡Hum! Y se aventura a la improvisación! — susurró alguno por ahí.

— Señores—repitió el orador, atusándose los bigotes plateados, rehacios hasta al control del alambre.

— No hay duda, este equivale a más de una media docena de maestros ignorantones.

— ¡Olaro! Este es orador, periodista, profeta...

— No tanto, hombre. Oigámosle primero.

— Señores, — insistió por tercera vez Cascante, atragantándose con las ideas que pugnaban por salir de la boca.

— Suelto de una vez, D. Dómine — rugió uno. Guarde los miramientos con sus jibaritos.

— Señores — volvió impetérro el tribuno — Ven-go aquí en esta noche sagrada con el mismo.... sí, con el mismo anhelo de siempre.

— (¡ Qué! ¿ Siempre habla Cascante?)

— Y digo siempre.... porque yo soy el único que ha comprendido el peligro de nuestra nación.... vengo autorizado....

— (¡ Autorizado! ¿ Quién lo ha autorizado?)

— para decir la verdad desnuda.... se pierde el Oriente, se violan nuestros derechos....

— (¿ Quiénes?)

— Las hordas del Sur se han apoderado de riquezas y poderío....

— (¿ Pero a dónde va este?)

— Y esto no puede ser. Si nos queda un poco de vergüenza, luchemos con desnudo con las mismas armas y en el mismo campo. Hombres, elementos de mar y tierra no faltan....

— (¿ Elementos naturales?)

— Que nos ayuden los manes de Pisistrato, de Sila, de Pantagruel.

— (¡ Qué bruto! Ya echó a perder la pieza literaria!)

— Que nos hostiguen los caballos de Atila, el perro de Alcibiades, las plagas de Egipto....

— (Va entrando en acción el orador.)

— (Está yéndose a un cuerno el charlatán.)

— Sepamos valerosamente vencer o reir en el precipicio. Estos niños que veis en el escenario han hecho lo mismo....

— (Cierto, vencer y reir en el precipicio !)

— Yo les he formado para la lucha desigual.

— ¡ Que se calle ! ¡ Es basta ! ¡ Nos volverá locos este señor — exclamaron algunas señoras.

Pero fue inútil.

Se produjo una algarabía infernal, al mismo tiempo que Cascante se destrozaba los pulmones para hacerse oír.

Lo aplaudían, lo silbaban, le ovacionaban los de platea y hasta los de afuera. Así fue el ardor y el arranque declamatorio con que soltó su discurso. Era de esperarse. Por sobre la repulsa y desagrado de los más reposados, prevaleció ¡ quién lo creyera ! un sentimiento exclusivo de aprobación.

Se pidió que se organizara otra velada con los mismos actuantes. El orador sería mejor atendido y entendido. ¡ Vaya ! La chuzma humilde pesaba mejor a los hombres. En medio de todo, había asomado un astro en la pedagogía ecuatoriana. Los maestros presentes pequeños en su pequeñez tradicional, se consideraban cisco y grajea comparados con él.

Los periódicos por primera vez reprodujeron íntegro el discurso en lugar propicio.

Como no acabó de pronunciarlo el tribuno, se hilvanó por contera un himnúfero trozo en su honor y en desagravio suyo, proclamándolo ilustre, eximio, archipotente en el siglo actual.

En cuanto a palabra escrita nunca se había visto una maravillosa muestra de bien decir y de ideología didáctica, como el maná de los hebreos, que solo caía para pocos predestinados.

¡ Ah ! se publicó su retrato también. Si no, no hubiera llamado la atención de lleno el nombre ecuménico de D. Claudio.

Fotógrafos a porrillo se acercaron a pedirle permiso para tomar vistas de gran tamaño del plantel.

Y no temblaron los elementos cuando una buena

mañana de verano, los pequeños Cascantes en grupos y en alineación perfecta, se colocaron en «pose» adecuada en media calle, en «pose» sí, según la gráfica expresión actual de tanto majadero cronista, que ha dado en la flor de estampar barbarismos, siguiendo la moda de pervertir el idioma.

VI

EL GOLPE PROGRAMATICO DEL O. DE I. C. P. EN EL TIEMPO Y EN LA HISTORIA

PERO volvamos la atención a lo que constituye la obra misma de Cascante: el Pensionado en sus delicadas y privativas funciones. Como no se contó con el tiempo necesario ni con el hallazgo de la vocación profesional, no se hizo gran caso en seleccionar el personal, ni en imprimir el carácter metódico a las labores diarias. Esto lo veía uno de cerca; de lejos halagan las apariencias.

El Colegio de Internos «Crispín Rechupete», después de lucirse en la Vela Orientalista en el Parisiana, se dedicó con furia a turnar en cuanto certamen histórico o acto público promovieron las Sociedades Pedagógicas y Consejos Escolares, enviando sus delegados o inmiscuyéndose con la extemporaneidad acostumbrada.

Adelantemos los hechos. ¡Qué le hemos de hacer! El 18 de noviembre de 1918 se concertó la Paz Universal en Europa. Día de júbilo y desborde torrencial de afectos y manifestaciones públicas en torno de Consulados y Legaciones Extranjeras.

Los alemanes se llevaron la peor parte en esta ciudad de Santiago de Guayaquil, pues no contaron por el momento con adictos sino con aviesos adversarios que recorrían las calles lanzando mueras al Kaiser y su Estado Mayor.

La locura popular rayó hasta en el abuso contra los germanófilos que tuvieron la mala estrella de sobrevivir al desastre de su nación. No se percataron que el furor de los fanáticos se traduciría en hechos visibles.

Un pobre zapatero, que ostentaba aún en las vitrinas de su taller el retrato del infortunado Emperador, estuvo en peligro de ser lapidado. Mas no así sus intereses. Entraron en masa a su tienda, la saquearon y le sacaron a él a empellones, como a enemigo de la civilización.

Acudió la Policía inútilmente.

El desgraciado no hizo más que confesar que la causa de Alemania tocaba a su fin.

Era una tarde bellísima. Sabido es que en los días penúltimos del año, el tiempo es propicio para gozar de ufanía, de jocunda animación respirando a pulmón lleno las brisas salutíferas de verano a orillas del Guayas, «el patriarca barbudo que muchas historias sabe», como cantó un poeta tráfuga.

Después de la algarada popular, vióse por la calle 9 de Octubre uno como vocerío que se aumentaba por instantes. Traían banderas y estandartes en alto. Avanzaban con paso marcial, como si alguno diera desde muy cerca el taralalá con voz de mando.

Era un grupo de escolares presididos por un individuo tocado de negro y que venía trazando cifras cabalísticas en el aire con el pabellón tricolor.

— ¿Cuál el objeto de semejante destile escolar? ¿Qué significaba en tal día la participación directa del elemento infantil rociándose de polvo y viento por esos lugares, sin devolver a los aires más que gritos destemplados y torpes, exclamaciones estentóreas con donaire de aduitos interesados en el éxito o en el fracaso de las naciones beligerantes? Cualquiera que fuese el dictado que le cupiese a su actuación en aquella vez, Cascaño consideróse obligado a tomar a su cargo la parte directiva en la Fiesta de la Paz. Donde veía un resquicio, él introducía todo su cuerpo. ¿Quién se hubiera atrevido a observar lo inconducente, lo inadecuado de su presencia?

UN PEDAGOGO TERRIBLE

DE LA CULTUR.
3

Se hubiera volado el bautismo de un tiro, antes de ceder en sus enajenamientos de espíritu, por lo nuevo y que algo o mucho tenía que ver con él.

No le increpamos por su participación espontánea, sino que el hombre se tornaba en una carga, en algo catastrófico y cursi. Acudía a todas partes, llegaba, cuando menos lo pensaban, y, ¡paf! se desenvolvía en unos cuantos períodos pedantescos, con el título de alocución.

Y allá van frases de factura insípida, sin derrotero ni objetivo determinado, girando al rededor del asunto eterno de la Patria. Y como es natural, se apeaba sobre el pedestal o escaño de los sentimientos cívicos, anotando en términos machacones que él y su comitiva estaban listos a derramar su sangre en desagravio de los pecados del pueblo.

No pocos optaban por cambiar de sitio; los que no lo conocían se deslumbraban con su verba multicolor y ensoñadora. Hay que reconocer, sin embargo, que por sobre los que no le tomaban en serio, se multiplicaban prodigiosamente sus adeptos. La nombradía de Cascante subía hasta el cielo en vellocinos de luz, en ecos de admiración. Se agigantaba, a pesar de la envidia y egoísmo circundantes.

Y como corroboración palmaria de haber contribuído a la fiesta de la Paz con su presencia, dióse también a la estampa en el mismo diario de prestigio un manifiesto firmado a nombre de su colectividad, y que rezaba así:

«Señores beligerantes: Tendámonos las manos sin novedad. Cuatro años de guerra, poca cosa, si más tarde la sonrisa baña el rostro, y los puños de las espadas caen deshechos por el amor y la concordia. Nosotros como niños lo sentimos así. Y hemos acudido los primeros con la boca abierta y el corazón saltando de optimismo a intervenir de lleno en la gran catástrofe.

Huyendo de nuestras labores, que nos hubieran privado de infundir importancia infinita en este acto cosmopolita, estamos en la arena del deber, mezclándonos como el aceite con el agua, con los enemigos de la civilización latina: los germanos. Les perdonamos en el tiempo y en la historia.

Que no se cometan más destrucciones. Que se planten firmes en su sitio, no sólo la catedral de Strasbourg, sino Nuestra Señora de París, la estatua de la Libertad de New York, y nuestro plantel construido con monolíticos holocaustos por los vecinos del norte y del mediodía de esta ciudad.

¡Paz con vosotros, benéfica Paz, salud y gracia!

PRIMERO LA PATRIA Y DESPUES YO.

ALUMNOS DEL COLEGIO DE INTERNOS

«CRISPIN RECHUPETE»

Sin lugar a duda, el Manifiesto escolar, causó una sensación inexplicable. . Y por qué no, si los próceros muchachos «huyendo de sus labores» acudían a ser el alma viva de los sucesos del 18 de Noviembre de 1918?

El autor de la pieza aquella, para mayor gloria suya, convocó a internos y seminternos a escuchar su lectura antes del almuerzo.

Recomendó después, bajo pena severa que la aprendiesen de memoria, con la idea de popularizarse con sus propias ideas, oyéndola en labios ajenos, y sentirse grande en su convencimiento íntimo de educador y pensador universal.

No se dió por satisfecho con esto.

Se lo notaba inquieto y exacerbado con lo que tenía que hacer. Algo más tenía que hacer.

Medía su alcoba a grandes zancadas. Había acumulado tanto en su cabeza, que tuvo que valerse de uno como de secretario particular, a quien dictaba sin interrupción, programas escolares, cartas a personajes conocidos y desconocidos sobre diversos asuntos, artículos por recomendarse a la Prensa, con dos o tres días de prudente intervalo y una ristra considerable de renglones de carácter más serio.

Hilvanaba sus memorias. Sus memorias le hurtaban gran parte de la noche, mientras los de la casa dormían el sueño del justo, desde las nueve de la noche, recitadas las oraciones de rúbrica al acostarse.

Uno de los proyectos que le intrigó después se relacionaba con las labores personales de los alumnos. Resuelto a dar una orientación cierta a la enseñanza en sus menores aspectos, buscó en el escondrijo de su cabeza planes y esquemas de innovación suuntuaria y sorprendente. Hizo pegar en las paredes laterales de la sala de clase cartelones y más cartelones, impresos, con máximas y pensamientos suyos, lo que se le había ocurrido cuando escribía o hablaba, y hasta en el trato familiar. Unas cuantas sentencias en latín de Cicerón, Séneca y Marco Aurelio. Después alternaban pegados en cartón los retratos de los modestos vecinos del burgo, que sostenían, según su decir, la empresa educacional con fondos y obsequios de diversa índole, y que se encargaban además de la propaganda dentro y fuera de la ciudad. No hay que omitir que los sitios de honor de las paredes ocupaban los Directores de los diarios locales.

Los profesores auxiliares — con destino de permanecer un mes justo prestando sus servicios, según el reglamento del Colegio — estaban sujetos a sufrir una serie de remociones «internas» durante el ejercicio de su cargo. Cada día debían dictar una clase en los distintos grados y sobre distinta materia, de conformidad

con la mente del Director, que «proporcionaba instrucción variada, amena, poco y bien», sin incurrir en la monotonía de oír a un solo profesor, ni de seguir el mismo método. El objeto era evitar díqué la rutina en cualquiera de sus formas, y más que otra cosa, disciplinar de veras la mentalidad de profesores y estudiantes.

Y así es como se dió con el secreto de la autonomía infantil. ¡Vaya! Tiempos eran esos de autonomía: autonomía provincial, autonomía administrativa, autonomía obrera; y por qué no autonomía escolar?

Según ello, los alumnos podían elegir — previa terna — a sus profesores, ellos y sólo ellos estaban autorizados para escoger el plan, método, y hasta el tono de mando que más les conviniera, en los que tenían la suerte de ser los nombrados. Nada más que por haber adoptado esa republiquita escolar el federalismo de opiniones, gustos y tendencias y representar ya una colectividad consciente, según las ideas de la época.

Así fueron desfilando por el foro preceptores puestos en berlina por la federación escolar cascantesca; nadie más que un alumno gozaba de plena autoridad y respeto entre los suyos.

Conducta, asistencia y aprovechamiento estaban bajo su mismo control, sin exceptuar la interpretación y desarrollo de las materias, si por fortuna se lograba hacerse oír unos minutos. Por indicación del Director se organizó un Tribunal de Justicia Escolar en el que los pequeños funcionarios castigaban las debilidades y desvíos de sus educadores, con otra circunstancia más y que se «trascendentalizó» afuera en un cerrar y abrir los ojos, previa la convocatoria de la prensa. Se trataba de que se instalasen en escuelas y liceos esta especie de Conserjería, con un registro minucioso de hechos punibles de maestros y maestras.

La época era propicia.

Quien haya dado con el hilo sucedáneo de los he-

chos, notará que el cambio de papeles en todas las fases de la vida obedece a la evolución creciente de las ideas. Lo más natural que con ese principio se pusieran en acción nuestras costumbres hacia ese fin. Por más que se empeñen en asegurar que andamos cabeza abajo, la realidad nos prueba que obedecemos a un imperativo de progreso en el Ecuador. Manda, legisla y se independiza de plano la mujer; los estudiantes hacen de las suyas, fuera de la esfera de sus limitadas facultades, lanzándose contra sus catedráticos, al desconocerles o negarles aptitudes e ingerencias administrativas.

Los obreros ¡puah! entendieron que la igualdad humana en todo les permitía ser díscolos, mètébullas, sabihondos, con solo haber saludado dos o tres libros socialistas de insoportable ideología exterminadora. Se hubieron imaginado que Rusia es todo el mundo y que entre nosotros se han suscitado iguales problemas, idénticos conflictos por solucionarse, al conjuro de Lenines y Troskys armados de unas cuantas desvergüenzas y tontinerías como contingente propio.

En esta inversión de valores individuales, solo el prestigio y autoridad de Cascante quedó en pie. ¿Iba a suceder otra cosa? El Supremo Hacedor de la pedagogía guayaquileña impartía órdenes y considerandos y dejaba que el curso escolar, se deslizara por sí solo. Como Director no era dable que dictara una clase modelo en algún momento implantara alguna reforma, o conociera un libro, ni por la cubierta. ¿Quién era el osado que pusiese en tela de juicio su indiscutible saber? Jamás se le vió ponerse al frente de los alumnos con ánimo de indicarles un rumbo, ni de ilustrarles en sus dudas. Y sin embargo, arreciaba con observaciones y objeciones, yéndose a la contradicción manifiesta. No le asistía a nadie un mediano conocimiento de la materia, porque ahí estaba él dispuesto a sostener lo contrario. Es que se preparaba a descubrir un nuevo sis-

tema de enseñanza. Poco a poco fue exponiendo sus principios, sus fórmulas, su proceso mismo con calma y sangre fría. Mas, no había de ser él en persona quien procediera al ensayo práctico, como no son los dirigentes de nuestras escuelas los que acometen la tarea de dictar una asignatura, con el laudable propósito de no matar el tiempo en balde.

La vocación profesional no es de todos, ni el ahinco apostólico de esparcir la buena simiente.

Sucede más bien que los que aman el trabajo y laboran en la cera de las tiernas inteligencias mueren ignorados y experimentan el aislamiento y la ingratitud hasta de los buenos.

*
* *

Llegaron los días de echar la casa por la ventana, con motivo del cumpleaños del Director.

Cascante fue objeto de honores casi divinos. Tarjetas, discursos, ofrendas florales, que figuraban emblemas distintos y una tufarada de golosas supercherías dedicadas a su nombre, llenaban su mesa. Quién que le lanzaba una oda heroica, quién un himno en verso de pie quebrado, quien que le ungía con los atributos de pedagogo eximio, innovador, patriota integérrimo.

Se engalanaba la última maritornes de la casa. Luces, floescencias literarias y musicales, felicitaciones almibaradas, gallardetes, penachos de humo, gritos en diversas escalas, en una palabra, un programa pintoresco y rico en amor y ovaciones sin cuento constituyeron el homenaje en su día.

Y todo esto recibía con justo derecho su digna consorte.

Esta amazona, con su descomunal estatura y grosor

se distinguió siempre por el silencio. Jamás se hizo oír, ni con un simple movimiento de boca. Se presentía su existencia por una leve inclinación de cabeza.

Hacía los honores de la casa por señas. Se diría más bien que fue modelada como un contrarresto de su gran esposo.

Y así marchaban los asuntos a pedir de boca.

El uno dominaba el arte del bien decir y la otra del buen callar. El Director cifraba su mejor timbre en la palabra hablada y escrita, y la Directora en una cerrazón de parla. La filosofía del silencio en una mujer alta, tremante, con rasgos acentuados de dominio paquidérmico garantizando el prestigio del plantel por los siglos de los siglos.

Se ha dicho que la esfinge de Gihseh con su caraza monolítica simboliza la sabiduría.

Los que nunca dicen nada y los que dicen todo como papagayos, ganan con tercio y quinto las seguridades de vencer.

En el Ecuador se han multiplicado estos seres extraordinarios.

CAPITULO VII

EXCURSION ESCOLAR ARQUEOLOGICA AL ESTERO SALADO

CORRIA por cauces serenísimos el río fecundante de la civilización en el plantel modelo. La actividad, el entusiasmo loco y endiablado por dar felice cima a cuanta idea innovadora, a cuanto anhelito invisible calaba la voluntad del dirigente, se dieron la mano.

Con una espontaneidad sin igual, cada uno aportaba su contingente maravilloso en el torneo progresivo de la educación: los profesores confiándose modestamente al criterio y censura de los escolares, el Director imaginando día tras día proyectos novísimos y sus íntimos coadyuvando con esmero y abnegación a la economía interna de la casa.

Fuera de las asignaturas señaladas por la ley, se dictaban clases de fotografía, electricidad, propedéutica, mecánica, arquitectura, táctica militar, esgrima, natación.

No hay que asustarse. En colegios como este, destinado a servir de paradigma o espejo de didáctica, era natural que el niño invadiera los más apartados reducidos del saber humano.

Pocos profesores tenían a su cargo responder de cuestiones tan complejas; pues ahí estaba la gracia, que sobrara tiempo y holgara la temeridad de emprenderlas contra las ciencias divinas y humanas a poca costa. Deporte, canto, cine, actos pietísticos, excursiones militares y geológicas, inspecciones urbanas, industria, etc., fueron objeto también de su atención. ¿De qué modo? ¿Cómo se arreglaban en el englobamiento

y escalonamiento gradual de todo esto ? ¿ Ciencia infusa ?
¿ Ciencia adivinatoria ? No.

El procedimiento radicaba en lo más sencillo. Como lo que se pretendía era conducir al niño sin obstáculos por el sendero del conocimiento, nada más verosímil que obligarlo a profundizar, sin siquiera detenerse en nada. Saludar por dos veces una lección equivalía a desatino, de ahí los estorbos en el vuelo caudal por el espacio. ¿ Consultan los manejadores del hélice y la llanta los peligros del trayecto por recorrer, si se proponen no perder tiempo ?

Basta con que afuera supieran con frecuencia que el tesoro de la sabiduría se agotaba entre unos pocos escolares de 9 a 12 años de edad; con tal que figuraran en los programas de exámenes anuales materias y novedades inesperadas de un momento a otro, no había urgencia en preparar la cosa de una manera más ordenada y formal.

Semanalmente los diarios dedicaban una página especial a los alumnos distinguidos de las escuelas fiscales y municipales. Con su modestia acostumbrada los alumnos del Colegio de Internos «Crispín Rechupete» aparecían en lugar aparte, por motivos de honor especiales, otro día.

A tres categorías pertenecían los alumnos, según los cuadros en donde se mostraban a la admiración pública: «Cuadro de Plata», «Cuadro de Oro», «Cuadro de Diamante». ¿ Quién no deseaba figurar en esos arcones del ungimiento y consagración nada comunes ? De este núcleo surgirían los futuros mandatarios, los propagandista de la gran cruzada pedagógica que se emprendería en breve por toda la República, a guisa de acercamiento y propulsión doctrinaria.

En lo que toca a libros y más enseres escolares, hay que aclarar un punto. Se pensará que por atenderse de preferencia al cultivo de la inteligencia y de

la observación se desterraron los epítomes y catecismos de los Hermanitos de la Salle. Muy al contrario. Se compraban por gruesas en la librería propia de la casa. Empero hay que fijarse en una particularidad. Como el objeto era libertar a la memoria del obligado método de repetición, optando por la forma intuitiva y racional, se puso el cuidado de dejarlos en paz, sin hojear una sola de sus páginas, ni someterlos a una interpe-lación siquiera, que fuese por derecho a saber la materia de que estaban hechos.

En los cuadernos se trazaban dibujos raros, inven-ciones de géneros hasta ahora desconocidos en el arte divino del Ticiano y del muy recordado Oxandaberro.

Los que tiraban a adultos ocupábanse en trazar esquelitas de amor, rasguños pornográficos, insultos oportunos y pullas a los profesores, o si no arrancaban las hojas, y con habilidad suma se engolfaban en el modelado. Gallos, carteras, encuruchos y muchas ino-centes indecencias confeccionaban, con lo que armaban la algarabía del siglo en clase, al ver pegados en el cielo raso con saliva esos colgajos.

Cómo no estaría de animado el mongibelo, cuando los profesores se tapaban las orejas y clamaban al cielo venganza renegando de la bondad de las actuales refor-mas que proscribían el rigorismo y la depuración for-mal de elementos podridos, junto con el carácter auto-nómico que ostentaban las masas estudiantiles del Carchi al Macará.

Durante las clases de Gimnasia, como que se desen-cadenaban los elementos. Júpiter airado reclamaba su imperio defenestrado por los pequeños titanes.

El profesor respectivo concurría de cuando en quan-do. Persuadido como estaba de la eficacia inmediata de los ejercicios físicos en el niño, ya sea en los recreos diarios, sin la vigilancia de nadie, en la calle, en el refectorio, daba por terminado su cometido. En honor

de la verdad, diremos, que no se tomó el trabajo de sujetarse a plan ninguno. Solo así se podía desarrollar libremente las fuerzas musculares y dar un ensanchamiento más que ordinario a los instintos bravíos de los moderados.

En tal emergencia, la voz de mando se alzaba detonante y triptolémica, pero se ahogaba en el guirigay brutal, cuyos aspectos batahólicos contemplaban los del vecindario con asombro y estupor.

No se explicaban el por qué de estos desplomamientos de intenso colorido salvaje. En su intrepidez crotoniana no oían ni la voz de bajo de Cascante que se asomaba enallierguido y suelto de cuerpo por uno de los extremos de la plaza de la Concordia. Le era imposible hacerse reconocer.

Se encontró una vez con que el profesor de Gimnasia tomó soleta, después de quince minutos de iniciada la formación.

— ¿Qué es lo que pasa aquí — preguntó Cascante a los grupos dispersos—. Llámenlo, debe darme explicaciones. Y ahora que estamos en vísperas del 9 de Octubre. ¿Y somos nosotros los que vamos a presentar una revista de gimnasia con banderines y fusiles? No es cosa de juego.

Pero como los muchachos atónitos lo querían así!

Vino el profesor de Gimnasia y todo él inmutado, con amarga displicencia, dijo:

— No se puede hacer nada Sr. Cascante, con semejante elemento.

— Y por qué no me anticipa? Por qué largarse así no más....

— ¿Qué saco, en conclusión, remitiéndome a su autoridad? Aquí no se obedece a nadie, ni Ud. mismo es capaz de componer...

— Componer ¿qué?

— La anarquía que existe....

LIBRERIA ECUATORIANA

— No tal, Sr. No hay necesidad de pensar en medios violentos. . . . hay varios recursos de conciliación.

— Y ¿por qué no los ha empleado?

— La pedagogía moderna proscribía hasta eso.

— ¡Qué Pedagogía ni qué niño muerto! La Pedagogía no aconseja dejarse poner la mano en la horcajadura.

— Quiero estar al día en asuntos de régimen escolar.

— Y mientras tanto, el demonio cargará con Ud. y yo. Le diré que envano me desgañito delante de tanto matasiete.

— ¡Qué es lo que dice? Hijos de mi corazón, gajos de mi patria, capullitos de oro, no tienen la culpa de haber nacido así. Son sus padres.

— ¿Qué tiene que hacer su nacimiento, sueltos como están de obligaciones y trabajo, amigo mío? Ya lo veremos en que pára ello. En cuanto a mí. . . .

— Saca el cuerpo de su compromiso.

— Exacto.

— ¡Y la efemérides patria? ¡Y mi programa de festejos? ¡Y mi reputación?

— Nada me queda por hacer. Es más allá de imposible domar a semejantes fieras.

Y dando un cuarto de vuelta el digno hijo del Mapacho siguió su camino, resuelto a no prestar más sus servicios en el avispero autonómico del Sr. Cascante.

No dejó de impresionarle seriamente la actitud resuelta de dicho profesor. Era el primero que abría la boca. En tanto que los demás se aguantaban la mamola de los materiales en silencio. Por no perder la soldada hacían los mutis y aplastaban su dignidad. Ni hubiese servido gran cosa quejarse, puesto que se decía a diario que por la vía de condescendencias y mimo-seos se conseguía mucho. En tal virtud, a nadie se le tocaba ni de nombre. Y cuando llegó el caso de

imponer el orden, Cascante se entregaba a vacuidades verbales sin término, subido sobre una silla y derrochando gestos y guiños sesgneantes detrás de sus «bifocales», que era una delicia. La escena acababa con una silbatina general. En esto acudía su esposa y con esa gravedad de jamona y dirigente en las grandes ocasiones, rugía y soltaba uno y redondo.

Los bulliciosos se largaban por ahí a medio callarse. En seguida, temiendo que la temperatura subiese un grado sobre cero, reprendía a su esposa:

— No sabes lo que es método, ni has visto la cara de Oalkins.

— Pero si ya es demasiado.

— ¡.....!

— Me vienen ímpetus de vaciarles las tripas.

— ¡ No faltaría más. Y en qué quedaríamos? Bien sabes que no se puede estirar el hilo.

— Claro que es así.

— ¡ Me entiendes? ¡ Obitón! y andando. Aguayo aconseja en su Metodología....

— Déjate de autores y majaderías. Si no se toman las medidas del caso....

— Dilo.

— Cabalgarán sobre nosotros.

Se calló de súbito Cascante. También su consorte, que nunca metió basa en nada, notaba el desconcierto que reinaba en la escuela. Y su idea corroboraba con lo dicho por el profesor chileno. No cabía incertidumbres. El mal se extendía como una peste.

— Y si hasta ahora nadie me ha dicho nada—exclamó la señora— es porque se gozan en el desastre o has perdido la autoridad. Más bien esto último.... Resalta a la vista lo impropio de tu modo de pensar.

El golpeándose la frente, acosado por otras reflexiones, se dijo:

— ¡ Y cómo pagnar con la pedagogía moderna?

¿No se han suprimido los castigos? ¿Sería justo volver al oscurantismo? Escojamos medios de compaginar la obediencia del niño con el amor y simpatía inspirados por el adulto. Mis profesores no entienden de esto.... ¡Vamos! Un proyecto. ¡A ejecutarlo!

Dió varios pasos marciales en dirección al patio de recreo y llamó dando las consabidas pitadas y el chacoteo de manos.

— Señores — dijo con entonación declamatoria — los signos denuncian una catástrofe. Mi esposa y mi profesor de Gimnasia, han visto asomarse la tempestad. Yo no acepto todavía lo aceverado por dichos augures.

Empezaron a moverse las frutas.

— (Al fin quiere una cosa).

— (Yo quiero dos).

— (Yo deseo irme a mi casa cada día, sin decirse-lo a nadie).

— ¡Silencio, conciudadanos!... Propongo una idea.

— (Que se traiga a Obinique y a Saturnino Guzmán).

— (No digo eso).

— (Que se resuelva por la suerte la vacante del profesor Aguirre).

— Por Dios dejadme hablar. Voy a daros gusto, permitidme. Mañana nos vamos al Salado.

— ¡Bravo! ¡Viva Jhonson!

— Probaremos subir hasta la cúspide del cerrito, seguiremos más allá. No estan muy lejos las fortificaciones y zanjas de la guarnición militar. Habrá mucho que hacer. Estudiaremos el campo en su vasta extensión.

— (Como verdaderos campeones).

— Sí señor, campeones del deber y de la ciencia. Lo que os suplico, más moderación, más calma. Rousseau dice en su *Emilio*.

— (Lo que sea señor Cascante, nos iremos, nos iremos).

— ¡Prometéis portaros bien?

— Todos:

— Sí, sí, síiiiiiii.....

Adoptó también otro recurso, con tal de librarse de los más desenvueltos. Despachó algunos seminter-nos a sus casas, con la condición que regresasen al día siguiente.

El resto de la noche pasó abordando proyectos, lucubraciones y expectativas de grandeza, sin acordarse de que, sin mucho ahogo, el triunfo se inflaba como un mongolfier, estriado de amarras y tablas.

El más tarde de este globillo fantástico no lo alcanzó a columbrar siquiera.

CAPITULO VIII

ORIGEN DE LA AUTONOMIA ESCOLAR EN EL ECUADOR

[A excursión al Salado, no era un plan mal combinado de táctica exhibicionista. Consultaba además la intención más sana del mundo, en orden a proporcionar goces bucólicos a su numerosa familia. Y para no discrepar un punto del programa impuesto antes de salir, lo dió lectura en alta voz. Llevábalo en la mano, con el fin de ir recitando número por número.

Dejando a un lado la variedad e importancia de muchos de ellos, fijaremos nuestra atención únicamente en la excursión misma.

Componían la comitiva cerca de cuarenta alumnos, con equipo de viaje. En lo del equipo o equipos se distinguía la parvada cascantesca. ¡ Los equipos que se ponían encima, Dios justo ! Pues el equipo de viaje — décimo o undécimo de la categoría — consistía en un terno blanco a la marinera, una especie de gorro frigio del mismo color, zapatos de lona con guarniciones y tacos de caucho y un pañuelo grande y rojo al cuello. Llevaban sendos garrotes o rodrigones con qué hacerse firmes en los precipicios y estribaciones del camino. En una jornada de algunas horas se necesitaban salvamentos de ese calibre, cuchillos, cantimploras y algunos metros de cuerda, por sí el caso lo exigiere.

Cuatro profesores guardaban el orden, y una docena de muchachas con descomunales sombreros de mimbre bien plegados al cuello cerraban la marcha. Muchachas internas unas, dos pasantes de profesoras de los grados primero y segundo, miedocicas, hurtando su exhuberancia primaveral de ojos extraños, con el ardor repri-

mido de correr y saltar, y que se revelaba en el cuchicheo entre ellas. Y luego un grupo de chicos menores de siete años, que dificultaban el paso, y que, con el mimo y el manoseo meloso, darían todavía que hacer a los excursionistas.

Una infinidad de caras absortas se destacaban de las ventanas a lo largo de la calle «9 de Octubre» hasta el «American Park». Y con una exclamación estruendosa exclamaban al verlos pasar bordeando la parte peligrosa de la vía:

— ¡Este es el mejor Colegio de Guayaquil!

— Hay que verlo — replicaban otros — ¡Y la escuela Superior Simón Bolívar? ¡Y el Pensionado Pedro Carbo? ¡Y la escuela particular «Guayaquil»?

— Ninguno se compara con este. ¡Qué lujo de presentaciones! ¡Qué influjo que ejerce en el pueblo por su patriotismo!

— Y son tan pocos! Y sin embargo, superan por sus conocimientos a la Universidad misma.

— Su digno Director aspira a la inmortalidad.

— Alguna misión científica llevan, no hay duda.

Cascante se iba enterando del interés despertado en el vecindario, y lanzó con voz culminante un ¡VIVA EL COLEGIO DE INTERNOS «ORISPIN RECHUPETE»!

Los mismos vivados corearon con más fuerza, acompañados de uno que otro curioso del trayecto:

¡VIVA!.... ¡VIVAAA!!....

*
* *

La mañana no salía de su «saudosa» languidez y ensueño, en lucha con la semi noche crepuscular del trópico. Ese lento amanecer que anuncia un preludio de primavera, sin sol, sin emanaciones de frío ni de ca-

lor, con una candidez de cristal empañado, con vagas fumosidades, con armonías apagadas antes de la respiración del viento, es propicio para dar la vuelta al mundo. Aprovechando del buen tiempo, la juventud guayaquileña amante del deporte, frecuentaba esos lugares y se enpujaba en cualquier sentido, en busca de un anfiteatro donde eristrar puntapiés y cabezazos al balón. Ciclistas, bañistas, vivanderos de Ohongón y Pascuales, jornaleros de la cantera contigua al concurrido puente del Salado, fueron el público gratuito que presenció y auspició con exhalaciones de admiración, el desfile.

Y también por otra cosa. Conducían la bandera nacional en alto en la punta de uno de los rodrigones de viaje. Cerraba el tumulto el estandarte del plantel, cuajado de medallas y preseas de varios metales y tamaños. Con el objeto de hallar libre el paso del puente, contribuyeron con un ¡PURRA! en honor del guardián, el pontazgo de cinco centavos por persona. De allí dieron principio a las carreras de resistencia, espaldarazos y más movimientos calisténicos de riguroso ataque y ofensiva entre compañeros. Gozaban en su elemento. Los más crecidos con catapultas de caucho emprendieron el tiroteo contra los seres racionales e irracionales. Por fortuna se logró temperar los ánimos.

Tomaron la dirección del cerrito del Carmen y, después de efectuar un recorrido por sus alrededores, salieron a la Sabana. ¿Se acamparían por ahí? No. Se metieron en plena maleza. Gritos, llores, llamadas indistintas y lejanas de unos, ternos y silbidos de otros indicaron que realizaban la ascensión proyectada.

Hasta que se reunieron en la cúspide, desgarrados los vestidos, empolvados hasta los dientes. Allí sentaron sus reales, después de dos horas de perniquebrarse en los jarales y en el pedrisco de los repechos, luchando con las molestias de los pequeñuelos.

Antes de comenzar sus investigaciones científicas, Cascante ordenó llevar su tienda de campaña al pie del arbolillo que coronaba el terromontero.

La bandera tricolor se dividió en algunos jirones. El estandarte del plantel corrió la misma suerte. No por esto había que olvidar los números salientes del programa, como la jura de la bandera en plena campaña, el reconocimiento técnico de las fortificaciones y trincheras dispuestas en ese lugar por los cuerpos de la guarnición de la plaza, recitaciones poéticas, topografía, geología, hidráulica, todo a cargo del Director y alumnos más aprovechados.

De lo poco o mucho llevado a cabo en el viaje se guardaría perenne recuerdo en un gran memorial escrito en el mismo sitio. Por eso no abandonaban un momento «el Kódac», el barómetro y el anteojo de larga vista. Señal de que no desperdiciaban los momentos.

Una niña algo hombruna se trepó a las ramas del arbolillo con un guiñapo del tricolor, y se resolvió a representar la Patria, que vigilaba desde muy alto el movimiento del progreso nacional.

Cuadro alegórico, interesante, estrambótico, despampanante, inimitable.

Al pie de la diosa se guarecían otros: quienes lanzando piedrecillas al aire, quienes pinchando toscamente al que se acercara por desgracia al escenario.

A viva fuerza fueron alineándose al frente con sus vara-palos despojados de la corteza. Entre contener el berrido y el desgaire general, Cascante salió de sus casillas, sin pasarse a las obras.

Antes de montar en cólera, se acordaba de las normas pedagógicas y se cruzaba de brazos ante la catástrofe.

El juramento de la bandera se dispuso después de escuchar el Himno Nacional cantado con no pocas irregularidades y desentonos, bajo la batuta del mismo

Director. En seguida venían las recitaciones. Se sucedieron en gran número, endulzadas con aullidos y carcajadas de corta y larga duración.

En seguida se destinaron ocho alumnos topógrafos en viaje de estudio a los alrededores. El propio Cascante encabezó la expedición con los instrumentos referidos.

¿Qué descubrimiento se proponía hacer? Solo su cabeza sabía el secreto.

Antes de partir, presenció con una soltura de ánimo sin igual la jura de la bandera, sin alargarse mucho en el discurso preliminar, ni en el de clausura. Le preocupaban otros problemas de abstrusa índole en el seno de lo desconocido. Sin embargo, no privó a sus oyentes de la erudición pedagógica en sus largas citas y alusiones a Juvenal, Jámblico y Mefistófeles.

— «Son mis preferidos mentores en mis excursiones geográfico-telepáticas. En el campo experimental Giordano Bruno, Diodoro de Sicilia, haciendo contrapeso a la ley de la gravitación universal, que niegan las fuerzas brutas, nos legaron maravillas. En la Pedagogía solo los filósofos peripatéticos merecen la preferencia. Por algo se recuerda tanto la escuela de Alejandría. Me imagino que recorrerían como nosotros los rincones más ocultos con la bandera en la mano leyendo en cada risco, en cada contrafuerte los hechos del pasado. Yo me propongo realizar mucho más en favor de la niñez ecuatoriana. Aspiro en pocas palabras....

— A la gloria — concluyó un zarramplín adosado al arbolillo.

— «A la gloria nó. Llenaré una misión providencial en mi patria, misión de propaganda y engrandecimiento de mi colegio. Mi deseo sería que a él concurran todos los pequeños a instruirse deveras, a formarse. Los tiempos son malos. No hay hombres; no contamos con un sabio, con un perito en extraer virtudes de sus hijos; vosotros conmigo aprenderéis a conocer los beneficios de

la paz y de la guerra y la excelencia de los buenos alimentos mezclados con las buenas lecturas y el amor al terruño. Saludemos una vez más nuestra bandera, cuyos pliegues se han dividido en las zarzas del camino, pero con honor».

Una salva de prolongados aplausos atronó los oídos del orador, obligándolo a dejar en paz la tribuna y el ambiente.

Sépase que ya comenzaban a moverse los montes y a retroceder los ríos.

Elocuencia, fuerte de los éxitos, ¡cuán olvidada eres por los discípulos de Pestalozzi!

Incontinenti pidió unos instantes de tregua y se enderezó con rumbo a las inmediaciones de la colina por el lado oeste.

— Este número del programa me ha intrigado mucho. Desde tiempos atrás soñaba realizar este examen.

— Nos vamos con Ud. — gritaron los alumnos.

— ¡Ah, no, no! Lo que consiga yo ahora en mis estudios, será un triunfo más en pro de nuestra causa. Esperadme aquí unas dos horas cuando más. Después emprendemos el regreso. Son las once de la mañana en punto.... Sígame Ud....

Y uno de los profesores con una imperceptible sonrisa de duda, acogió la invitación.

Cascante nunca hizo alarde de sabiduría geológica, ni hubiera negado tampoco sus medianas aptitudes, con el mismo aplomo que un modesto geólogo ambateño. Sin embargo, tuvo por seguro dar con bola en esta ocasión. Le habían proporcionado vagas noticias de prehistoria y leyenda, localizándolas en los contornos de la pequeña cordillera que circuye el Estero Salado. A la simple vista se nota que por el lado sur en la gran esplanada se ha efectuado un cambio de corriente del Guayas. Aceptable que en épocas pretéritas toda la esplanada fuera el lecho del río, pero no que por ahí

se prolongara la estribación de la cordillera con una o dos elevaciones de tierra. ¿Qué se hicieron las dos o tres colinas desaparecidas? Cascante se aferró en querer señalar el punto donde se asentaba una ciudad fundada por los antecesores de los huancavilcas y que allí se ocultaban grandes tesoros y hasta riquezas naturales.

Su labor consistía pues en hallar el sitio preciso, constatar en él algún escombros o vestigio de ciudad y además conocer a ciencia cierta en dónde se encontraban las fuentes auríferas, argentíferas y diamantíferas. En caso afirmativo, se procedería a trazar planos y planes de explotación sobre bases seguras.

En efecto, dió vueltas y revueltas por los lugares indicados, golpeando el suelo con su rodrión, tendiéndose largo a largo en el suelo y aplicando los oídos; luego después recogió en un papel algunos puñados de tierra para espolvorearla cuidadosamente, como acucioso mineralogista. Recorrió con la mirada de un confín a otro, cual si quisiera abundar en los arcanos de la tierra y pulsar en sus diversas capas y escoriaciones, dando por resuelta por medios intuitivos la dificultad.

El que lo acompañaba hizo además de inquirir el resultado. Cascante con una sonrisa de satisfacción dijo:

— No he perdido mi tiempo, amigo mío. Tengo asegurado mi éxito.

— ¿Qué se proponía Ud., en suma?

— Comprobar la existencia de oro y piedras preciosas en el seno de estas colinas. Hallar la ciudad prehistórica que no cita Wolf, Destruge, ni mi padre.

— ¿Usted era capaz de todo esto?

— ¡Vaya que sí! He sacado en limpio que vivimos sobre riquezas inconmensurables.

— ¿Lo debe a su varita de virtud semejante hallazgo?

— No tal. Poseo conocimientos en mineralogía, meteorología, y entro en ellas como Pedro en su casa.

— ¿Deveras?

— Me propongo hacer revelaciones estupendas mañana mismo.

— ¿ Pueden hermanarse así como así la meteorología con la mineralogía con su exclusivo dominio ?

— Con gran gusto. Como el perro con el gato, cuando hay sol en las bardas, valga la comparación.

— De modo que,...

— ¡ Ah ! Mi descubrimiento me prestigiará infinitamente. ¿ Qué digo ? Mi plantel sale ganando con tercio y quinto. Yo no quiero nada para mí. Que se honren los míos exclusivamente.

Santiguóse como buen cristiano el compañero, y dijo para su colete:

— Si así se forman las celebridades en estas tierras, ¡ maldita la higa que me importan los verdaderos sabios !

Total, que de la memorable excursión al Salado se consiguió un cardumen de conquistas en la esfera de la realidad científica. Basta decir que Cascante llenó un grueso cuaderno con el acopio de observaciones, análisis y más artículos novedosos, con la idea de publicarlos en un folleto y repartirlos gratis a los establecimientos de enseñanza y también a las instituciones de cultura libre del país.

Después habló largo y tendido a sus alumnos sobre el imperioso deber en que estaban en ser los primeros en todo, fuere o no fuere de su propia incumbencia.

Por lo pronto, fue de opinión que los profesores echaran mano de las impresiones de viaje, como receptáculo de innúmeros temas de enseñanza.

Los desventurados individuos sintieron que les caía un rayo sobre su cabeza. ¿ Qué utilidad ni qué demonstre se derivaban de ahí ? ¿ Qué dirían ellos en clase, que no fuesen necedades y desatinos redondos ? Sin duda, el hombre rayaba en loco rematado, o le había dado por pasarse de listo, o más bien de fanfarrón o

chiflado? Y concluyeron por darse perfecta cuenta de su situación.

Desairado papel el suyo, desde luego que se les había relegado a la autoridad y fallo de los granujas. Ningún asomo de cordura, mucho peor de originalidad. Lo que se descubría era mentecatez redomada o adulación en su más supina forma. Con proceder así, y contentar a los padres de familia y elementos de viso, con fines bien calculados, Cascante llegaría a sacar gran partido de lo más mínimo, sin perder la ocasión calvísima de encararse con el destino y la gloria en persona.

CAPITULO IX

EL PASADO Y EL PRESENTE DE NUESTRAS ESCUELAS

EN efecto, días después el Director, fiel al programa formulado antes de la excursión, exigió a cada uno de los preceptores el cumplimiento del deber. Y era que se dictaran varias clases que versaran sobre la importancia del paseo, sus ventajas y aplicaciones inmediatas en la cultura ecuatoriana.

El profesor, que acompañó a Cascante en su recorrido científico, incrédulo y contradictorio con lo que se venía haciendo, fue el más opuesto a refrescar, siquiera con el recuerdo, la jornada aquella. No se dió a partido, por más que se le amenazaba hasta con su destitución inmediata. Por ningún caso sería él quien se prestara a la superchería de hacer creer a los alumnos semejante especie. ¿Qué impresión agradable quedaba de un simple retozo de muchachos conducidos por un loco fanfarrón y vanidoso? ¿Qué interés siquiera mediano cabía en una pajarotada de quien se las echaba de geólogo a última hora, empeñado en resucitar el pasado de la región litoral, con solo oler un puñadito de tierra húmeda? ¿Qué pretendía pues el sofisticador con su plan de reunir público con sus mismos educandos, quienes no entendían de la cosa ni jota, ni se inclinaban siquiera a escucharle?

Rotundamente el profesor se rebeló contra la orden dada. Concretóse simplemente a sus tareas reglamentarias, sin mencionar siquiera la tal excursión.

En seguida se presentó Cascante en clase y lo increpó duramente:

— ¿Cómo es posible que usted no llene su cometido?

— Yo no tengo nada que hacer con su programa de marras, ni quiero pensar en el provecho sacado de la excursión al Salado.

— Mire lo que dice, amigo mío. Fíjese usted en los resultados que palpamos. Las ciencias y las artes están de plácemes.

— ¡Ta ta! ¿Y como así?

— Pues ahí verá. Mis alumnos han ejecutado actos temerarios en la cúspide de la montaña.

— ¡De la montaña!

— Desde allí han estudiado los fenómenos atmosféricos, han visto a Halley, a Newton, a Deucalión.

— ¡Ellos!

— Se han entusiasmado sobremanera con el ascenso y descenso de las nubes, de las manchas del sol, del curso de los planetas *invisibles*, y algunos conmigo.... y usted han excrutado en el seno de la prehistoria.

— ¿Yo, querido señor?... Pero supongamos.... Ahora pues, ¿quién le ha dicho que ellos se han dado cuenta de nada de lo que usted afirma? ¿Con qué base de ilustración preparatoria cuentan? ¿Cuál de nosotros ha sido capaz de preocuparse de tan arduas cuestiones en la hora y el momento en que cada cual tiraba por su lado?

— Lo dice por lo que le toca. Yo no he perdido el tiempo.

— Se refiere a su paséito por el, cerro en busca de...

— Sí, señor, en busca de la verdad. Y lo he conseguido! El público está enterado....

— Pongo punto en mi boca.... Algún día se sabrá....

— Según eso, ¿usted no quiere ser mi colaborador?

— Debemos sentar una distinción una vez por todas. Yo soy profesor auxiliar y no otra cosa. Estoy obligado a laborar aquí, de acuerdo con el Programa vigente. Y no puedo salirme de mis atribuciones.

— Bien lo sé. De manera que....

— Yo no puedo mentir un ápice en ningún sentido.

Cascanle reprimió una explosión de ira y optó por retirarse, no sin amenazarlo a su contendor.

Este encogióse de hombros. Escogería en todo caso su partido. Tan seguro estaba de su triunfo moral que no paró mientes en las consecuencias. Por otra parte, no le turbaba ello, sabría ponerse en pie.

En medio de todo, no dejó de indignarse de veras. Este hombre funesto llegaba ya a la temeridad con sus desplantes. No sólo se erigía en censor público de los vicios sociales y en iniciador de proyectos inverosímiles, presentando como parapeto la personalidad colectiva de sus educandos. Llegaba a más. Pujos de investigador, historiógrafo y cien atributos, cogidos como de la mano, desfilaban de él.

En el corto tiempo de dos años incompletos movió una verdadera batahola en periódicos y hojas sueltas con publicaciones garrafales, con solución de continuidad.

Desde luego, un tonto cualquiera, un individuo inflado de vanidad no hubiera alcanzado tanto. Pasaba de audaz. Y la audacia suya mezclada con la habilidad, en un medio propicio y con la adopción de innumerables recursos morales o amorales, sin desquiciarse en la ocasión ni en el escenario preparado de antemano con talento, talento calculador, de financista y mercachifle, completaban al pícaro de siete suelas favorecido por la suerte.

*
* * *

Hasta el presente su porvenir estaba asegurado de lo lindo. Los ciento y tantos de internos, otro tanto de seminternos, y cerca de un ciento de externos no representaban como negocio redondo, pelo de cochino.

Y la mejor prueba de ello, el brusco cambio experimentado en la posición de su familia. Vestían sin excepción con aceptable decencia, y contaban con lo necesario hasta para lo superfluo. No era de pensar por eso que sus dineros saliesen en derroche a la calle. Mucho significaba empezar a cubrir necesidades y quebrantos pasados; gran mérito, contando con las facilidades de secadas de reparar algunos cargos de conducta, llamando al seno paterno vástagos distribuidos en varios lugares, a merced de la madre miseria.

Con lo que el buen hombre completaba su obra reparadora de libertino. ¡Sublime ejemplo de varón rarísimo en nuestros tiempos!

Pero aún contando con los medios con que contó ¿en qué estaba el secreto de su resonante éxito? ¿A qué se debía, en suma, la solución rápida de su empresa educacional? Pesó con tiempo el valor de su esfuerzo y la eficacia de su sistema en el servicio de una profesión ingrata, estéril y mal entendida en el mundo? Tal vez se pudiera asegurar que Cascante alcanzó a lo lejos la necesidad de cambiar de rumbo, con beneficio y hasta con lucro fuera de lo ordinario. Se había fijado mucho en la situación aflictiva del profesorado ecuatoriano. No ignoraba que esta legión preterida y hambrienta continuaba agarrada como yedra inútil a la vida. Actuaba en su centro como un trompo que da mil vueltas zaran-deado y lanzado con ímpetu en cualquiera dirección.

En la Sierra y en la Costa, con pequeñas apreciaciones y distinguos, su plano social tenía los mismos contornos. Con igual saña se cebaban en él gobiernos conservadores y liberales. Mejor dicho, los maestros de escuela formaban con los seres inertes, con los ilotas, el pretexto o la muralla de contención de la marcha universal. Mientras los valores morales en sus varias miras buscaban su mejor puesto, provocando con sus reclamaciones y protestas y acuerdos acertados o desacertados,

crisis y sacudidas sociales, los hacedores supremos de las masas, las células generadoras de la Humanidad, permanecían en una laxitud mortal. En el Ecuador los maestros no daban muestras de su existencia. ¿Cómo suponerse nunca el remedio de sus necesidades, de sus aspiraciones preclaras, mediante medidas racionales y honradamente ejercidas? Urgía inventar una estrategia, adoptar un nuevo procedimiento práctico, desarrollándolo con pertinacia y perseverancia únicas, sin inquietarse ni enalabrarse por el qué dirán, ni por los fueros de la conciencia. Ya pasaron los tiempos de oscurantismo y tiranía en las aulas escolares. Entonces, aún en escuelas de fundación particular, imperaban los castigos corporales. Sin ir muy lejos, los preceptores se veían impulsados a ejercer de verdugos e inquisidores.

La moral, la urbanidad en algún tanto conseguidas en épocas de gratísima recordación descubrían también escenas desgarradoras. Se refrenaba un poco el natural díscolo de un niño, pero en cambio se cometían iniquidades en nombre de la disciplina y el orden, comprometiéndose así la seriedad y el buen nombre del educador, a quien, por lo que hacía y podía hacer, se condenaba a galeras perpetuas en el aprecio común. ¿Se estudiaba la psicología infantil? ¿Se inquiría en sus orígenes sus propensiones e instintos?

Nada se hacía en una palabra, y todo porque el personal docente estaba compuesto de elementos fracasados, de mediocres y parasitarios, sin ningún atisbo de fuerza y voluntad en su misión. En la Sierra, bachilleros y hombrillos ignorantes, en la Costa, universitarios pobres, turnándose a medias y a veces mal entre la escuela y sus estudios. ¡El Normalismo! ¡Quí! Los poquísimos profesores normalistas se distinguían por sus sanas intenciones, y los más por su pimpante simulación de acucia profesional.

Probado pues hasta la evidencia el fracaso sufrido

por el maestro de escuela, por su impotencia en ensanchar sus horizontes de vida, mientras no se dignificara su representación funcional, su categoría de empleado y su jerarquía de apóstol, con miramientos especiales y el aumento de sueldo, no faltaba sino romper con lo corriente y moliente, extraer del fondo inextricable de las posibilidades oro de buena ley en utilidades y fama brillante, sin más que ir al igual con el padre y el educando, con lo convencional y lo efímero, con el oropel y el guiñapo, lo decorativo y lo chillante. ¿Se pedía a gritos normas educativas inimitables en asocio con la psicología y el buen sentido práctico en primer término? Ahí estaba el hombre. Sin dejar de ser educador y traficante, aspiró a ser apóstol y hombre público. Con increíble plasticidad sintetizó el proceso de sus actividades: «Pronto, bien y todo».

Saldría con viento en popa en derecho a la celebridad y a una casa bancaria, lo mismo que entregarse a Dios, rindiendo pleitesía al crimen, llámese don Diablo en persona.

Fue lo que meditó el profesor, después del incidente aquel con el Director, sin poder trazarse por lo pronto, un camino, una vez que también él pertenecía al grupo miserando de los maestros, rebelde por naturaleza a componendas asquerosas, como la que impugnaba desde el fondo de su alma.

Oscante, por su parte, no se preocupó más de lo sucedido. Envalentonado con los crecientes aplausos recibidos, no pensó sino en centuplicarse, proyectando, escribiendo, ingeniándose por aparecer de cuerpo entero en el esconario de la gloria. El humillo del aplauso agolpándose ante él no le dió lugar a reflexiones. Su pensamiento gravitaba sobre lo que convenía hacer en lo venidero, cuando se tratara de adversarios o detractores. Salirles al frente por la prensa asiéndose del lábaro nacional.

Desde luego, le dió excelentes resultados apoyarse en el socorrido lema: «PRIMERO LA PATRIA, DESPUES YO». Y tan excelentes que los anotó en las páginas de oro de sus anales.

Hasta la fecha era el Alejandro Magno de la enseñanza, no sólo por haber soñado en una invasión propagandista por el país (proyecto que lo aplazó para unos meses después) sino por querer que se grabara su nombre a la cabeza de «sus internos» en la columna de los, «Héroes Ignotos» de Quito, con lo que el ilustre Pestalozzi se removi6 de estupor en la eternidad.

Ahora, otra atención le reclamaba; la sonada efemérides de Octubre que se acercaba en tren expreso. ¿Qué programa formularía, que se apartase de los demás por su novedad y atractivo envolvente? Había pues que partir por ahí, si se deseaba acrescentar el prestigio del plantel. ¡RINOVARSE O MORIRE!

Cascante, desde el primer momento, se puso en condiciones dichosísimas de cumplir al pie de la letra el postulado danunziano, sin olvidar a Fitché, padre putativo suyo.

Quien se tome el trabajo de recorrer la historia de los grandes generales en momentos de dar comienzo a una acción decisiva de armas, e intente suponer el cúmulo de planes que revuelan en su mente, quedará corto, al suponer los que Cascante acariciaba con amor. ¡Uff! Se llenarían libros.

¡Qué hombre tan fecundo! ¡Qué enjambre de ideas colosales dispuestas en batalla! ¡Cómo las quintaesenciaba y elastizaba cuando era conveniente! ¡Cuántas que a nadie se las ocurrió jamás! ¡Cuántas que amenazaban caer al pelo y dar suficiente material para el comentario y la imitación!

Artes liberales, deporte, esgrima, certámenes sobre cualquier materia, acrobacia y un sinnúmero de diversiones populares y otro sinnúmero de exhibiciones es-

colares, serían las fases del futuro programa, con el que abrumaría las exigencias y el buen gusto del pueblo guayaquileño.

Los apuros de los pobres profesores, con tal motivo, no eran pocos. Se devanaban los sesos enhebrando quimeras y quimeras con los centavitos de su ya cercenado sueldo. Y eso que aquí en la costa se les ha atendido un poquito, y hasta se les ha proporcionado anticipos.

Los profesores sostenidos por el Municipio, sobre todo, al fin de su jornada mensual, casi no contaban sino con el «Debe y el Haber» en números. Así es que por igual marchaban los oscuros legionarios del saber, angustiosos, repitiéndose exclamaciones ominosas, al comparar su suerte con la de la generalidad.

Un simple barrendero, un pobre chizgarabís de betunero, un hortera con sueldo de 100 sucres arrinconaban por ahí su indumentaria de fiesta. Sus realejos no los tocaban, porque servirían a su debido tiempo, pues a diez pasos estaban invitándole el box, una película de cine en el Edéu, el desafío de balón en el estadio Municipal, las carreras de caballos y el infaltable paseíto por calles y plazas llenas de arrequives, cintajos y banderolas de papel recortado.

Los maestros, entre tanto, formaban el grupo silencioso y gratuito, que echaban en balde sus energías a la calle en días de jolgorio y festival patrio. Se concretaban nada más que a sacudir el polvo de la americana desvaída por el tiempo y a dictar su conferencia patria reglamentaria. Hoscos y pesimistas con los advenimientos de gozo y despilfarro inútil, daban por filosofar a su modo sobre la futilidad del patriotismo convertido en algazara y chamuchina farandulera, en la que a los expósitos de la vida, a los inadaptados, a los eternos galeotes del deber, no les tocaba el mínimo lugar. Espectadores minuciosos que, a disponer de tiempo,

en lugares más visibles, como araña de cien ojos y cien artejos, tenderían sus pasos indistintos, no con otro afán que el de la curiosidad del detalle, haciendo una labor excrutativa, aunque dolorosa, en los comienzos y en los fines de una fiesta nacional.

CAPITULO X

LA FIESTA DEL 9 DE OCTUBRE A VUELO DE PAJARO

EL que ha visitado Guayaquil en los días que preceden al 9 de Octubre, tiene mucho que ver. Y no por ser la víspera, disminuye la animación popular que se intensifica día a día con la irrupción de los extraños. Los almacenes y «bares» se llenan de gente, pero ¡con qué alegría en los ojos y música en el corazón, especialmente las mujeres! Por que a ellas van dedicados en las solemnidades los brillantes resoplidos de un canto, un himno y con sus abigarrados grupos se da principio el homenaje a Dios o a los semidioses de un pueblo. Las muchachitas desde los quince reciben saltando la buena nueva de la celebración con vestidos de última data, insuflados ya por la parte aquella por donde se denuncia la pubertad. Llevan melena recordada, medias color carne, un arandelón en el vestidito exiguo terminado en punta que les baja a todo lo largo del cuerpo. El sombrerito se les escapa de la cabeza por lo pequeñino, parecido a casco guerrero; otras llevan un parasol triunfal sobre la cabeza, flexible y redondo, anticipando el señorío de adultez, y con este señorío se abren campo con donaire y soberbia por en medio de una multitud embobada de admiradores.

La mezallada guayaquileña ha triunfado con la indumentaria que no desdice de la moda, puesto que americana bien ceñida y pulcra, pantalón ajustado hasta el pie, corbatita de lazo apenas visible, con visos de cintillo, zapatos de charol, como debe usarlo uno que va de puntillas por la vida, con tacos disformes de caucho, y por añadidura, un grueso bastón de mando, comple-

tan al hombre, con más el sombrero extendido de alas o el canotier alicorto, grueso y abullonado en el tejido.

Guayaquil, a principios de Octubre se viste de la ufanía dorada del verano. Se siente un calorcillo sobrenatural, una suavidad enervadora en las palpitaciones interiores. Y es que el colorido de poesía tropical se opaca dulcemente con el ensueño semicrepuscular del cielo. Grisáceo y bañado de oro, de ese oro perezoso que se recata en las nubes, el horizonte se difumina sin término. Por los lindes lejanos aparece de vez en cuando una bandada de palmípedas. La azulidad perenne del ambiente se colora por los montes, materializándose tal vez el plomo fundido de las aguas, en donde añoran embarcaciones que se distancian y se pierden ensanchando la perspectiva.

Con estas prerrogativas de la Naturaleza se hacen los preparativos. Habrá diversiones para todos. Los ricachones concurrirán a los paseos públicos en automóviles pagados de antemano. Los pobres en camiones y autobuses que recorren la mejor calle de Guayaquil hasta el Estero Salado, a costa de diez centavos, y cuando no, tomarán un tranvía y tan satisfechos.

Unos con razón o sin ella asistirán en espíritu y en verdad a las ceremonias de tal o cual acto cívico, en el que figuran a la cabeza, y el uso de la palabra es esperado con ansiedad. Fueron invitados a otra recepción y optaron por derrochar buen humor fuera del programa oficial. Los otros sí asisten con asiduidad a la mayor parte de los festejos. Se han dividido en diez, en veinte concurrencias. Con un sol canicular, que no se compadece con nadie, divagan de norte a sur, del campo deportivo a los distintos desfiles. En el desfile escolar, compuesto de dos o tres veintenas de escuelas de ambos sexos, forman el cortejo compacto desde la Avenida Olmedo a través de Pedro Carbo, Pichincha y la calle 9 de Octubre hasta la amplísima plaza del

Centenario. Después sudorosos integran en el desfile militar y en el emocionante de los héroes de la casaca roja, cuando el sol de las cuatro de la tarde recalienta los riñones y el rostro.

No pára ahí la bullanguería.

Carreras de bicicletas, maratonismo, natación, regatas en la ría, aviones que salen del campo del «Condor», la Feria de Muestras, inaugurada con mucha pompa por un diario local y cuyo incentivo atrajo, no sólo curiosos sino expositores y expositoras (¡señoritas del bataclán, salud!) españolismo en la plaza de toros, fuegos de bengala en los demás barrios y bailes sin programa por doquiera, son las variantes de la semio-vertura épica que se desarrolla a espaldas de los próceres guayaquileños. Porque al frente ya se congregó el pueblo, y con la devoción conjunta de verdaderos ciudadanos, depositaron su ofrenda tradicional, inmarchita por la significativa prolongación en los anales de la historia.

Fuera de esta característica, variable con el tiempo, subsiste la otra con detalles y naderías imperceptibles, como en cualquier rincón del mundo. Hay que buscarla en la psicología de las clases humildes, en su modo de agenciarse el pan, en el ingenio desplegado hasta en ocultar su miseria, en las costumbres y resabios no desdibujados todavía y que se revelan muy a las claras.

El voceador de periódicos de 12 y 16 páginas que lleva su cartapacio por callejas y encrucijadas, el zarraaplín del barrio, con uno a modo de cofre de hoja de lata y con un medroso farolillo en almoneda nocturna de su quisicosa de «azúcar y canela» pregonada entre coplillas vulgares, el de los confites y caramelos que recorre vecindarios, corrillos placeros a muy corta distancia de otro buscavidas con su cajonete portátil de dulces y pastas. Más allá interesan a clientes y des-

conocidos los del turrón de yema, de la cajita de «chiclets»; ese que ofrece el ramito de flores moradas y se planta en la calle Pichincha, en donde hacen alto los galanes gratuitos de tantas chiquillas bonitas; el hombre de la oratoria al pie de la cucaña cuajada de cucuruchos de dulces, cucaña, cuyo farol movedizo con su numeración alrededor llama a los más remisos e indiferentes; el del kiosco de la esquina que calma la sed con chicha helada, refrescos y aguas gaseosas; el apagador de sed con su armatoste con ruedas y diapasón, la maritornes de la esquina con sus freiduras y amazotados a mano, el vivandero del asnillo con albardas de madera y que en los grandes días cambia el tono de voz y los productos que lleva, y tantos tipos populares que, con el limpiabotas díscolo y el mozo de cordel, tragaldabas y ratero, nos topamos a cada instante, son hijos del ambiente, inconfundibles piezas del organismo social. Es el pueblo, por lo que come, por lo que se viste y espera de los distintos emigrantes que desvirtúan su fisonomía primitiva, corrompiendo su lengua y sus instintos con innovaciones híbridas y estúpidas.

Los universitarios forman un Guayaquil aparte, una minoría selecta que impone sus exotismos, su sentimentalidad, de bracero con las ideas nuevas. Se avistan al porvenir con el estandarte libertario enarcado en el pecho; se adelantan en las iniciales acometidas con sus arrestos y sus prontos decisivos, sirviendo de atalaya a una era que se presiente y quizá que se crea sin sentir. En sus arranques se parecen a los corceles de guerra que se encabritaban y hasta en la muerte o en el fracaso imprimían cierta elegancia. Decididamente son los paladines vigorosísimos de la civilización moderna.

Detrás de ellos hemos visto a los obreros, no a los que meten prisa en los acontecimientos, si no los que han obrado de acuerdo con la disciplina del entendimiento y se amparan en el proceso del futuro.

En el presente los gremios de obreros y trabajadores se preparaban como nunca para celebrar la fiesta octubrina. Ahora ya la cuestión cambiaba con tercio y quinto. Desechados de plano sus reclamos y peticiones, por sobre la decisión ministerial que los justificaba, intentaban reunirse, sin quedar una sola institución en reposo, no con el objeto de testificar su amor cívico, sino más bien su fuerza colectiva. Estaban estimulados por las lecciones del dolor y de las colectividades del mundo, anhelosas de cumplir su misión redentora por sí mismas.

En sus veladas literarias se haría hincapié sobre cuestiones de trascendencia inaplazable. Por el momento acogerían el tema patriótico y lo ataviarían de discursos, diálogos y recitaciones poéticas de gusto frecuente, pero en fin, irían a inclinar la balanza de los hechos en su favor.

Sólo los jóvenes adalides de las ideas redentoras y nuevas conocían su objetivo. En instantes supremos fueron los que alzaron su generala radiante de entusiasmo. Estaban orientados como ellos y exentos de egoísmos añejos y rancios convencionalismos.

En otro tiempo la intervención obrera era nula. A mucho los que pertenecían a la legión roja defensora de la propiedad, salían al desfile, y asunto concluido. Después había que mirarlos de lejos, mientras los privilegiados se refocilaban de diversos modos con la gesta del 9 de Octubre, metiendo hasta los codos en el erario público.

¡ Ah sí ! De tal manera la patria quedaba agradecida a los sobrevivientes de la magna fecha que sus nombres rotundos se enfilaban en las caras planas de lápidas conmemorativas, en los altos y bajos relieves de basamentas gloriosas.

Con síntomas semejantes de inquietud y suspen-

sión de ánimos ante lo ambiguo de la situación, se anunciaba la fecha épica de Octubre.

Cascante, como si tal cosa, reanudó los bríos y trazó con su espada carlovingia una línea en los aires, en señal de distinguirse entre todos con su cacareado programa de festejos.

CAPITULO XI

EXPOSICION CIVICO-PEDAGOGICA DE CLAUDIO CASCANTE

CLAUDIO Cascante en efecto pasó en vela la noche de la víspera.

Si hubiera pasado en su lecho, habría ocurrido lo mismo, pues la diversidad de planes y proyectos no le concedían un instante de reposo. Con una docena de alumnos se puso a colgar cadenas de papel y pingajos, arandelones y fruslerías de vario color en las salas de clase.

Empezó por el frente del edificio. Como daba a la mejor calle de la ciudad, se prestaba lindamente como para presentar al público lo más valioso, significativo y deslumbrante del Internado en su poco tiempo de vida. Trofeos, preseas de honor, como medallas y menciones honoríficas, saldrían a la luz. El gran retrato del fundador adornado de laurel y acanto y con el iris ecuatoriano replegado por sus contornos, se destacaría en la mitad del apeñuscamiento de bambalinas a merced del sacrílego viento octubрино. Y por los alrededores y en la parte superior banderas, pabellones y escudos, desde la enseña de la Cruz Roja hasta el tricolor de la patria de Robespierre en heterodoxa confusión de nacionalidades y credos sociales.

Había que detenerse en el interior del plantel para enterarse de cosas más sorprendentes aún.

La historia emblemática y homeopática del Colegio presentada en cartelones y tirillas de papel llenos de pensamientos, trozos pedagógicos, fragmentos de discursos pronunciados en ocasiones solemnes por Cascante, rasgos notables de filósofos antiguos escritos en carac-

teres gruesos con la mano izquierda por los alumnos ambidextros, infinidad de vistas fotográficas tomadas en cien lugares distintos en escala meritória y con el consabido lema fiteheano, sin el cual una sola hoja del libro de la vida del Colegio no se movía.

Dejando a un lado lo que se refería a su persona, el sublime educador puso sus cuidados en el proscenio. El salón de actos podía contener más de quinientos invitados, que en el decurso del año eran los padres de familia. Se señaló una fecha llamada con razón «noche de los padres del Colegio». Noche memorable por el acopio de aplausos y ofrendas votivas y hasta dinero en efectivo y halagüeñas ofertas dedicadas al Director.

Había que desplegar pues una inventiva nada común en el arreglo monumental del proscenio, tocando de lleno la sensibilidad de las masas y yéndose a fondo en el secreto de cautivarlas hasta el delirio.

En las tres caras laterales del salón alineó por orden de tiempo y de categoría los retratos de los más notables padres de la Pedagogía: **EDAD MEDIA:** Alcuino, Abelardo, Erasmo, Montaigne, Bacon; **EDAD MODERNA:** Comenio, Bossuet, Fenelón, Descartes, Malebranche, Locke, Rousseau, Aimé Martín, Madame de Maintenón, Rollin, San Juan Bautista de la Salle, Diderot, Kant, entre filósofos reformistas, revolucionarios y catequistas; **EDAD COMPRENSIVA:** Pestalozzi, Froebel, el Abate Dupanloup, Spencer, Comte, etc. **CONTEMPORANEOS:** Compayré, Calkins, Aguayo y Olandio Cascante en el Ecuador. **REFORMADORES Y BENEFACTORES:** Horacio Mann, Sarmiento, Vasconcelos y Crispín Rechupete en Guayaquil.

La Historia de la Pedagogía en suma.

¿Quién al ver en lugar preeminente las personalidades humanas que más bien hicieron a la Civilización, que los conquistadores y cabezas de partidos de todos los tiempos, no sentía asomársele una ola de com-

placiente orgullo al corazón, sabiendo que entre ellos figuraba nuestro único pedagogo guayaquileño? ¿Cómo no deshacerse en frases de frenético estímulo, por haberse hecho temprana justicia él mismo, poniendo en olvido los nombres beneméritos de sus compatriotas, que si no laboraron tanto, realizaron una misión laudabilísima entre nosotros? ¿Qué le importaba a la generación actual el rastro señalado por un Tomás Martínez, el Hermano Carlos, José Herboso, Rita Lecumberri y Andrés Matens?

Así lo comprendió él, enterado como estuvo al dedillo de la evolución educativa desde el principio de los tiempos, y no sólo enterado, sino en comunicación directa con sus aspectos y transiciones, con sus períodos prósperos, en punto a escuelas filosóficas, centros ascéticos, métodos y disciplinas. De ahí que desplegó, digamoslo así, con exculpabilidad tesonera el horizonte oculto de tan meritorio apostolado, congregando en ocasión tan solemne a sus representantes eternos y a los que como él estaban en potencia propiamente de eternizarse.

Una vez que llenó el pequeño teatro con retratos, cortinajes y con una indescriptible profusión de bombillas eléctricas, inscripciones y con brazadas de sauce, palmera y otras plantas de tan oficioso papel, les asignó un puesto secundario a los próceres del 9 de Octubre, quizá con el fin de que fuesen vistos más pronto zaguán adentro y a través de las paredes fronterizas de la escalera. Para los héroes del 10 de agosto no hubo siquiera una posición honorífica. Había necesidad de que el escenario se extendiera algunas leguas más y así poder atender a tanto hombre célebre de los nuestros.

Por donde se ve el concepto claro que tenía de la Historia Patria y del destino que les cabía a sus valores más preclaros, por el solo hecho de no pertenecer a la legión sagrada de pedagogos y edificadores del bien,

Y las sorprendivas hazañas de Cascante no pararon ahí. Desde las primeras horas del día 9 hizo distribuir millares de hojas sueltas, invitaciones y carteles de varios tamaños, con los cuales se despertó singularmente la atención. Una montaña de papel impreso que cayó sobre las cabezas de los 120 mil indefensos habitantes con la noticia fresca de que el Colegio de Internos «Crispín Rechupete» iba a celebrar la efemérides patria dentro y fuera de su local y con la asistencia de la flor y nata de Guayaquil, sin exceptuar ni los personajes mudos plasmados en bronce de la Avenida Rocafuerte.

Se izaron desde las seis de la mañana las banderas multicolores en la fachada del edificio. Y como movidos de nuevo por el genio de la guerra, pero de la guerra sin cuartel de algún Ku·Ku·Klan en pequeño, más de cien muchachos, haciendo el uso debido su temperamento en días festivos, sublimizaron el momento inicial. Subían y bajaban, tarareaban y trepaban por doquier, lagrimoteaban con variedad de tonos y semitonos, visajes y berridos que era un contento.

Después, gracias a Dios, la marea descendió. Se había conseguido, agazajando a unos y desterrando a otros, consoladores asomos de disciplina. Y es que se piaba por ella en los momentos subsiguientes, si se intentaba mantener, por todo un día el interés clavado en el movimiento programático del Colegio.

La velada literaria, contenía fuera de la comedia o comedias de cartel, unos ocho discursos, otros tantos diálogos y una serie de cuadros y recitaciones, con el destino de ser aplaudidos a rabiar por los propios muchachos favoritos mezclados de antemano entre la muchedumbre. Y ¡cómo se hizo detener al tiempo con tanta maravilla de aparato, con tanto ruido y reciedumbre de novedades jamás puestas en escena!

Hablaron el Director, los alumnos, desde el pupilo de faldellín, hasta el mozallón peripuestillo, con su

«equipo adecuado», y por último, hasta el portero de la casa.

Es que urgía hablar en tan fausto día. ¿Quién que no tuviese alma de cántaro había de permanecer con los labios cerrados?

Y cuando no se pudo emplear la palabra, se empleó la acción. Las circunstancias lo exigían. Bueno, había que atender y ser atendidos simultáneamente: en lo primero se ocupó el personal directivo con lucimiento inusitado y para lo segundo se distribuyeron en distintos puntos delegados idóneos con sendas alocuciones o por lo menos corporativamente con cuatro o cinco alumnos. De este modo, no hubo resquicio ni coyuntura vacía, por falta de elemento ni de buena voluntad. Cascante, con agilidad nunca vista, enviaba a unos, impulsaba a otros, conminaba a este, reanimaba a aquel, con tal de que en todas partes se oyese su nombre, se admirasen sus virtudes, se loase su obra y se elevase hasta el Empíreo la magna casa que cobijaba la vida de tan integérrimo varón.

Admirados, estupefactos los circunstantes se preguntaban: «¿Cómo se comprende la movilidad, pericia y ligereza de estos alumnos? Estuvieron presentes en el campo deportivo y al mismo tiempo se los ha visto en el campo de Aviación, en la sesión del Concejo Municipal, en el desfile escolar, en la plaza de toros. Ellos fueron los que ganaron en las carreras de resistencia, ellos los que se atrevieron a pasar a nado el Estero Salado, ellos, los sublimes adalides del florete, pusieron en huida a unos cuantos veteranos de la guarnición, los mismos quienes dirigieron telegramas de saludo de las dieciseis provincias restantes, a Gobernaciones, Concejos Municipales, Jefaturas Políticas, Direcciones de Estudios, etc. ¿Qué dón de especialización tan grande posee este hombre, con sólo su falange de muchachos para realizar estupendas manifestaciones en homenaje

a la patria ecuatoriana? En tanto que en los demás planteles no se ha registrado nada. ¡Qué desidia! ¡Qué atraso! ¡Qué hombres! ¡Cuánto dinero arrojado a la calle! ¡Pobre país con tales servidores públicos!

¡Razonamientos bien enderezados por cierto!

En efecto, a eso de las cinco de la tarde se acabó el desfile del Cuerpo contra Incendios. Más que en ninguna parte, la Institución nombrada, por sus insuperables proezas y sacrificios en guarda de la propiedad urbana, constituye la porción más distinguida y dignificada en los grandes días, por las condecoraciones de que es objeto. En ella se reconcentra las miradas de amor de cuantos ciudadanos. De ahí que sea esperado su desfile como un acontecimiento no muy común. Todas las bandas de música del ejército prestigian el acto y nadie más se atreve a integrarla, una vez que ella sola merece ser vista y admirada en lo que tiene y en lo que vale, como institución y como fuerza.

En este día sin embargo, se violó tan laudable norma. Como para recapitular el interés de la muchedumbre en las postrimerías del 9, hasta última hora el Colegio de Internos «Orispín Rechupete» se coló en la roja comitiva, y cuando ésta terminaba de pasar, como por encanto surgieron ellos y requetecautivaron con saña la atención con sus chopos, como armas al hombro, marchando al son del pasodoble que se apagaba dulcemente con el hálito de la hora divina.

Con lo que se tendrá una vaga idea del papel representativo asumido en sus mil fases por el pedagogo del Yo, con su poderosa imaginación, su increíble fuerza volitiva, mental y pulmonar, convirtiéndose en el ídolo del pueblo, cuyas pasiones, gustos, caprichos, tendencias y exigencias satisfizo y colmó.

Al día siguiente los diarios se hicieron lenguas de Cascante. Al igual de la víspera, sus columnas estaban llenas de material de lectura referente casi por entero

a su plantel. Uno de ellos engalanó la portada con una alegoría magistral a diez tintas. Semejaba el templo de Minerva sostenido por fortísimos muchachos.

Se adivinaba la justiciera intención del artista por el parecido de la alegoría y porque en su cuadrado contorno se escalonaban alternadas simétricamente banderas, medallas, escudos, etc. Y en el centro, el educador con los brazos extendidos, con la bandera tricolor en la diestra, en cuyos pliegues estrellados se alcanzaba a leer el infaltable lema: PRIMERO LA PATRIA....» Al pie de la placa se había puesto lo siguiente:

«Los héroes de Guayaquil han sentido un estremecimiento y una congoja en este día: un estremecimiento de gozo, porque tienen ya sus imitadores de corta edad, y una congoja, porque fuera de sus pocos imitadores con lema propio, los demás no se han hecho dignos de la historia, por su falta de amor patrio.» (Pensamiento de Claudio Cascante).

CAPITULO XII

SE DIVISAN LAS IZQUIERDAS EN EL ESCENARIO ENEMIGO

COMO era de suponerse, el golpe estaba dado en plena cerviz. El, que desde tiempos atrás veía el estado de atraso de la educación oficial, con maestros rutinarios, faltos de preparación doctrinaria, sintió una maliciosilla satisfacción al leer y reeler sus propias palabras.

Ya se figuraba cómo quedarían los aludidos. Seguramente optarían por su desertión de la enseñanza o se enfrentarían con los hechos, solidarizándose en forma para la defensa. ¡Verdad que significaba una descalificación formal, sin apartarse lo más mínimo de la verdad ?

Bueno, en cualquier caso, ahí estaría él con pruebas, si es que se llamaran a resentidos. Bien lo presintió desde el principio al estamparlo en el periódico. Pensó en la calidad de la ofensa reveladora de toda la historia de la educación en el Ecuador, adocenada, indocta y torpe. Porque no había otro recurso que efectuar una cauterización en la putridez amoratada del cuerpo enfermo.

La cuestión escabrosa en el fondo, en la realidad no admitía más contempORIZACIONES. Y lo que juzgaron inviolable la prudencia cómplice, o ese compañerismo bienquisto con los errores mutuos, él, la primera vez rasgaba el velo, no con otro pío que el de implantar el ejemplo viviente en cada una de las circunstancias propicias.

Con todo, le asaltaron inquietudes.

Dióse a imaginar que al rededor de su obra se

agolparían envidiosos, egoístas y tontos. Es decir, que en medio de su alegría un turbión de duda pasó, haciéndole cerrar los ojos.

— ¡Vive Dios! — exclamó — ¿qué efecto habrá producido mi programa en algunos? ¡Ah! ¡Cuántos tomarán el rábano por las hojas! Mis conceptos no van directamente contra determinado elemento. En pocas palabras, encierran un libro de crítica sobre la educación ecnuatoriana.

Disciplinó los bigotes con la consabida «vincha» de alambre. Era cuando resolvía en su mento algún problema asperísimo. Y para fijar con exactitud las ideas, se tocaba con insistencia la depresión de la barbilla, y por consiguiente, se acordaba de sus hazañas de varón forjado a la antigua. Tuvo mujeres a granel, lances imprevistos en despoblado, y con el fuego griego de su palabra, obraba milagros y tan ileso como un huso.

— La política es una mujer tornadiza — reflexionó — igual cosa la fama.

Además, que le sobraban medics, estratagemas. Hasta aquí ningún síntoma nefasto se adivinaba en su contra. Sólo que por su temperamento nervioso una que otra vez entreveía algo.

— Pero, ¿cuál es ese algo? — se preguntó repetidas veces.

Y en su interior siguió vibrando el temor, un aviso imperceptible de prevenirse, por si su situación se cambiara en un momento dado. Y con estas preocupaciones crecientes, se dejó caer en su hamaca con el periódico comprometedor en la mano.

A poco se levantó inquieto.

Quería comunicarse con alguien. Los sucesos del día que los desechara de sí por pensar en lo suyo, se amotinaban porfiadamente en su magín. Con irresistible convicción creyó que todos se referían a él, que de un momento a otro le rodearían agresivamente.

Se asomó al patio de recreo y llamó en alta voz. El profesor de turno acudió primero.

— Señor Ampuero — dijo Cascante. — Convoque a sus compañeros inmediatamente... Tengo precisión...

— ¿Ha ocurrido algo?

— Quizá no — respondió amoscado. — Pero hay que preparar proyectos.

Se reunieron los seis profesores con resabios de sorpresa. Los miembros de la familia no se daban cuenta de resolución tan intempestiva.

— Señores — exclamó Cascante — no os cause extrañeza la convocatoria. Después de haber dado remate a nuestro brillante programa, debemos pensar en continuar nuestros proyectos.

Los otros se quedaron perplejos.

— ¡Cómo! Ahora sucede que se nos llama a consulta? Y antes, ¿por qué no ha pensado lo mismo?

— Se habrán convencido ustedes — continuó con énfasis — de la eficacia de mi labor. A mí no me impulsa otra mira que el engrandecimiento y prestigio de mi Colegio. En tal virtud, anhelo que se ensanche más y más mi plan educativo. ¿No les parece?

— ¡.....!

— Por una ley inexorable me ha tocado ponerme a la cabeza del movimiento educacional en Guayaquil, y sin que lo advierta nadie, he logrado hacerme sentir. Si bien es cierto que algunos..., sí algunos....

Se contuvo de soltar la frase. Inmediatamente se dió cuenta de lo que presagiaría con ello.

— ¡Ah no! — dijo después. — Como el plan es vasto, hay necesidad de recurrir al parecer de ustedes.

— De que se trata? — preguntó Ampuero — Yo no conozco ese plan.

— Pero, ¿es posible que no me dé a conocer todavía?

— Tanto como eso, nó.... pero....

— Entonces, ¿cómo no sabe Ud. cuáles son mis ideales?

— La mayor consecución de alumnos.

— ¡Chispas! Hablo de mis ideas, de mi doctrina pedagógica.

— Es otra cosa — asintieron todos.

— Otra cosa, claro. ¿Qué había de proponerme entonces? Reformar la enseñanza en el Ecuador. Lo que sucede es que no faltan....

De nuevo se le entrabó el concepto y tuvo miedo de explicarse.

— ¿Qué le pasa, señor Cascante?, — preguntó otro de los profesores.

— Los he invitado con el objeto de cruzar opiniones. Pero antes de nada, me conviene saber el parecer de ustedes.

— ¿Nuestro parecer?

— ¿Qué tal ha recibido el público nuestra intervención en las fiestas patrias? ¿Qué se dice de mí?

Muchos segundos de silencio.

¿Qué respuesta cabía por lo pronto? Ellos no habían oído nada de cerca. Ni de lejos. No obstante, en el estado de cosas se notaba un escozor. Se adivinaba una pesadez mefítica de miasma. ¿Rumores, decires? No brotaban ostensiblemente, pero quizá estallarían de súbito. Ello no daba lugar para lanzarse a dar el alerta. Convenía guardar reserva, esperar que decidiera el tiempo.

Además, con bastante malicia creyeron mejor hablar después de oír lo suficiente.

— Porque así como se han ido sucediendo las cosas — insinuó — opino que mi actuación sea el tópico del día.

— Es evidente.

— En una palabra, ¿ustedes han sacado algo en

limpio del sentir del público en el momento de la velada? ¿les gustó mucho?

— Creo que sí. Tanto que aplaudían con furor.

Y después?

— Después, no estamos seguros de lo ocurrido. Es imposible a primera vista descifrar una situación.

— Pero los comentarios....

— Los comentarios más elocuentes los da la prensa. Y la prensa en masa le ayuda.

— ¿No habrán caído mal mis declaraciones en el ánimo de los profesores? Porque yo les he mostrado la verdad rotundamente.

— Pudiera acarrear ello un peligro — opinó uno — No se olvide Ud. que ella está, por desgracia, sometida a falsas interpretaciones.

— Dice Ud. bien. Aunque, por otra parte, he tocado en organismo muerto.

— Señor Cascante. Dicen que los muertos resucitan. Si el profesorado modesto no acciona en algún sentido, eu cambio, por ahí algún dirigente....

— Yo no veo al dirigente. Casi la generalidad se mueve en la sombra.

— No lo crea — objetó Ampuero. — Muchos se dan cuenta perfecta de su destino. Falta saber que estén con el proyectil al escape.

Cascante notó otra vez la intención de su interlocutor.

En dos palabras definía su parecer, que más bien se asemejaba a una acusación. Pareció que resumía el sentir de los demás profesionales confinados en el margen de las conveniencias. Esto hizo mucha luz en el fondo de su incertidumbre. Había pues disimulado egoísmo o protesta, sino en el público, dispuesto a sacrificarse hasta ayer en beneficio suyo, pero sí en cuanto descontento o émulo se ocultaba en su misma casa.

— Y ¿de qué teme Ud., si no ha hecho mal a nadie? — asentó Ampuero.

— Que yo tema por ahora, no. Lo que me interesa es pulsar el sentimiento público. La experiencia nos inspira precauciones por si acaso.

— No justifico esas precauciones así no más. Se precautela uno, cuando tiene enemigos, porque los ha buscado.

— Sin buscarlos surgen, señor.

— No siempre. Hay que retroceder a sus orígenes.

Un hombre que así discurría preparaba sin duda su confesión.

Quería defender y defenderse.

Entonces Cascante concretó sus recuerdos rapidísimamente. ¡Ah sí! Ampuero no comulgaba en sus ideas con él. En días pasados éste se opuso a sacar el provecho práctico de la excursión al Salado. No transigía con él, ni se le dió una higa poner en peligro su cargo. ¿Se le declararía enemigo suyo? No le quedaba más recurso que deshacerse de él enseguida. Después reflexionó. Y si estuviera equivocado? De nada valía precipitarse en tal forma, cuando mejor le sentaba a él mantener en equilibrio los temperamentos y tener a su lado amigos y colaboradores.

Después de esto miró bien, el aspecto que tomaba la discusión y se atuvo a dejarla empezada, sin tocar ni el punto principal.

Para esto hábilmente torció el rumbo de la discusión, y como si nada se hubiera tratado de remover, mixtificó sus ideas con estas palabras:

— Amigos, seamos prácticos. Por ahora, no los he llamado para discutir sobre asuntos banales. No faltará tiempo. Yo me creo fuerte y convencido de mi obra. Ahora, quiero tener el gusto de darnos una veladita de cine. En el «Colón» dan por segunda vez **MACISTE EMPERADOR**. La producción está apropiada: el hombre

fuerte, emprendedor, invencible. ¿Verdad que llegaremos algún día a hombrearnos con el héroe de la película?

— A placer, señor Cascante.

— Y por el camino se nos ocurrirán otros planes para el futuro. Por cierto, que cuento con la colaboración general.

Y soltó una carcajada de satisfacción, cual si quisiera rociar con ella a los demás.

Ampuero no hizo más que sonreír a la fuerza.

Cascante volvió a insistir con otra pregunta plasmada con una sonrisita.

— ¿Verdad que estamos en un solo sentir?

— Nuestro sentir no es otro — respondió uno — que el deber cumplido, en lo que nos toca.

— Se supone ya. Lo que yo deseo explicarme abraza mucho más. Pero ya les he dicho, buscaremos oportunidades.

El tal sentir que invocaba Cascante, y que al parecer motivó la perplejidad en los profesores, no era otro que asirse de ellos a cada paso en sus intentonas de celebridad, tenerlos sometidos a partido incondicionalmente y a poca costa, y para colmo de males, influir en sus convicciones, con el mismo poder invasor con que atrajo a su lado docenas de muchachos incautos, entorpeciéndolos en su acción libre, arrebatándoles su personalidad naciente.

Abandonaron pues la sala, sin más cumplidos que aceptar de manos de Cascante un vasito de kola «champagne», bebida espirituosa, para quien la usaba en días de solemnidad y hasta entre sus íntimos con parquedad y con pausas prolongadas. Lo que denota cuan derecho andaba el educador en sus costumbres y en sus gastos extemporáneos.

A poco rato los invitados al cine «Colón» se maravillaron viendo un automóvil de plaza puesto a su

disposición, la primera vez en su asendereada existencia, y gracias a la munificencia de un hombre que se aprestaba a dignificar en forma la condición del maestro de escuela. Pero cayeron de bruces en una nueva sorpresa, al saber que la familia de la casa andaba en ajetreos de marcha. En consecuencia, Cascante fue del parecer que sus profesores iniciaran la delantera a pie enjuto, mientras él atendiera a los suyos, eso sí, por breves instantes, porque también quería seguir a sus profesores a pie.

Desde luego la noche estaba bellísima. Noche de plenilunio, noche idílica, sentimental. ¡Qué bien se combina el escaso resplandor del alumbrado urbano con el calofrío suavísimo de la luna! Se hunde y no se hunde en el horizonte anubarrado y bruno la diosa, frente a cuyas fumosas celosías ¡cuántas veces hemos llorado de amor, y los vencidos de la vida crepitan de pena, de aguzado desencanto, dejando que cante al vacío el corazón desvencijado y solo!

En ciertas noches de verano en la calle Colón se reconcentran camaraderías de amiguitas y amiguitos, y por allí se dan la mano el amor, la muchachería desamparrada y atorrante, en busca de los puestos de venta instalados en esquinas y kioskos y hasta en media calle. Atruenan el vecindario los vendedores de chirimoyas de Puná. Dos, tres grupos de compradores se acercan a los tenaces pregoneros de la sabrosa fruta. Pasó el tiempo del mango, de la naranja de Daule, del mamey rojizo y de tantos bocadillos azás sabrosos y azás empalagosos por su afluencia y variedad en calles y plazas de abastos. Cuando escasean un poco, los hallan a lomo de acémilas dentro de unas angarillas o árgenas de madera. Con que bien, la anona de Puná de todo tamaño, en montoncitos de a medio y de a un real resalta el animado cuadro de costumbres, que tiene su característica, su cariz propio en cada uno de los

barrios céntricos de la urbe. Quizá carece de colorido y viveza esta calle en lo que dice a desfiles, manifestaciones y faranduleras asonadas, pero basta que por ahí se haya condenado a cadena perpetua a muchos enamorados (de la frutita aquella y de la fruta divina de carne) entre un atracón de fruta y un cosquilleo de risa fresca, exhuberante. La luz sonnolente de la luna divinizará el connubio de las almas, mientras por ahí se debate más de la mitad del mundo sin entenderse nunca, presa de quiméricas ambiciones y del dolor anónimo, sobre el cual contadísimos aplican la visual.

Los invitados tomaron un tranvía, más bien que abocarse antes de tiempo al teatro. De intención resolvieron hallarse solos. Cascante los encontraría reunidos en la representación. A bien que no eran sino las siete y media de la noche.

Se embarcaron en la plaza del Centenario y encendieron el palique.

— ¿Qué os parece el hombre? — dijo Bermúdez — Nos quiere tomar el pulso en conjunto.

— A mí, no — sostuvo Ampuero, con ademán convulsivo y violento. — Gestos de él y nada más. Se ha acostumbrado a servirse de sus rodrigones y sus tentáculos. Y tal es el público éste que lo cree y hasta lo admira.

— ¡Asco tengo de este público — asentó Bermúdez, buscando en la mirada de los demás.

— Lo mismo que en otras partes, compañero — dijo Boltrán, moviendo manos y boca con desdén. Está compuesto de ignorantes y majagranzas en su totalidad.

— ¿Quién te lo ha dicho? — repuso Ampuero, masticando un pedazo de «chiclets» y no con otra intención que aguzar con su fingida contradicción en el cotarro. — Buena cuenta les haga con Cascante, su pedagogía y sus desplantes oratorias. Un pueblo que se

aguanta pícaros y simuladores de talento camina derecho al descrédito.

— Mira que nos observan, no sigas — intervino el más diminuto de los profesores auxiliares: un hombreito esmirriado, cacoquimio, calado siempre de negro, aunque nada revelaba más su carácter apocado y débil que sus anteojos color de botella, a media nariz y que conspiraban contra el equilibrio de su estatura misma.

Este buen señor trazaba perfectamente con su conducta una línea divisoria entre el maestro de escuela de modales levantados, ilustrado y con propensiones revolucionarias y el personaje simiesco del silabario, el Oatón y el Padre Astete, cuyo ejemplar prototípico hallamos aún en las barriadas de nuestras poblaciones interandinas: hipocritón, artero, correvodile y delator, silencioso ante autoridades escolares y padres de familia, un si es no es apto en el oficio, cobarde, cuando se le obliga a salir fuera de sus pocos aderezos de ilustración escolar, conservador primitivo, en cuanto a disciplina y métodos, inerte, pobre de voluntad, plegado al disimulo en sus actos y odioso en la adulación y la zalema, cuando no es el redomadísimo estúpido que se anda la ceca y la meca con el obsequiete bajo la sobaquera, con el fin de conseguir perpetuarse en el cargo.

— ¡Qué nos oigan, señor! — irrumpió Ampuero, alzando el tono. — Ud. tiene miedo cervical, cuando alguien expone la verdad.

— Exageras mucho — replicó el interpelado. — ¿No hay otro asunto de que hablar?

— Si no le agrada la conversación, largo de aquí y asunto concluido, — dijo Ramírez — con la salacidad y franqueza muy suyas, cuando se enfrentaba con opiniones contrarias, no por rehuírlas, sino porque le indignaba los dislates y lugares comunes. — El diablo nos trae a Ud., siempre que hablamos racionalmente.

Ud. se vale para eunuco de Cascante y de los que como él, están levantándose muy arriba en el Ecuador.

¡Imbéciles!

— Yo decía por temor....

— ¡Qué temor nos infunde Ud.? Yo les llamo imbéciles también a quienes como nosotros auspician a semejantes pécoras.

— Dices bien — apoyó Ampuero. — Y déjame ampliar tu razonamiento. El tema da para mucho, dígase lo que se diga en contrario. En nuestro país estamos plagados de hombres inútiles, de elementos enfermos: los maestros y los políticos. Los primeros que engendran a los segundos. ¡Qué digo! que hacen a todos. Porque no sólo de políticos y pseudo-políticos se compone la zoocracia ecuatoriana, sino de un sinnúmero de empleomaniacos, repartidos en cien mil categorías: tenientes políticos, jueces civiles, tinterillos, cabecillas de caudillismo lugareño, vagos de levita, zonzos elevados a generales reivindicadores, a conductores de masas, obrerillos semilustrados, con relumbrajos de erudición «bolschevique», y de cuya descalificación se encargan ellos mismos en sus actuaciones desordenadas y semi-bárbaras, matones, raterillos, compinches de la celada y el buscapié criminal y toda esa cáfila de arribistas miserandos en desfile perpetuo por el escenario oficial y el montículo de la celebridad, con sólo comenzar con un salto de audacia y desvergüenza y terminando con la añagaza del patriotismo. A este grupo egregio pertenece nuestro Director. A él lo formaron en la escuela; nada lo debe a nadie. La escuela imprime carácter y fisonomía en los seres humanos, amigo mío. Los hombres muy apenas se modifican en la vida pública. En manos del maestro adquieren relieve, textura, distintivo, el yo que en el consorcio común infundirá el progreso o desquiciamiento de las sociedades. ¡Oreen ustedes que andamos derecho en punto a

educación, con semejante plaga? ¿Se imaginan, por ventura, poco el descrédito conseguido con tanto elemento de perdición, imagen y semejanza de los educadores que nos precedieron? Y con mayor razón, si paramos mientes en la grey contemporánea. No hemos ganado un ápice. Como no se cambia de maestros, no se consigue formar una sola generación de hombres preparados para la vida. Y fíjate en esto, Ramírez. La gran mayoría de individuos ejercen sus actividades en campo vedado. Se mueven invertidamente; no han dado con el secreto de su vocación, no se han especializado en nada. ¿Cuál el motivo? Está a la vista. — Es una ley de herencia — dirás. — Es natural; pero que depende con exactitud de la personalidad o idiosincrasia del educacionista. Entre nosotros los verdaderos maestros se cuentan con los dedos. ¿Quiénes están encargados del porvenir nacional? Apóstoles sin vocación ni doctrina, lamentables fracasos de talentos que giran en órbita extraña o que se han apagado por desidia, decepción o por inadaptación.

Tú, por ejemplo, no eres maestro: te prestaste a servir como tal, por salvar el día. Yo tampoco lo soy. Estaría bien que subido a un carromato predique insulsos evangelios, o desde un automóvil preconice bellaquerías médicas, hecho un herbolario o curalotodo, con un pitón descomun al cuello, luciendo luenga cabellera y baratijas de jíbaros, como arrequives auténticos. Creo que los demás están en igual caso. La necesidad los empujó a invertirse, a simular, a engañar y así procrear las energías vivas del país.

— Siendo así que somos unos mentecatos — interrumpió el de las antiparras — ¿por qué no lo han dicho en público? ¿Por qué no lo sustentan cara a cara?

— ¿A quién?

— Al señor Cascante.

— Y ¿qué se sacaría?

— Convencerlo.

— ¡Bah! Usted cree que en el sujeto hay materia para una discusión? Lo que sucede es muy natural. El pueblo guayaquileño lo apoya, quizá por gentileza suma y por tropicalismo. ¡Claro, él ha medrado en el concepto popular hasta solidificarse.

— ¡Quién sabe! — dijo — Martínez. — A todos les llega su san Martín. No todo es papar moscas y pegar lata a la cola de los perros.

— Aseguro que nó. Mala lengua de ustedes. El señor Cascante es un grande hombre.

Descendieron del tranvía. La función iba a empezar.

Cascante muy quedo tocó en el hombro de uno de ellos e indicó los asientos.

CAPITULO XIII

LA OBRA EDUCACIONAL DE CASCANTE EN TODA SU PLENITUD

FACILMENTE se colegirá el disimulado divisionismo que comenzó a señalarse en el plantel. Cascante, poco a poco fue confirmando sus sospechas. Había fatalmente llegado a presentir que en el profesorado no gozaba de ascendiente ni simpatías. Como su presunción vanidosa no reconocía límites, atribuyó todo a envidia y mala fe. Empero, como siempre se creyó asistido por el acierto en lo más insignificante, no paró mientes en el proceso de su obra. Partía de su yo, de lo que era capaz, de lo que había llevado a cabo en cuatro años, delante de públicos cada vez más frenéticos y entusiastas, y se abandonó en una confianza excesiva de vencer, de sobresalir a cualquier costa, y así fue cómo se transfiguró en el concepto de sí mismo, por esa especie de fanatismo que siente el hombre con ayuda del éxito constante. Se diviniza, por último y cree irradiar de sí efluvios de grandeza inmortal. Y entonces suprime con su imaginación las ideas de tiempo y espacio al servicio de sus proyectos. Ya no piensa que hay que sujetarse siquiera a medias a un plan de lucha ni a los dictados del sentido común.

De ahí que los resquemores de incertidumbre, que le asaltaron al principio, se disipaban, tanto porque los supuestos adversarios no se evidenciaban en forma, cuanto porque a él le faltaba tiempo para fijarse en minuciosidades de casa adentro.

Un psicólogo como él se habría detenido precisamente en tales síntomas de depresión colectiva en la ^{educación} cultura

persona de sus profesores, ajusticiados en cierto modo, hasta por los alumnos con atribuciones omnímodas de ejecutar fechorías y maravillas, como para reventarles el alma, obligándoles a tomar las de Villadiego. Un observador acucioso como él, insistimos, hubiera pesado y sopesado el talento de cada cual y la corriente de su opinión engañosa sobre la que flotaba su crédito profesional, hubiera andado despacio en la consecución del aplauso vacuo y a veces socarrón y sarcástico de las multitudes, deteniéndose en el cómo y el porqué de tantas posibilidades de salir avante, siendo quien era y representaba en verdad.

Pero su penetración no fué hasta allá.

— Señor Cascante, mire lo que hace — le dijeron un día. — Se excede Ud. en exigirle al público. Cuidado termine por aburrirle. La chuzma se convierte, al fin y a la postre, en una fiera, cuando se la azuza con demasía. Con la misma fervidez con que aplaude, alza la camisa al que lo toma entre dientes. No se presente a cada momento en el tablado con los chicos, no los lleve de villorrio en villorrio, sin objeto alguno, dejando a medio empezar las labores. No les inculque la idea de exhibirse, de brillar y abrillantarse con tintes falsos. El maestro se debe a sus aulas y nada más.

Cascante se levantó de su asiento colérico, y mesándose los cabellos gruesos de la frente, respondió:

— ¿Quién le ha dicho a usted que el maestro actual se debe a sus aulas solamente? Ya se acabaron aquellos tiempos de oscurantismo e inercia, cuando el dómine de papalina y antiparras no hacía más que bisbisear un poco de Gramática y Aritmética delante de su mesa raída y desvencijada, con la palmeta en la mano. Hoy en el día la misión educacional va por encima de los prejuicios tontos. El progreso sale de la escuela: el único apostolado que tiene el mundo mo-

derno. Los que como yo acortan las distancias del porvenir, merecen más bien los honores....

— ¡Honores! ¿Todavía desea honores, si hasta la presente su nombre no cabe ya en Guayaquil?

— No tenga cuidado, señor. Yo sé dónde asiento mi huella. No ando sobre las aguas como Jesús. Dispongo de patines — valga la comparación — en el suave recorrido de mi triunfo.

— Y ¿no cree por ventura, en los cambiantes de luna?

— Los mismos eclipses totales vienen precedidos de pronósticos equívocos.

— Pero suceden....

— ¿Y las precauciones?

— Fallan muchas veces.

— Estoy armado hasta los dientes.

El interlocutor hizo un gesto muy significativo. Se le notó el disgusto consiguiente. Aportaba el consejo oportuno y se encontró con que el vanidoso se creía invencible. He ahí el merecido por haberse atrevido a levantar cátedra de moral sin más acá ni más allá.

Y es que presentía las pasiones y vendabales que comenzaban a soplar con fuerza.

Cascante, fiel servidor de su lógica propia, jamás hizo caso de observaciones ajenas que no fueran las que le acomodasen bien. El, que hablaba con calor de su Colegio, de su influencia única en el movimiento educativo nacional, de lo que se pensaba y se comentaba en plazas, corrillos y mentideros en su abono y de los mil y mil artículos suyos firmados colectivamente con el postulado fiteheano, no se desdijo un punto en su conducta posterior.

Más de una vez se le vió derramar lágrimas de alegría sobre los hombros de algún amigo que sentaba a su mesa y salía servido opíparamente.

Se le ocurrió reunir el mayor número de devotos

junto a sí. Recabó sus opiniones y sacó el mayor acervo de su fuerza. Los invitados, con buena intención o sin ella, le atestaban de buenas noticias y porqués de estímulo, y le exasperaban de júbilo hasta la exageración.

Su amor propio con tales reactivos no paró ahí. Solicitó una encuesta en la prensa, con el objeto de acumular opiniones. El silencio de unos pocos periódicos y revistas no le arredró. Le alargaron una sarta de alabanzas, sin pronunciarse, desde luego, en contra de plantel alguno. Cosa que no le agradó tanto al celosísimo educador. Hubiera sido mejor recibir el tributo unánime del cuarto poder y no un parecer poco menos que limitado, con más que se callaban a las otras preguntas con las que pedía la consagración oficial, que era pedir poco. Pero, en fin, le escuchaban con alma y vida concediéndole el primer sitio entre los suyos.

Llegaron a enfervorizarse tanto los ánimos con la fama de Cascante que hubo necesidad de abrir de par en par las puertas de su casa a tanto visitante, curioso y excursionista de países lejanos. Periodistas, agentes de negocios, empresarios, industriales, políticos en gestación, funcionarios y exfuncionarios, con propensiones de volver a la arena, subían y bajaban por esas escaleras. Quien con un libro en preparación, quien con la noticia de un específico por elaborarse, unos con el tema de un discurso a medio bosquejar, otros atascados en el trámite de un pleito; maestros en desgracia ansiando plegarse a su prestigio universal, discípulos descontentos, doctorcitos recién admitidos en la vida profesional y cuyo primer paso andaz era pedirle consejo y apoyo.

A todos atendía y apretaba el pulso.

No faltaron personas que pusieron en duda la potencialidad mental del hombre. Y propusiéronse avisarse con él. Al oírle hablar horas enteras sin conte-

nerse, tocando puntos inaccesibles a un preceptor de niños, estuvieron a punto de asignarle un lugar entre los orates no clasificados aún por la ciencia.

A poco, el mismo reforzó sus argumentos, valiéndose de sus armas de discusión, como el gesto anatómico el retumbo de voz declamatoria, los tosidos frecuentes, el paseo excitado a través del cuarto, los libros a granel abiertos en cualquiera página y que en orden de batalla campal asediaban camas, mesas, consolas y comedores, las referencias a esos libros a troche y moche, con solo leer los títulos de la cubierta, y entonces el contrincante de cualquiera nacionalidad quedaba patitioso y sin sentir se entregaba vencido en sus manos.

El día que contó más de mil alumnos a su cargo, el público, con un instinto desconocido de reacción, se preguntó la causa de semejante popularidad.

Los demás planteles habían quedado desiertos. Ni el mismo Director de Estudios pudo impedir el desbande. No hubo uno que no buscara el Colegio de Internos «Crispín Rechupete», el primero en su género en el Ecuador, según un diario local. Como no habían tantos en el edificio del célebre canónigo Torrejas, urgía buscarse otro local más amplio.

Con las formalidades acostumbradas, se inauguró la escuela anexa, a despecho del buen nombre de los modestos servidores de los niños. ¿Se había dado con el secreto de hallar al educador indiscutible e indiscutido? Y los demás, ¿ignorantes, desidiosos, monederos falsos? ¿Quién gobernaba el país con elementos que no conocían ni el envés de la mano? ¿Qué fatalidad acompañaba al Ecuador al sostener a unos cuántos tales que condenaban a la niñez al abandono más completo?

Más de 150 escuelas primarias de la Provincia del Guayas bebían el saber en la de Oascante, adoptando reglamentos, disposiciones y los mismísimos textillos que

la inconsulta pedagogía alemana mandó a un cuerno. Es decir los que se escaparon de locupletar la suya.

Sin embargo una especie de oposición se hizo sentir de súbito.

Tantos profesores rechazados y repudiados por los alumnos de Cascante, por seguir su plan de autonomía estudiantil, y que cayeron en descrédito, se sumaron al nuevo partido de oposición.

Por otra parte, se iban dando cuenta los del ambiente oficial de la catástrofe. Sin alumnos, sin aceptación, no se resignaron al silencio. Con la desgracia de que sus protestas se esfumaban en el vacío.

Como el grande hombre había cobrado renombre, sin discrepancias extrañas ni distingos, la mayoría no estaba por creer que la enseñanza oficial se desmoronaba con su ingerencia nefasta, debido a la debilidad moral de funcionarios y dirigentes de la política escolar. En la balanza de las apreciaciones definitivas perdían tiempo y papel impreso los reclamantes de las aulas.

Quizá no se hubiera perdido del todo el esfuerzo reaccionario, cuando el rato menos pensado salió a la luz pública en tres diarios a tiempo el memorandum de trabajos y servicios realizados por Cascante en sólo cuatro años incompletos.

Y si hay quien opine que la clase y categoría de trabajos no correspondían a sus atribuciones, culpe más a la falta de hombres y no a la falta del hombre múltiple, imponderable como el radio, en sus conexiones con el presente y futuro de la actividad humana.

«EXCURSIONES: Observaciones científicas sobre vulcanología e iconografía incaica por los alumnos en los cerros y colinas de la cadena occidental.

ORIENTALISMO: Pelotones de ideas y proyectos de colonización con alumnos y alumnas sueltos de la mano de Dios.

FRONTERAS: Alumnos encargados de llevar dicho problema a término resolutivo, sin necesidad de recurrir a Wáshington. Reconocimiento de terrenos baldíos, demarcación de propiedades rústicas en disputa.

BIBLIOGRAFIA: Textos escolares escritos por alumnos autónomos y que abandonaron las aulas antes de tiempo.

LEGISLACION: Contribución escolar a un nuevo Plan de Estudios y a la formación del Presupuesto Escolar.

HISTORIA: Fuentes de información basadas en el criterio de hombres que no leen.

MILICIA: Reformas al Código Militar. Atingencias y reformas fusionistas por el Colegio de Internos «Crispín Rechupete».

ASISTENCIA PUBLICA: Guarniciones permanentes de alumnos afiliados a la Cruz Roja en los lugares más visibles de la población dando de mano a las tareas del día.

MEDICINA: Asistencia gratuita escolar. Turno inequívoco de menores de tres años.

MARINA: Intromisión oportuna en todo buque o nave extranjeros surtos en la ría.

EDUCACION: Campaña directa contra las escuelas y colegios de ambos sexos, no con otro fin, que la unificación paradigmática de sistemas y acomodos pedagógicos incoados en el mejor colegio de Guayaquil ».

Nadie osó chistar un término, después de leer semejante hoja de servicios.

Hasta entonces la admiración a Cascaute no traspasaba las márgenes del Guayas. Después, la marea de aplausos inundó el reducido ambiente nuestro.

Unicamente Ampuero, que se había sostenido allí, burla burlando las iras y resentimientos del Director, y que por la condición de su carácter y la línea de conducta que siguió durante el tiempo de su colaboración

concienzuda y modesta, quedaba de hecho al margen. Vió pasar las cosas con indiferencia al parecer, aunque en el fondo rugía de indignación. ¡ Cuántas veces se lamentó de la suerte de sus compañeros y sin rebozo alguno increpó el manejo indecente del vejete aquel, cuyas antiparras verdes lo delataban como director de conciencia, pronto más bien con sus indisposiciones, a preparar la caída de los suyos !

CAPITULO XIV

SE DESLINDAN PERSONALIDADES Y RESPONSABILIDADES

UNA mañana Cascante decidióse a exigir una explicación de conducta a sus profesores.

En el curso de los seis meses últimos se notaba total discrepancia entre ellos. Dos o tres se distanciaban de él días enteros, sosteniendo misteriosas conferencias a la chita callando.

Ampuero animaba el diálogo y desempeñaba el principal papel en la resistencia colectiva que se oponía a sus decisiones.

Desde luego, cruzó por su mente de que habría de estallar el conflicto de un momento dado. Con todo, no se sintió con valor para afrontarlo. No sé porqué circunstancia rehuía de él, temiendo ser juzgado de cerca. Comenzó a creer que entre Ampuero y él mediaba un abismo. Mientras a los demás les hacía partícipes de sus alegrías, de sus arrebatos frecuentes, con éste se mantenía en absoluta reserva. Juzgaba inconveniente ser expansivo con quien le salía al frente con objeciones hirientes. Se mordía la lengua por no vomitarle de una vez la última palabra de repudio.

No era posible pues seguir adelante con semejante adversario en casa.

—Según me ha participado el señor Aguiñaga, aquí presente, parece que caminamos de espaldas—dijo Cascante, fijando los ojos en Ampuero—Sin ofender la dignidad de nadie, es extraño lo que pasa aquí. Debido a la ingerencia malsana de alguno, los profesores tiran por su lado.

—Desearía que usted concrete sus acusaciones—opi-

nó Bermúdez—Los hechos aparecen muy a las claras, si buenos para ser aplaudidos, y en caso contrario.....

—Deben merecer sanción inmediata—concluyó Ampuero—Si bien es verdad que por lo pronto, alcanzo ya la intención.

—Si usted conoce todo, válgale su penetración—interrumpió Cascante con resolución—A usted es a quien me dirijo de una vez por todas. Usted dificulta el apogeo de mi obra.

—Lo que yo deseaba: oír de sus propios labios. Dice bien, yo estorbo la marcha de sus ideales. Falta ver qué ideales son esos.

—Los conoce el Ecuador entero y poco se me da que los desconozca o desacredite un envidioso.

—¡Envidiarlo! ¡Piache! ¿Dónde cree usted que tengo puestas mis miradas? o ¿cree, por ventura que he venido al mundo engendrado por un farsante?

—Hable más claro, amigo.

—Lo digo por usted que ha tomado por cabeza de turco a un pueblo liberal y consciente.

—Luego, ¿yo estoy engañando?

—Engañando, mintiendo, pervirtiendo el sentimiento nacional. Su empresa desde los cimientos es falsa, anodina y perjudicial.

—Y, con todo, usted y muchos incrédulos y egoístas han salvado el estómago con ella.

—Detrás de ella se ha colocado usted. Por lo que a mí toca, he entendido el deber en todas sus partes.

Bermúdez y los demás se miraron sorprendidos. Adivinaron lo grave de la situación y optaron por levantarse.

Cascante fingió suavizarse con una sonrisa conciliatoria.

—No vale la pena enfrascarse en odiosos pormenores—dijo.—Lo que ha pasado a la posteridad y lo

que tengo entre manos son fruto mío, nadie me ha sugerido nada.

— Así es la verdad — concluyeron los otros, arbitrándose a salir inmediatamente.

Cascante quiso torcer el rumbo de la controversia. En lugar de resolverse a salir del todo de su gratuito émulo, se detuvo un instante en las consecuencias que se derivarían con su separación. ¿No sería mejor reducirlo por las buenas? Se amparó en su atemperada ecuanimidad no carcomida por rencores justificados ni amargas dolencias de espíritu.

Ampuero, al contrario, sintió bullírsele la sangre. Contenido largo tiempo en el disimulo, aprovechó la ocasión para explicarse y así definir su conducta. El desenlace determinaría incalculables perspectivas en la casa de Cascante.

— Amigos, no hay aún motivo justificado de exaltarse — repuso —. Ciertamente que convenía trazar responsabilidades; pero veo que, antes de esclarecer el proceder de cada uno, se quiere enturbiar la corriente.

Al ver el sesgo que tomaba la discusión, los profesores tomaron de nuevo asiento, cambiándose una una mirada de complacencia.

— En primer lugar manifestaré que no tengo interés alguno en continuar en el plantel — dijo Ampuero —. Por ningún caso. Se me ha engañado vilmente.

— Calma y tranquilidad, señor Ampuero. — interrumpió Cascante, frotándose la depresión de la barbilla. — Mi actitud es conciliadora.

— Yo vine llamado a formar parte de la empresa, no solo con el carácter de profesor. . . .

— Aceptado. No continuaré así. Allanaremos obstáculos y le colocaremos en su puesto.

— Obstáculos que no podemos destruir jamás ni con la elocuencia del silencio ni con la tolerancia. Mire usted. Ninguno de nosotros percibe su sueldo completo. Se nos

da en pulgaradas y a regañadientes. Costumbre adoptada en las escuelitas particulares de mísera catadura como ésta, apesar de su rimbombante nombradía. Por aquí voy a continuar anotando las demás razones que me asisten para condenar de plano su obra. Paciencia y atención. Y que esto sirva de preventiva en lo venidero. Por que no debe quedar en alto la farsa disfrazada de abnegación en un pueblo civilizado.

«Durante muchos años la sociedad ecuatoriana está cuarteada y removida. En varios órdenes de la vida la disolución moral y el trastorno se han hecho sentir en forma. Parece que las dos generaciones últimas se han dado cita para desacreditarse y eliminarse mutuamente. La juventud ya no luce sus fueros en las luchas desinteresadas del saber, a conciencia de lo que es capaz. Hay una indigestión espantosa de conocimientos adquiridos a medias o por mera noticia: un enfrascamiento de cosas sin orden ni método, con lo que se intenta revolver la marcha de las ideas. Confusión, desorden, empacho de superficialidades, charlatanería, simulación, pompa hueca en cuanto se dice, se escribe y se piensa. Y con ello se ha imaginado recomponer política, enseñanza, progreso material en el Ecuador. ¿Cree usted razonable aceptar la impericia, el tanteo, la presunción tonta, como factores de actividad y propulsión? ¿Sabe usted lo que significa formar legiones de hombres inútiles, con aparentes arrestos de competencia y genialidad, llenos de vocablos retumbantes, imitadores de vicios y resabios ajenos y nada más? Se ha concedido carta de naturaleza a la indisciplina en sus infinitas manifestaciones. Los impulsores del progreso no aparecen, y sin embargo contamos con especialistas y técnicos por millares. Se carece de estímulo para toda obra digna de mérito y por ahí se disciernen medallas y condecoraciones, como en un juego a la gallina ciega.

«Se ha concedido valor único a lo mediocre, malo y de suplantación. De aterrarse lo que se gasta en autobombo y gragejos honoríficos en la persona de tanto imbécil de marca, con tal de tener muy a la mano la oportunidad en una velada, en un concejo de títeres o astracanes. La soberbia, el absurdo, la aparcería ignominiosa se han cruzado servicios y distinciones.

«Consecuentes con este consorcio especialísimo, se han resuelto ya a las mil maravillas cuestiones obreras, problemas financieros, luchas eleccionarias, conflictos sociales, cuyo endiablado idealismo ha sido inspiración exclusiva de pícaros, arribistas e ignorantes; conflictos internacionales, situaciones tremendas, con solo arbitrase maniobras incompatibles, recursos defectuosos, y bajo un plan abusivo, estúpido y criminal.

«Y este cúmulo de males y miserias han caído sobre nosotros saliendo de la escuela. Los malos maestros son los causantes de la degradación social, señor Cascante. Educación superficial y defectuosa. Lueptitud, apatía, pereza. Remedo de ilustración, simulacro de exhibición doctrinaria. Acaparamiento de libros, de procedimientos y métodos inadecuados, y artificiosidad, pura artificiosidad. He aquí los materiales con que se ha construido el basamento del saber. Así se ha venido laborando años y años. Y entonces aparece usted con mayores ímpetus, mayor inventiva, mayor desplante, sobre todo. Lo poco que merecía respeto, el profesor, dentro de sus atribuciones y capacidades, usted lo ha destruido. La obediencia y sumisión escolar recomendada por las pedagogías habidas y por haber, usted lo ha convertido en arma de rebeldía y malacrianza; la modestia profesional en actos públicos y en la presentación del trabajo, por usted se ha trocado en mera faramallaría, y el esfuerzo combinado de profesores y alumnos no se recobrará ya. Lo que se desprende,

después de tanto ruido, un atentado contra la autonomía moral de toda una época ».

— Me confunde usted con sus acusaciones injustas. La verdad que se conspira contra mí. Ya me lo habían dicho repetidas veces. Ignoro, los motivos.

— La opinión sincera de un ciudadano, a quien le inspira lástima, tirría a veces tratar de tantas miserias. Querría disponer de fuerzas suficientes....

— Qué se propone usted conmigo ?

— Con el hombre nada, no tendría gracia apagarlo. Con sus malhadados principios.

Los profesores que, momentos antes, se sintieron aliviados un poco con el cariz que tomaban las cosas, entraron en calofríos de espíritu. Cascante, perplejo, yerto, no atinaba qué decir. La mirada centellante de su contrario empañaba la suya. Sintióse por un momento en el vacío. Con vertiginosa reacción se levantaron del pasado informes recuerdos. El pasado se le descubrió cubierto de sombras, de sombras orladas de sangre. Pero el presente ¡bah! Su fama, sus proyectos, los servicios realizados en compañía de sus alumnos en distintos sentidos, las impresiones recibidas paso a paso en viajes y excursiones; las prolongaciones de su labor por la República, su intensa campaña educativa con caracterizaciones diversas y nuevas, su incansable actividad en facilitar atractivo, entretenimiento, higiene a algunos centenares de niños, sin desdecir un ápice los dictados modernos de la Pedagogía; ¿iban a quedar derribados en un abrir y cerrar de ojos? Qué clase de temeridad era esta? Mientras un pueblo entero le alzaba en hombros, por obra del diablo o de algún enemigo oculto, se asomaba un don Nadie a cruzarse en su camino?

Le sobrevino ira, ira salvaje, ira de soldado vencido y por lo mismo, que se quedaba dentro royéndole las entrañas. Apretaba los puños húmedos, esforzán-

dose por levantarlos, y sin darse cuenta, le temblaban las quijadas. Después empezó a dar diente con diente y a temer.....

— Yo no fui malo nunca—exclamó con voz acoquinada y hueca—Oreía centuplicar el éxito, sirviéndome de todos.

— Señor Cascante—replicó Bermúdez, acercándose un poco—lo propio decimos nosotros. Usted ha defraudado nuestras modestas ambiciones. Ni siquiera ha cubierto nuestros haberes con puntualidad. Sus alumnos no le dan un resquicio de tiempo. Ud, los mima, los insolenta, les ha permitido barbaridades. Entanto que nosotros.....

— Traté de modernizar la enseñanza. Tengo conciencia de ello.

— Pasando por atribuciones y derechos inconvencionales.

— Lo mismo ha ocurrido y ocurre en todas partes.

— Y no se quejan los maestros.

— Por lo visto, no son factores de lucha.

— Nadie los ha comprendido ni aprovechado.

— Cansado se llevan en agitarse en vano.

— Claro. Y sobre este mal usted, aumentó muchos más. ¡ Hombre funesto! —añadió Ampuero — poniéndose de pie.

— Me he callado su manifiesta labor oposicionista.

— Tenemos tiempo de tocar otros puntos, señor Cascante, si no aquí, en el escenario de la historia.

— Tienen algo que ver sus opiniones con el fallo del público?

— Hasta la presente nadie se ha dado cuenta de mi existencia, pero llegaré a hacerme escuchar.

El interpelado intentó componérselas valiéndose de súplicas.

Ampuero se irguió resueltamente.

Los circunstantes imitaron a Cascante y lo detu-

vieron. No estaban conformes, por lo pronto, con determinación tan rápida.

¿Hubiera sido mejor, esperar, convencer al Director con otra clase de miramientos?....

—Aquí hay falta de comprensión, hay precipitación en el razonamiento—arguyó Aguiñaga.

—Tienes valor de sostener supercherías?—replicó Ampuero.

—Anhelo, y conmigo los demás, abrírnos paso hacia la cordialidad mutua. Hay que convenir con las variantes y los contrastes.

—Los abyectos y cobardes aceptan el término medio de la situación. Ustedes no pasarán de lo que son: maestros de escuela, es decir hombres de las circunstancias, defensores de saltimbanquis.

—Debe fijarse en lo que hace—dijo Cascante—Nadie lo hostiliza. Yo no le niego mis brazos. ¡Cálmese un poco!

Y se le acercó ferviente, desmayados los brazos.

Ampuero, con una violenta sacudida, dió dos pasos atrás.

—Le miraré siempre de frente, porque yo soy revolucionario y usted, aspa de molino sin uso.

Cascante lo vió salir con la misma violencia de un torbelino de polvo.

Hablaban afuera.

Suplicó que lo esperaran en la sala....

Y fue a caer de bruces en su mecedora, oprimiendo los párpados con angustia.

CAPITULO XV

CORTO PERIODO DE PRUEBA DEL FUNDADOR. EL VIENTRE DE UNA REVOLUCION

VARIOS meses habían transcurrido de zozobras y desasosiegos. Era Domingo. Cascante arrimado a su almohadón de seda, miraba con dulzura. Ráfagas de aire matinal le besaban el rostro, junto con las caricias mareantes de su esposa y de su hijita camarera. De rato en rato se oía el saludo familiar de uno que otro muchacho desde la puerta del dormitorio. Según costumbre, se aprovisionaban de cuadernos y plumas, a raíz del saludo.

Con la enfermedad del Director se interrumpió la vida escolar, por lo menos en lo que respecta al descocado bullicio de siempre. Se paralizaron excursiones y paseos. Los alumnos por la fuerza o la razón se inclinaron al trabajo. Dedicóse el tiempo a recorrer de pasada algunas materias por el lado teórico. En la práctica se ejercían absurdas exigencias, tratando de abogar la acción espontánea de la Naturaleza.

La moda consistía en llenar cuadernos enteros con renglones escritos con la izquierda. Y como tangible muestra de tráfago mental, los alumnos más grandes se sujetaban a resolver problemas aritméticos por cientos, sin la explicación preliminar respectiva. Tiempos que se acabó la paciencia de desmenuzar el asunto de clase.

Cascante asentó sin escrúpulos, que la comprensión del niño se abría como los pétalos de una flor, con sólo esperar la influencia del clima y la bondad de las sustancias nutritivas. Según él, en el período de fecundación no le correspondía ningún papel a la inteligencia, predispuesta sin el cultivo.

Por lo demás, los alumnos se apertrecharon tanto de saber que se dispusieron a plantearles batalla cuerpo a cuerpo a los de cualquier establecimiento de la localidad. Los desafiados, por incapacidad o impotencia, devolvieron el reto con el silencio.

Concurrieron al Congreso infantil que se llevó a cabo en Quito con fines altamente privativos. Coincidió ello con los movimientos análogos de estudiantes de Segunda Enseñanza y universitarios en pugna con los viejos reglamentos y los antiguos profesores. No estaban lejanos los días en que turbas de jóvenes educandos romperían cerrojos y candados y bajo pretexto de no sé que efemérides revolucionaria, sacarían a los niños de sus clases, a despecho de la protesta unánime de los maestros.

Le tocó pues al Colegio de Internos «Crispín Rechupete», colaborar a la pedrea espantosa que se armó en la calle Clemente Ballén contra unos pobres vivanderos de borrico. Idénticas maniobras realizaron en la Avenida Rocafuerte. Los empolvados arbolillos dieron asilo a unos cuantos. Hasta que la Policía, puesta sobre aviso de lo que ocurría, cayó sin sentir y se llevó a los más recalcitrantes a paso de polca. Días después sucedió algo extraño. Dos alumnos implacables consigo mismos, se dieron un encontronazo por ahí, con tan mala suerte que uno de ellos salió con el brazo hecho añicos. La prensa local tuvo el cuidado de anotar el hecho con pelos y señales., no sin añadir el comentario y la preventiva consiguiente, en vista del manifiesto desbarajuste que se notaba en ciertos planteles. (*).

(*) NIÑOS JOVIALES DEL C. DE I. C. R.

«Este colegio ha llegado al grado máximo en cuanto a exquisito espíritu jovial. Hace una semana uno de los profesores entró en el salón muy apresurado para dar su clase. Actitud muy respe-

Parece mentira que el incidente aquel con Ampuero le hiciera sufrir tanto. Más de seis meses duró la enfermedad, cuyas consecuencias afectaron de lleno la marcha de sus trabajos. Cerráronse por completo las válvulas de la actividad estudiantil. Nadie hablaba de planes, ni implantaba reformas. Uno que otro profesor se movía de vez en cuando en medio de un quietismo conventual, libre de cortapisas y zirigañerías. No se oía el menor ruido ni el menor reproche, entregado como estaba el régimen de la casa a su propio destino, sin mas dirección que la de cada cual. Hay que penetrarse del espíritu de regularidad expon-tánea que reina en ciertas colectividades, después de largos períodos de opresión o incoherencia gubernativa. De suyo se encauzan, de por sí se coordinan sus fuerzas y caminan durante algún tiempo como el carrito de mano sobre los rieles, con solo imprimirle la pechugadita de estilo.

Un hombre solo tenía estragada la atmósfera con tantas idas y venidas, tantas vueltas y revueltas, a

tuosa de los alumnos. De repente nota el profesor que no tiene silla en qué sentarse. Luego nota también que le falta el pupitre. Risa general de los estudiantes.

Ilace poco, han vuelto a repetir la broma los joviales niños. Por cierto, no es la única muestra. Según nos seguros, hay una serie completa de agudezas, con las que se pasan ahí divertidos.

Un ideal perfectamente pedagógico, profundamente humano y ampliamente revolucionario, se ha cumplido. Los profesores no asisten sino escasos minutos o no asisten durante varios días, a fin no importunar excesivamente con sus importantes lecciones a los discípulos, no se respeta a los superiores, y la austeridad del estudio ha sido sustituido por la jovialidad del chiste y de la broma pienes de sal y de ingenio.....

¡Oh, las novedades revolucionarias, la obra de la juventud! La vida tiende a hacerse lo más ingrátida, lo más libre. De esto es una afirmación rotunda lo que se hace en este Colegio en cuyos dominios, de perfecta indisciplina, a la par que de exquisita jovialidad, no se pone el sol...."

(Documento de la época).

imitación de la ardilla de Iriarte. Hasta se hubiera podido asegurar que, con la mediana noción del trabajo, con un regulado sistema de acción, se hubiera realizado inusitado cambio en todo.

En vez de los discursivos dislates del Director, siempre que se entendía con alumnos y profesores, estos llamaron al orden sin miramientos ni contemporizaciones a no pocos elementos de discordia.

Por algún tiempo se dejó en paz a la prensa. Las publicaciones interesadas de Cascante quedaron en suspenso. Lo cual era motivo para que los demás planteles rompieran el silencio y acudiesen también a las columnas del periódico. Sí, a ellos les tocaba figurar alguna vez con rasgos y distintivos llamativos, antes y después de las veladas, en donde les tocaba su parte a los maestros humillados por Cascante. Al fin, habían de recibir los apropiados epítetos gloriosos. Ya no era él solo el eximio, el competente, el connotado; de por ahí surgían los preteridos de la víspera.... De rigor pues que sentaran plaza de educadores convencidos, reforzando méritos con tipos de imprenta y algunos centímetros de papel en una gaceta.

Empero, Guayaquil acabó de darse cuenta de que hacía falta algo en el fervor diario de la publicidad. Los mismos asesinatos, los mismos suicidios y novedades... se alternaban sin interrupción, solo con distintos nombres y fechas. Banquetes ofrecidos en la Capital con el debido derroche de dinero del pueblo; viajes del señor Tal, del caballero Cual; en representación diplomática, sin sospechar que la distancia y el trepidar del tiempo desviarían las iniciativas; descarrilamiento ferroviarios y la grita general en demanda de reparaciones, de nuevos contratos; un matrimonio del gran mundo realizado con precisión tal en la balanza irónica del destino, que en el mismo día se señalaban tres o cuatro desgracias urbanas, como la caída de jornaleros

de edificios en construcción, el incendio de la madrugada y el infanticidio de la antevíspera.

En ocasiones se registraba en el desfile de noticias insignificantes la aparición de un libro, de una revista y cuyo comentario lo hacía a las mil maravillas el menos llamado o el más audaz. Y eso cuando el servicio de la crítica literaria despabilaba el adormecimiento de los pocos hombres de letras y se lanzaba el recuerdo al pasado, cuando se pensó, se escribió y se criticó mejor. Sobre todo cuando se podía y se contaba con el suficiente valor de criticar de veras.

Quien se sintiera complicado en faltas de buen sentido o en mayores crímenes literarios en esos buenos tiempos no tenía más que enseñar las carnes vivas o aceptar el destierro de la República de Platón. ¿Quién se hubiera atrevido a prestar hospedaje a tanto cronista o reportero semibárbaro, con su monserga de palabrotas y dicharachos a la inglesa en sus reseñas o comentarios de deporte y de « box »? ¿Entonces era de ver! Hoy día un trabalenguas cualquiera se sienta en el banquete de los dioses. Nos hemos excedido en la digresión, porque vino al pelo lo del noticierismo guayaquileño, sujeto a la monotonía durante la larga etapa de silencio de Cascaño. ¿Qué se hizo el educacionista? ¿Por qué no se mueve, ni habla como antes? ¿Funciona aún su plantel? ¿Marcha la civilización por esas sacrosantas aulas? ¿Voló en alas de la fama a encontrarse con las estrellas fijas de la Pedagogía? Rumor insistente que se propalaba poquito a poco y que en el corazón de las mayorías producía comezones de curiosidad.

En el replegamiento de enemigos y de afectos primaba el prejuicio, la conjetura, la sospecha abultada y revoloteante alrededor de varias causas y circunstancias.

— El hombre está muerto, no hay duda—decían
—Ampuero no ha errado el golpe.

— ¿Dónde se sabe que prepara desde su santuario sorpresas mayúsculas? — repetían otros. Es desconcertante lo que pasa. No se puede creer en su derrota, teniendo como tiene la vanguardia de su ejército. Cuenta con más de mil hombres combatientes.

— Es posible?

— No sería raro que después de tanto ruido sobrevenga el descenso.

— ¡Quién sabe! Cascante tiene puntos de contacto con Escipión, César, Tamerlán y Tartarín de Tarascón.

No andaban errados los que creían en el pronto regreso a la palestra del discípulo de Fitch. Postrado había permanecido cerca de medio año, más no así sus facultades inventivas, intuitivas y desiderativas. Durante el violento período de fiebre no se contuvo un momento de hablar y perorar a solas, contrariando el régimen del médico y los deseos de la familia. Como su imaginación era teatro de acontecimientos y escenas inauditas tramadas hábilmente, sin el menor esfuerzo, el pobre cuerpo se desmejoraba con el continuo moverse y removerse en el lecho. Por los golpetazos que daba en el colchón se colegía el estrépito de ideas que bailaban en su cabeza. ¡Qué cúmulo de material disponible en su intento de socavar los cimientos del futuro!

Fuera de lo que hizo, sin sentir cansancio ni hastío, ni incurrir en repeticiones cargantes, ¡cuántos proyectos de proyectos en gestación, miles de medios de sorpresa dispuestos en batalla! Se iría a fondo, sin vacilaciones ni circunloquios. Descubriría en cualquier sitio al enemigo, y no aguardaría se le adelantase en la acometida.

¡Ampuero! ¡Quién era Ampuero? Uno de tantos. Se le fue contra él, amenazando seguirle en retirada. Habría que ver. Su flanco de seguridad, el de muchos

inhábiles, pesimistas, infecundos. Que se hunde el país, debido a los maestros. Que hay que cebarse en los que están a flote. Que las desgracias sociales tienen su principio en los bancos de la escuela. Que hay pobreza, desacierto, insanía de grandes y pequeños por él y por el padre que le engendró. Natural que se rebelara en semejante forma; su condición innata no daba para más. Trasuunto vivo de la vida desmanada y estéril de tanto preceptor inactivo, que nunca sale del medio por sí solo. Y ni aún así. Porque en el escalonamiento de valores no se divisó a uno solo. Y no porque fuera una injusticia pagarlos mal y mirarlos con el rabillo del ojo, cuando mas activos se muestran o simulan esfuerzo acumulativo, sino por su modo de ser. Se asilan de los que ostentan un título más honorífico, no se mueven en la política, medio eficazísimo en cualquier país del planeta con que asegurarse el pedestal o el sepulcro al pie del pedestal. ¿Se podría poner delante de un terrateniente torpe, de un ganapierde cualquiera, erigido en senador o diputado, alzado a mandante en un reducto de aldea, de un vago consuetudinario, primer votante y alborotado en épocas eleccionarias, a un pobre maestro de niños? Y al no poder codearse con tontos ni pícaros, se apelmaza y se subyuga sobre el burro de Sancho, en la sierra gastándose sus dinerillos en comilonas con cuentandantes y comisionados escolares y en la costa preparando maniobras de palanqueo a viva voz y urdiendo inquinas y decires contra los compañeros.

El, Cascante, tuvo el cuidado de observar el escenario y de prepararse sin mentores ni auspicios ajenos. Miró de cerca las insalvables dificultades en que caían los que se dedicaron a formar a la Humanidad, y puso en juego los medios seguros de abrirse lugar. Ya estaba sobre sitio seguro, ya tenía sobre sí las miradas de las multitudes; no le restaba sino mantenerse firme allí.

Lo desafiarian, lo acosarian, le armarian batahola y media. No importaba. Se contentarian con roer el monolito de su gloria.

— Me siento fuerte como nunca — dijo a uno de los más asiduos — Con mis puños hendiria la corteza de la cordillera andina.

— ¡Bravo con el enfermo! Ha recobrado mejores bríos en su roce con el suelo, como Antheo, — repuso el otro encantado con la hipérbole.

— ¡Sí señor Aguiñaga! Ud. merece los honores de mi amistad. Se ha conservado junto a mí en el fragor del peligro; presenciara los albores de una nueva aurora.

— ¡Piensa Ud. seguir con la propaganda de su Colegio?

— Más que con la propaganda, con la implantación de mis doctrinas en el Ecuador. Los otros no tuvieron penetración, ni supieron vivir....

— ¡.....!

— Siguieron el ejemplo de Ampuero y ahí los ve.

El viejo, como empedernido socarrón, sesgueaba maliciosamente la mirada irónica, sin posarla en los lentes. Bastaba con enviarla hasta la barbilla del Director.

— ¡Manos a la obra! exclamó el convalesciente. — De hoy a mañana estoy sobre las armas. Si los elementos se muestran indiferentes conmigo, los disuadiré a puñetazo limpio.

Y acompañó la palabra a la acción.

Aguiñaga movió la cabeza sorprendido con esta involuntaria alusión semiperifrástica del pedagogo a cierto reto del Libertador al porvenir. ¡Caracoles! No había necesidad de tanto. ¡Cómo se cambiaban los temperamentos después de los períodos agudos de crisis! En fin, se equilibraría poco a poco.

— ! Las tres y media! A las cuatro en punto vienen a mí por datos — dijo luego, sacando un reloj pulsera de debajo del almohadón.

— ¡ Datos de salud ?

— De salud, y además con el objeto de preparar el escenario para la «filmación» de una película. Todo el Colegio aparecerá en la pantalla con sus mil y mil fases de vida, desde su fundación. Historia recreativa, infinitesimal. Proyección cinematográfica, enciclopédica y radiopédica en cien episodios. ¿ Qué le parece ?

El viejo abrió una cuarta de boca de admiración.

De súbito se despejaron los ojos del Director entreviendo no sé qué asomos de dicha y, extendiendo los brazos al otro, lo apretó dulcemente.

— No crea Ud. que he perdido la inspiración. Mire.

Y revolviendo rápidamente varios papeles del velador, desprendió tres hojas del cuadernito de apuntes, inseparable compañero en sus investigaciones:

— Diez proverbios míos que intercalaré en mi obra fundamental de Pedagogía. Péguelos en la pared de la sala. Hay que sacar varias copias... No, mejor será... ¡ Barbita ! ¡ Barbita !, ven, coloca en lugar visible esto. Comenio, Torres Quintero, Polichinela y Oacatúa hablan por mi boca.

Barbarita, su ayuda de cámara, acudió en seguida.

Cascante gustaba gastarse apócopos tremendos, vinieran o no vinieran al caso. También se divertía con la inversión de letras y sílabas, según su leal acomodo de gran hablista a la gineta. Así, por ejemplo, en vez de llamar por su nombre a su hija, le decía Barbita, enfocando el recuerdo en la rebeldía a la navaja de su barba; de su propio apellido suprimía al hablar la única s, y de su socorrido vocablo PEDAGOGIA, prefería la o a la primera a: modulación fonética que le producía un sabor sin igual. Tal como les pasa a los que las entienden «en eso del hablar pulido», como dijo uno.

Los proverbios decían exactamente así:

1. «LOS MAESTROS QUE SE PALPAN EL ESTOMAGO, ANTES DE PENSAR EN SU MISIÓN, MERECEN ATRIBUTOS DIVINOS.

2. LA OBLEBRIDAD NO SE INTERRUMPE FACILMENTE, MIENTRAS SE CUENTA CON EL CRITERIO DE LAS PERSONAS A QUIENES ADULAMOS. EL PERIÓDICO, NUESTRO FIEL SERVIDOR, NO DEBE COBRAR NUNCA POR NUESTROS TRIUNFOS BARATOS.

3. ENSEÑAR ES FÁCIL, PERO EQUIVALE A UN GRAN DISPARATE PARTIR DE UN PLAN SEGURO. LOS GRANDES PEDAGOGOS TRIUNFARON SIEMPRE ENCOGIÉNDOSE DE HOMBROS ANTE LOS LIBROS.

4. EL CONOCIMIENTO ES UN ESTORBO, UNA REMORA EN EL AJETREO DE LA ENSEÑANZA. BASTA SOPLAR EN EL LADO OCCIPITAL DEL EDUCANDO Y SALTARÁN CHISPAS. ¡POBRES DE AQUELLOS QUE SE FIAN DE LOS QUE SABEN! PERDERÁN LA MENESTRA Y EL RESUELLO, CUANDO MENOS LO PIENSEN.

5. EL VAGO TIENE MAYORES VISOS DE VIDA PRÁCTICA. COME PRONTO, GRATIS, SE QUEJA CON JUSTICIA Y EN SEGUIDA LO ATIENDEN. YO PELE LA PAVA DESDE LA ESCUELA, POR CUYA RAZÓN ME ADMIRAN Y SE TIENDEN DE BRUOS CUANDO YO PASO.

6. EL MEDIO MÁS SEGURO E INEQUIVOCO DE FORMAR CIUDADANOS LO SABE POR MÍ EL PAÍS, SUPRIMIENDO A LOS VIEJOS Y CAPACES DE LOS PUESTOS PÚBLICOS Y LLENANDO LAS CLASES CON CHIQUILLOS DE LA DOCTRINA.

7. TOLOMEO, MÁS COPERNICO, MÁS CRISTÓBAL COLÓN, EL ACABOSE. HAY NECESIDAD DE EXPULSAR LA HISTORIA DE LAS ESCUELAS. TORQUEMADA MULTIPLICADO POR DON JUAN Y HÉLIOGABALO Y BARBAZUL Y CASCANTE EL «FIAT» NI MÁS NI MENOS. YO Y FITCHE HEMOS RESUELTO EL PROBLEMA DE VIVIR BIEN, A COSTILLA DE LA PEDAGOGIA Y EL DIABLO QUE LO FUNDO.

8. TENGO FLEMA DE LOS HOMBRES QUE SE GOLPEAN LOS SESOS. SEGÚN SE HA VISTO, LOS GANSOS SE TRA-

GAN A LOS CISNES Y EL CARBONERO DEL BARRIO AL MEJOR MATEMATICO.

9. ¿DE QUE LE SIRVE AL MAESTRO JUGARSE LA VIDA ENTERA POR EL BIEN DE LOS PUEBLOS? JUZGUE POR LO QUE HAN HECHO CON EL LOS QUE FUERON SUS MEJORES DISCIPULOS.

10. EL QUE TIENE MEJOR DISPUESTAS LAS TRAGADERAS NUNCA DESAPARECERA DE LA VISTA DE LOS DEMAS. HAY QUE INSISTIR EN LA ESCUELA QUE LOS INCISIVOS DESEMPEÑAN EL PAPEL PRIMO EN EL SUBE Y BAJA DE LOS HOMBRES REPRESENTATIVOS. COMO EJEMPLO INMEDIATO, YO Y LO QUE GUARDO EN MI LIBRETA».

.....
En efecto, a la hora indicada Aguiñaga en persona se encargó de escoger los grupos para proceder a la «filmación». Los empresarios no necesitaron más intervención ni ayuda que la suya propia. Irían los niños a la plaza del Centenario, recorrerían los alrededores del norte, se meterían en el barrio del Astillero, de donde salieron al mundo de la celebridad, echando afuera el pelo de la dehesa y luego buscarían escenarios en calles apartadas y siempre al lado de estatuas y pilillas de bonce.

Cascante desde su retiro recibiría partes y datos, impartiría órdenes, dispondría la acción y el realismo del gran parto de los montes. Ya se pondría bueno y entonces haría temblar el Universo.

Tomó en sus manos un periódico y entre las noticias de última hora se fijó en una, abriendo desmesuradamente los ojos. ¿Qué había ocurrido? De un salto se puso en ademán de llamar a los que habitaban en la casa, sin exceptuar ni las aves de corral ni los cuadros de las paredes.

Sucedía algo maravilloso, desconcertante, trascendental en la ciudad de los Shiris. Desde cuando se elevó

el primer grito de libertad ahora más de un siglo, la historia no registraba un hecho complementario, y decisivo que fatigase el corcel de la Fama.

Nada menos que en la columna de los Héroes Ignotos, alzada en la Avenida 24 de Mayo, se consagraba a la admiración de las gentes los nombres de los benefactores de esta obra grabándolos en caracteres de oro. En lugar preeminente y codeándose con los cognomentos de ilustre abolengo y notoriedad figuraba el Colegio de Internos «Crispín Rechupete». Lo que enloqueció de sorpresa a millón y medio de ecuatorianos libres. Los grandes rotativos no alcanzaron con la magnitud de semejante tema.

Alumnos, profesores y domésticos, atronaron los oídos con palmadas, hurras, gritos y zapatetas. Leían y releían la noticia y estrujaban el periódico, en el afán de ver cada cual con sus propios ojos.

Temblaba la casa con el bullicio, y como coincidió después de algunos minutos el haberse dado remate a la «filmación» de la película en cuestión, redoblóse la alegría desbordante, hasta el extremo de concitar a la puerta numerosos transeúntes del «boulevard». Hasta se había suspendido el tráfico, hasta que la acción de la Policía dispersó curiosos y alarmistas a sable desnudo.

*
* *
*

Guayaquil, después de unos meses sintió el brusco estremecimiento de un despertar. Por fin recobraba el atractivo y la combustión novedosa de otros días. El comercio y las demás actividades paralizadas, el bienestar, el deseo de intensificar esfuerzos y energías, se habían estancado, como por encanto.

El motivo estaba muy a la vista. En pueblos civilizados se hace causa común con los ideales del espíritu y de la civilización. Como el funcionamiento del plantel de la calle 9 de Octubre no se hacía sentir, nadie contaba con fuerzas suficientes con que levantar una piedra, manejar una herramienta, trazarse un derrotero; peligraba la circulación de la vida, en suma.

Semanas después se dispuso la representación de la película escolar en el teatro Edén con el pomposo título suministrado por él mismo: «El templo de Minerva en Guayaquil» en 25 jornadas.

Asistió al estreno, sin cuidarse de prolongar más el período de convalecencia.

Lleno completo. Profusión de luces multicolores, de gente alborozada y joven. Trajes, arreos militares, boato femenino, y abanicos de pluma un turbión. De pelcos y plateas llovían flores y miradas encendidas hasta el solio de Cascante. Con una leve inclinación de cabeza recibía la ovación, tal un buda indio hermético a la sonrisa y a la piedad.

En el público no se comentaba otra cosa que la nueva embestida de Cascante desde un campo de operaciones con fuerzas de mar y tierra.

La paz, la santa paz de las aulas huyó aceleradamente. El nuevo personal de profesores acogió con sumisión órdenes, úkases, exposición del plau, como si se procediera a la iniciación del curso.

Aguiñaga sonrió maliciosamente. Estaban a fines de Diciembre. Los síntomas eran malos en el mundo infantil. Los informes de los Visitadores de Educación nada halagüeños, desde luego que la mayor parte del año se habían pasado alumnos y profesores en festivales, paseos, desafíos de balón y tantas zarandajas oficiales.

Y con sus ojillos oscuros lanzó una mirada a través del horizonte semivelado por el crepúsculo vespertino.

Vagamente se le cruzó el recuerdo de Ampuero,

sus continuas resistencias revolucionarias, sus frases repletas de acusaciones tremendas, el estado del país, la resurrección de Cascante, sus pasos medrosos en presencia de caracteres como el del otro, y sin querer le brotó desde el fondo una exclamación:

— ¡ Oh quién les diera deseos de escribir ! Se sabría al fin, cuál de los dos tiene razón. Porque, así como corren los tiempos, parece que se anuncia más bien una catástrofe ! Todo está bien. Mas yo veo que se engaña miserablemente.

CAPITULO XVI

EL FRENTE UNICO DE LOS PRIMEROS SINTOMAS REVOLUCIONARIOS

[A taberna donde se reunían Zabulón Ampuero y sus correligionarios estaba situada en un recodo de la Quinta Pareja.

Covachón destartelado y sucio, especie de megaterio descoyuntado en su estructura de caña, roído por la humedad eterna del suelo. Servía de albergue a todos los desechos de la vida, fuesen clientes o no del establecimiento o fonducha adherente, en donde se comía bueno y barato. Con la ensaladilla de couchas o de corvina y la chicha de jora o de arroz, se olvidaban penas.

La grita que se armaba por ahí correspondía al número y calidad de los parroquianos. Por lo regular se sacaban gajes sabrosísimos de las inevitables broncas. Siquiera un navajazo o un quien te parió redondo con aditamentos de soplamocos y puntapiés.

Y ¡quién lo creyera! de allí salió la civilización moderna luciendo gallardetes de fuego y fumarolas de exterminio. Allí se jugaban grandes problemas sociales. Allí se cortaba el aire con el arma de Lenine, Bakounine y Malatesta. De allí salieron las víctimas y los Gavroches del 15 de Noviembre. Y no porque se fraguaran planes y se acogieran decisiones euresadas, querellas injustificables quizá, sino porque a pocos pasos del sotabanco había una imprenta.

El paso era inevitable. Zabulón Ampuero deseaba encontrar amigos, cruzar opiniones, buscar en tales o cuales alguna concepción familiar con su pensar.

Halló a placer amigos y hasta coadyuvadores in-

corruptibles. Allá fueron a dar Luis Bermúdez, Facundo Aguilar, Vicente Vasco y Felipe María Carcelén, tan pronto como fueron separados de sus cargos.

No tengo fe en el pueblo — dijo Carcelén acodado a la tarimita que servía de mesa en la refresquería.

— ¿Quién te ha dicho que el pueblo prepara las revoluciones? — repuso Ampuero. — Se le invoca en los discursos fogosos o cuando se quiere ampliar el término.

— Y en los precisos momentos — completó Aguilar.

— Hay que fijarse si el pueblo hace a los grandes promotores y candillos — añadió Vasco. — Yo soy de opinión que no podemos pensar ni en desviar la carrera de un caballo, sin su intervención.

— Sus dirigentes se mueven solos y solos mueven el conglomerado. — afirmó Ampuero. — No se sabe de dónde salen. Se mantienen ocultos largo tiempo como los metales de subido valor; es necesario explotarlos, empujar su brazo ejecutor.

— ¿Orees que en Guayaquil son necesarios tales hombres?

— Sí, Bermúdez, sí, más que necesarios, eficaces.

— Y tú, aceptarías las consecuencias, si te encargaran alguna misión?

— Me la he impuesto yo mismo. ¿No me has oído varias veces?

— Yo no veo el punto de mira.

— ¿No lo ves? Se conoce que vives la vida nuestra, sin sentir los golpes de masa que nos dan.

— Y, ¿qué podríamos hacer?

— Según tu criterio....

— Según mi criterio nó. Dí más bien, según siente la mayoría. Ni inconformes ni resentidos.

— Te parece. Mi perspectiva es otra. Yo estoy viendo que se encabritan como fieras, que se muerden los puños. Es hora de conspirarse contra todo lo falso, lo podrido, lo indigno.

— ¿ Quiénes dices que se muerden los puños ? ¿ los maestros ?

— No los menciones. Estos cristianos tienen a gusto dejarlo pasar. Hablo de los más capaces, algunos, poquísimos.... Yo, tú.... ¿ verdad ? Soy pues inadaptado, pesimista, cruel con mis compatriotas. Precisa cantorizar hombrés, ideas.

Ellos sintieron que su voluntad estaría pronta. Aceptaron y aprobaron interiormente lo expuesto por Ampuero. Decía la verdad. En los puestos públicos, en las oficinas, en los despachos parroquiales, en los estudios de los abogados, en las escribanías se refocilaba el crimen, se vejaba la inocencia.

— Ustedes dirán ¿ dónde está el enemigo ? Es uno, son mil ? — continuó con más ardor Ampuero. — De todos modos, hay que ponerle sitio. Y, ¿ cómo nos arreglaríamos ? ¿ Disparándonos al buen tun tun ? Señores, la cuestión está en remontarse a sus orígenes y a sus ascendientes más remotos. El enemigo vive con nosotros. Bien puede ser que él sea la causa de los males y miserias que afligen a la República del Ecuador. ¿ Qué se sacaría asaltando las ramas ?

— ¿ Cascante, el gran pedagogo guayaquileño ?

— Cascante, es decir el tronco, él debe caer. A él me dirijo. A este hombre funesto lo perseguiré vivo o muerto.

— Adivinaba tu intención — dijo Carcelén, — Hay que empuñarlo por el cuello.

— No hay necesidad de abrir causa prueba. Ahí está su obra destructora. Se propuso formar ciudadanos y produjo serviles por millares. Las dos generaciones malsanas que integran la parte consciente de la sociedad son su propia hechura. Y luego, váyase a culpar a otros su estado actual.

— Se lo dijiste el otro día. En la escuela se laboran los gérmenes biológicos de los pueblos. Ninguno ha pensado en ello.

— Puede que lo hayan columbrado, pero no se atreven a revelarlo.

— Pues yo no tengo miedo de gritar en alta voz:

«Si el Ecuador no adelanta un paso, si no tiene hombres, si poco a poco van acabándose entre la desidia y la disolución moral, a los maestros se debe: ¡ellos deben ser llamados a juicio!

Se separaron, dándose como nunca vivas muestras de cordialidad. Tenían sueño. La sed apagaron a medias, sosteniendo gran parte del día largas caminatas por las afueras.

Vivían aislados desde el día que dejaron el plantel y se dieron a caza de caracteres amoldables. A veces los encontraban en el banco de un parque, tras del tapete verde, entre sorbo y sorbo de café desdichadísimo de fonda china.

Y como por la calidad del vestido se apreciaba, por lo común, a los hombres encontráronse, sin pensarlo, con que se les buscaba activamente. La actividad de la justicia se cebaba en el pueblo, después de haber sido el pueblo el sacrificado.

Se intentaba establecer responsabilidades, señalar autores o propulsores, remover el montón de cenizas, separar los miembros amazacotados y golpeados por la intemperie y de allí entresacar el culpable o culpables, cohonestar el ludibrio con el absurdo y prorrumpir en ¡hosannas! a la verdad.

Después del aciago 15 de Noviembre de 1922, no quedó la esperanza de creer ni en la existencia del bien sobre la tierra.

Algunos habían dicho, pasado el estupor:

— «Quienes tuvieron la culpa fueron ellos mismos, que provocaron el conflicto. Y por otra parte, muchos fueron analfabetos. ¡Quién sabe! Los que saben leer, más que leer, pensar alto y hablar más alto aún, estaban en la obligación de ahogar los impulsos y las pasio-

nes. Y no lo hicieron. Tanto los que impulsaron como los que creyeron, junto con los que cayeron como parias o colgajos podridos del destino, trajeron el funesto precedente de la educación viciada y torpe.»

Estaban predispuestos ya; se dejaron cuando niños imprimir índole. Y no hay reclamo. O se mata el cuerpo del delito, o se pierde el artefacto de Dios.

Llegaron al paseo Montalvo.

La bacante de Veloz, vista al trasluz de la luna, inspiraba ideas tristes. La sonrisita del fauno se cambiaba en una ráfaga siniestra.

Ampuero devoró con angustia el engaste de la mujer en su divina desnudez impoluta. Necesitado de amor, huérfano de afectos que le quemasen el alma con blanduras de madre, de esposa, de mujer infaltable, insustituible, se sintió oprimido por un indefinible desencanto.

¡Vaya que la suerte lo disponía así!...

— ¡Ajo! los ricos, los afortunados no se duelen de nadie — exclamó — y se ríen de los que caen de hocico, de los que protestan en el vacío.

Por la mañana se avistaron en el mismo punto.

Después del medio día saldrían a la faena a que estaban dedicados. Después de todo, no habrían de pasarse fraguando proyectiles revolucionarios. Visiblemente querían ocuparse en algo. Con ese fin recorrían días y días sin interrupción a todos los medios. ¡Vacantes! ¡Puestos desocupados! ¿Quién pensaba en abandonar los casilleros? No se abrían posibilidades por ninguna parte.

Cuando se trataba de agenciarlos, mediante recomendaciones y presentación de certificados de honorabilidad, la táctica fallaba irremediablemente o se les tendía la red de hacerlos esperar semanas y a veces meses enteros. Optarían por el destierro voluntario con dirección a Babahoyo o Pueblo Viejo. Si bien es cierto, que en donde quiera, aún en los dominios del rey Sol, les

repetirían la misma canción: todo ocupado. La misma política de camarilla, las mismas componendas con los de la causa. Iguales procedimientos en la agrupación de un bando para desacreditar a otro. Los saltimbanquis de las primeras filas tenían a su cargo la clasificación humana a su modo, obligándoles a castrarse la honorabilidad para siempre.

¡ Cuántas veces ellos pensaban cambiar de horizonte, salir del miasma urbano, tomar vuelo, llenarse de aire libre y olvidarse de las miserias de atrás! O siquiera echarse un viaje de pueblo, caer de súbito sobre grupitos de espectación, deslumbrar a los de la frase punzante y de la indumentaria a la moda, con desplantes audaces, con recomendaciones de compinches y fámulos vinculados desde la ciudad con el caciquismo boyante. Y no se animaban. ¿ Qué dirían los demás compañeros de aulas? ¿ Qué! ¿ ni siquiera les quedaba alientos de soportarse en la expectativa del nuevo año escolar? ¿ No tenían a la mano las demás escuelas particulares? ¿ Por qué no acudir a ellas precisamente con predisposiciones de laborar por la ruina del plantel invasor?

Santo y bueno. Pero se desvirtuaban sus propósitos. Se diría, y con razón, que se hacía labor opositora contra la enseñanza desde el mismo plano y bajo la inspiración directa de posibles adversarios del oficio. No señor; a trabajar en otra cosa. En Guayaquil díqué se hallaba, con solo buscarlo honradamente, con solo arbitrase el sistema. Lo que sucedía que muchos, ¡ y hasta ellos! se dejaban llevar por el mismo sentido práctico. La iniciativa de cada cual no se extendía sino al empleo de oficina y al comercio de ínfima compenetración. Como si en la plaza del mercado o en una cantina, con solo presentar tres o cuatro racimos de plátano o andarse a la gandaya con los infaltables paquetitos de baratijas, se hubiera hallado el secreto de asegurar el cocido.

Buena la intención, magnífica, loadísima. Y ¿ dónde

conseguir trabajo? No estaba la Magdalena para tafe-
tanes ni el tiempo para acoger a nadie. Cientos de
cientos ambulaban con la misma ansiedad desesperante.
Y eso en época de verano; en el invierno se interrumpirían las comunicaciones hasta con las potestades del
averno. Ni con los pasadizos de las calles se contaría.
¡Uff! El calor, la visita espontánea de los bichitos e
insectos arrullarían la monotonía de los días grises.
¿Quién se ocuparía en atender a tanto desocupado, a
tanto golfillo de la altiplanicie arrumado en las balsas
del Malecón, a tal o cual vencido de la vida, roído
por el paludismo o roto por la parte pulmonar y en
vías de arrastrarse al Hospital?

Nada, no les ofrecían nada. ¡Qué perspectiva tan
envidiable! ¡Qué vida! Y así tendrían que pasarse
entregados a confabulaciones infantiles, a soñar en la
regeneración del país, rompiendo barreras de cieno. Deve-
ras que confundían con la locura, o talvez, como esta-
ban tan lejos de las comodidades, lejos del platito
manido oficial, sufrían desvanecimientos de cabeza. En
cuyo caso, el síncope de su espíritu era el mismo de
muchos pobres que no figuraron en la historia, porque
se quedaron a medio irrumpir.

Podía suceder que a ellos también les tocara el sino
del fracaso. En el país se dieron quizá intentonas iguales.
Pero tenían algo por adelantado: la juventud en primer
lugar, no sólo por aquello de la edad sino por la ex-
huberancia del albedrío y la voluntad pronta, persistente
y el corazón hirviendo en deseos nobilísimos, en iras
santas. Y la fuerza exabrupta, embestidora, y el empuje
crudo, y la frente ceñida, y la voz levantada,
limpia, expedita para el grito, la peroración y la acción
persuasiva, residía en ellos, exclusivamente en ellos.
Músculos y razones, corazón y pechugada aplastante.

Se encaminaron hacia el Malecón.

Al atravesar la calle Orellana, Ampuero se detuvo

en un kiosco de la esquina, y entre broma y broma, con los transeúntes que desembocaban por allí, sintió que le tocaban el hombro bruscamente.

Ampuero se volvió sin inmutarse.

— De parte de la Policía siga Ud. conmigo.

— ¿Yo?

— Usted y sus compañeros.

— ¿Se pudiera saber el motivo?

— Allá el Comisario de turno.

— El motivo de nuestra captura. La orden por escrito. Porque así no más llevárselo a uno....

La respuesta del polizonte fue el empujón de estilo y más miramientos preliminares.

A pocos pasos Bermúdez, Aguilar y Vasco se debatían con razonamientos inútiles en manos del piquete que les cortó la retirada. A la Oficina de Investigaciones.

Los capturados buscaban recuerdos delatores. ¿Por vagancia? Pero si en diversos lugares se encontraban cesantes a porrillo. Y ellos no se hacían visibles ni echaban mano en nada. Sobre todo, se movían sin tregua. Se metían hasta en sagrado, con el fin de inquirir algo, de ofrecerse y hablar, hablar al corazón.

Se les condujo sin requerimientos ni vacilaciones al calabozo. Incomunicados hasta segunda orden.

Pasarse la noche en corazonadas terribles y probando el primer remordimiento de ser víctimas, sin haber sido victimarios, no tomaron a pura broma. Alguien que se había interesado en su habilitación, les seguía los pasos y dictó la consigna. Se creyó amenazado, y entonces precipitó la situación encarándose desde lejos, lanzando la pedrada desde la sombra. Y ¿por qué? Y ¿cómo? La orden se había llevado a efecto con rapidez y pericia muy recomendables.

Ampuero, en vez de arredrarse, encendióse en rabia, y le rebotó la sangre. Se exaltó de tal manera que insensiblemente se inundó en sudor. Se asfixiaba.

¿Qué enemigo era ese? Y sin darse cuenta, abrió su libretín de apuntes y desdobló papeles, consultó fechas. Pensó en los hechos de la víspera. Nada. Lo que hizo fue hablar entre amigos de la ineludible necesidad de revolver la costra social. Con eso, él no ofendía el nombre de nadie.

Y se detuvo con la consideración en la complicidad derivativa de haber hablado con miras desinteresadas y con la fe en el futuro. Ni una palabra contra el régimen, contra la integridad de la época. Y aquel vigor, aquella sensatez de criterio ¿motivaba delincuencias, el CASSUS BELLI en épocas bamboleantes?

Llamados a presencia del Comisario, los profesores afectaron serenidad, aunque por lo bajo se helaban de miedo. Menos Ampuero. Se sonrió irónicamente, al ser interpelado.

— Debe Ud. saber la causa de su detención.

— Precisamente ignoro el motivo.

— En fin, no había necesidad.

— ¿Que no había necesidad, señor Comisario?
¡ Lucidos!

— Debo manifestarle que Ud. es el autor de unos carteles pegados anoche en la puerta del Colegio de Internos «Crispín Rechupete».

— ¿Carteles, dice Ud.?

— Sí, señor. Y sus compañeros se han dedicado a propalar en toda la ciudad. Nada menos que una propaganda de descrédito contra el primer colegio de Educación Primaria.

— Conozco al señor Cascante y lo que vale su escuela; pero protesto contra su imputación. Si alguna vez me acuerdo de que existen adversarios, los bato con armas limpias y cara a cara.

— Puede ser verdad.

— La verdad pura, señor Comisario. Ahora sí que se ha jugado conmigo la fama de que goza el señor Cascante.

— Luego, ¿no lo niega Ud.?

— Acabo de explicarme con claridad. En lo de los papeles nada tengo que ver.

— Con todo, se desprende algo en contra suya. Ud. mira con malos ojos....

— El hecho de que cada uno tenga sus apreciaciones, no le permite a nadie lanzarse sin más ni más.

— El señor Cascante merece particulares consideraciones.

— Como me las merezco yo. Y por otra circunstancia peculiar. En cualquier país del mundo se respetan las opiniones escritas, los conceptos vertidos al calor de aspiraciones más elevadas, siempre que se escojan aspectos de vida social en donde se huele a podrido. Yo he denunciado algunas veces por la prensa las debilidades de ciertas instituciones y su descarado influjo en la esfera de la justicia. Como periodista honrado, vuelvo a protestar del abuso cometido conmigo y los míos. Ninguna intención de rebajamiento en nuestra conducta. Sabemos hablar en nombre de la verdad, sin miedo a nadie, y no me ruborizo en acusarle a dicho señor de falsario e intrigante.

— Más respeto con él, amigo mío. No le he facultado tanto.

— Entonces a ¿qué se nos hace comparecer? Cualquiera está en el derecho de defenderse.

— Siempre y cuando....

— Siempre señor. Repítale que no tengo actuación ni participación en lo que se me acusa. Lo que sí veo es que él ha comenzado.... Está bien.

— Lo veremos — increpó en seguida el Comisario, ordenando se prolongara la detención de los imputados.

CAPITULO XVII

TAL CONTRA TAL. ¿QUE SUCEDIA EN EL RESTO DEL
PAIS MIENTRAS TANTO?

¡CONQUE se había puesto tiñas en la obra del educador guayaquileño! ¡Conque por fin se movilizaban a demolerla!

En los cartelones se exhibían rasgos atemperados como los siguientes:

«El señor Cascante y Ocaseno se parecen como Sancho a su rucio. Comen juntos, juntos se arreglan en el desaguisado del bajo vientre, con la diferencia de que el primero expele ciudadanos y el otro cabalga al revés. Desde cuando el educador intentó hacer lo mismo, la patria camina a la diablo».

Por tan inofensiva comparación, muy bien traída al pelo por algún chuzco, se disparó el hombre contra sus exprofesores y alborotó el avispero, con rectificaciones y remitidos, a tiempo que de un confín a otro de la urbe se acordaban de antiguos libracos bertoldinescos.

Los más insinceros se echaron a reír golosamente. En algunos lugares se extendía la cháchara hasta el ridículo callejero.

Con mano grotesca emborronaron las paredes desvencijadas de caña: «¡Abajo Ocasente Ocaseno o sea Ocaseno Ocasente! ¡Fuego con el riñonudo!»

Inmediatamente las sospechas recayeron sobre Zabolón Ampuero y su comparsa.

— Ningún otro se hubiera atrevido a tanto. Pero las purgará el bandido. ¡Quítate allá! que yo me entenderé directamente con las autoridades. Como no tra-

bajas, señalada te tengo. Lo que se te ocurrirá sopícaro es echártelas de plumípedo.

— Plumípedo, nó — replicó Aguiñaga — gacetillero ha dicho él ser su fuerte.

El vejete se pintaba él solo en vociferar términos gramaticales, sin entender su acepción.

Cascante rectificaba conceptos como sabio lingüista. Según él, el afijo PEDO merecía interpretaciones especiales. PEDOGOGIA, PEDOFobia, POLIPEDO, PLUMIPEDO. En esto la ventaja que le llevaba al viejo Aguiñaga era notable. Como le oyó varias veces vulgarizarlos en su trato con el pueblo, siempre que tocaba de paso las atribuciones del cuarto poder, rectificó de buena gana.

— No diga Ud. PLUMIPEDO, como decir palmípedo. Los escritores que manejan o llevan en la mano la pluma, como mi padre el arado, se llaman plumarios, plumeros, castizamente, plumíferos.

Sabiduría auténtica, filología de padre y señor nuestro. ¿Qué se creían? Había que cuidarse de la progenie de los términos.

*
* *

Fuese como fuese, Ampuero limpio de culpa y pena, tuvo razón en hacerle ver cuántas son cinco al Oomitario. Pero ni noticias de falta. Después sí. ¡Ah, contando con la intuición del triunfo alzaría la fusta!

Al fin de semana se le concedió la libertad, sin valerse del recurso de carantoñas humillantes. Entonces se fue derecho a su proyecto. Lo redondearía de lo lindo y ¡paf! a la calle. A ver pues, ¿quiénes eran los autores de esas mentirijillas? ¿los maestros fiscales de Guayaquil? ¿No era para menos el haberles puesto en calzas prietas exponiéndolos al desnudo en el ejer-

cicio de sus escasas iniciativas? ¡Bien hecho! Se vengaban de él Cascante, con los carteloncitos. No había otro medio: pagarle en la misma moneda. Bueno, no estaba ahí el remate. Debían ponerse de acuerdo con él, en lo sucesivo.

Ahora sí, la cooperación unificativa, antes que otra cosa.

Ampuero empezó a escribir. Y como cosa adrede, en el plantel de Cascante se procedió a la separación injusta de dos profesores más. Encontró entonces a mano la peladilla de arroyo y la colocó en la honda. Hizo imprimir más de diez mil hojitas volantes, con los siguientes renglones:

« ¡Vulcano, el conductor flamígero del rayo en otro tiempo, se ha vuelto mercachifle de fierros viejos y con ellos forja las armas que se volverán contra su misma obra! ¿Quién le ha dicho a este buen dios destronado que los títeres pueden reemplazar a los titanes de la fábula? ¡Peste con él y su plantel elevado a la máxima potencia del ridículo! Sépalo el Ecuador entero que las señales no mienten un ápice: ¡Caerá Vulcano, el mercachifle zumbón y patriotero! Mas allá, el horizonte se repliega de ira; es que el dios del tridente señala una cerviz. ¡Guarte Cascante, que la verdadera obra social ha iniciado el maestro de escuela genuino!

Entre tanto, vuelta a la noria de lo vulgar y lo cursi.»

Lo mismo que en un incendio el público quería extinguir el fuego con fuego. Salvaban el buen nombre de Cascante y a poco prorrumpían en agudas reflexiones:

— ¡Si será que el Colegio de Internos «Crispín Rechupete» está mostrando el revés?

— Y ¿cuándo se ha visto atinada su dirección? ¡Siempre detrás de la fascinación inicu, siempre el caballito de ruedas, la máscara! Nos regalan el civis-

mo que es ya cadáver. ¡Embusteros! Se han comido las entrañas de la época, adjudicándonos fantoches, en lugar de hombres.

— Y ¿cómo es posible usurparle importancia, cuando no hace mucho acaba de recomendarse a la admiración del pueblo, dando vida a una gran producción artificial? Nada menos que, bajo su auspicio sacrosanto, se indicó el uso del cemento del S. Eduardo. Ya no se importará cemento extranjero. Gracias al Colegio de Internos «Crispín Rechupete, el Ecuador conocerá la fabricación y la preferirá sin analizarla, ni someterla a mixtura alguna. Los garridos muchachos opinaron; no queda sino agachar la cerviz.

Cascante, que con los sucesos ocurridos daba diente con diente, con la publicación de Ampuero no pudo contenerse. Vibró con millones de calórico su alma. Y, como puede suponerse, no por pusilánime se dejaba estar en su sitio pasivamente. Lejos del enemigo, se movía hasta el infinito, combinando medidas extremas. Ya la oposición se presentaba colmada de espuma y lodo, no muy cerca; pero sí empujada, quién sabe por cuántos. Oposición, inquina y asedio. ¡Ah, diablo! ¡Y con papeles públicos y manifiestos impregnados de pólvora!

¿Ni la elocuencia de los hechos realizados en honor de Guayaquil, hasta en el sentido de ornato público y empresa industrial, le serviría de algo? Y ¿qué decir de tantos ideales en fermento? ¡Qué injusticia, Dios santo!

Después de vueltas y volteretas por los ángulos de la sala, convocó a sus íntimos a un consejo secreto.

— Estoy abrumado, amigos míos, de predicar en el vacío; — exclamó — las comadrerías del barrio innoble no cesan en su labor infame.

— ¿De qué comadrerías nos habla el señor Cascante? — comenzó Aguiñaga, abrogándose la opinión de los concurrentes.

— Siempre tengo que andar con explicaciones con ustedes, — les contestó disgustado.

— Lo decía, porque los barrios y barriadas de Guayaquil han estado con nosotros lustro y medio de tiempo. Me refiero al papel desvergonzado de Ampuero y sus compinches contra mí.

— Y no se les tuvo a buen recaudo en un calabozo de la Policía?

— Como la hora es de indecisiones y quizá de absurdos, ya los han puesto en la calle. Estamos no sé cómo con el mismo Gobierno. Por docenas pululan Ampueros que sueñan dar al traste con la situación. Y nadie se atreve a denunciarlos. Caminamos sobre un terreno sembrado de bombas infernales.

— ¿Es posible?

— Amigo Aguiñaga, sin despedir a los alumnos, hay que enristrar las armas. ¿Qué nos importan las tareas escolares, cuando precisa purificar el ambiente pedagógico-político y celular?

— Celular dice Ud.?

— Como suene. Deje usted a un lado los trabajos, y vamos a lo que vamos. Frente a las publicaciones agresivas de los pícaros, las nuestras, nuestra defensa gratuita por medio del periódico, como de costumbre. Ya nos conocen. Los diarios son los primeros que acuden al vivac, aún cuando se trate de exasperar a las masas contra Jesucristo en persona.

— ¿Contra Jesucristo?

— Natural. Las gacetas se saben lo que quiere y le gusta al pueblo novelero y zonzos. Insulsos nove-dosas, pajarotadas....

— Oíerto. Hay que proporcionar comidilla a la prensa.

Y al ocurrírsele seguir hablando sobre el tema imprevisto de la prensa, abrió los ojos sonrientes y confiados. Los demás comenzaron a respirar libremente.

La señora de Oascante, sobre todo, desfogó una gran cantidad de ácido carbónico, según su estatura y la intensidad de emociones recientes.

— Y gracias a ello señor Oascante, se sabe lo que pasa en la olla del vecino, digo mejor, en la cocina oficial. La prensa nos da cuenta de cuántos son los que asisten al banquete del Ministro Fulánez, del labriego y político Zutánez; cuándo don Renacuajo emprenderá su viaje a Europa, con sueldo o sobresueldo recogido del fistro; cuándo don Riñonejo pedirá sus dietas como representante y cuentandante de imborrables fechas. Entre tanto, se ignora el por qué se cometen tantos abusos y desafueros en campos y burgos entregados en manos de gamonales (ecuatorianizando el término) sin conciencia.

Oascante abrió tamaña atención, al oír el ecuatorianismo. ¡Ouidaba tanto la pulcritud del idioma!

— Está aceptado GAMONALES — interrumpió. — Aunque no sería bueno usarlo a cada paso.

— La prensa actual no nos deja ayunos ni descontentos. Publica todo, sin detenerse en las consecuencias de haber destapado el estercolero.

— Y hace bien, Aguiñaga. Y si no, ¿cuál su misión exclusiva? ¿Denunciar, atacar solamente?

— No estaría bien que....

— No tal. Responde a un afán constructivo como el mío: instruye, deleita y lleva la sal de la vida a todas partes. Así es que, respetando su elocuentísimo saber y entender, pido la debida sanción de los criminales. ¡Tipos de imprenta a puñados a la cara de esos tales!

— Pedir a nosotros eso ¡quía! — interrumpió el alumno Garbito, primer elemento preopinante autonomista de la reunión. — Ud. señor Director sabe lo que le toca hacer. ¡Duro con ellos, con lo que se en-

cuentre! El estudiante actual no tiene por qué soportarse imposiciones humillantes. La juventud estudiosa de hoy día conoce sus derroteros, sin servirse de nadie. ¿Qué dice a esto, señor Cascante?

— ¡Encantado! Además, en cualquier caso y emergencia, poco importa sacrificar preocupaciones y temores triviales. Sólo así saldríamos bien de peores apuros.

— ¡Matarlos, dice usted? — inquirió con viveza Aguiñaga y se metió los dedos en las antiparras verdes y los párpados rojisucios, a guisa de quitarse un estorbo.

— ¿No se intentó hacer lo mismo con nosotros?...

Cascante quiso recoger lo dicho, pero, tarde. Disimuló inmediatamente y continuó con entereza increíble:

— Si bien es verdad, que lo pensaremos después de nuestro viaje. Ahora, la Autoridad debe estarme agradecida de no ponerla de nuevo sobre autos. Me batiré solo.

— ¡Viajecitos, y duermevolas dijo usted? — inquirió Aguiñaga, saltándosele el gusto por los ojos semivelados con el tinte verdinoso de las antiparras.

— Al principio hablaba yo de contraataques y barricadas; — dijo Cascante — sobra tiempo señores. Desde largas distancias haremos llegar los proyectiles. Bombardeo atroz, reconocimiento de sitios de exploración, fundación de ciudades, y algo que no nos revela el porvenir, son los puntos de mi programa de viaje a la sierra. Alansí será el centro de operaciones por dos meses consecutivos. Un cambio de frente, sin perder de vista el reducto enemigo.

— Los circunstantes se movieron complacidos en sus asientos. Las mujeres, en primer lugar. Bien estaba el cambio de frente o lo que Dios dispusiese, con tal que no se calentase al rojo el peligro. Al fin, con enseñarse los dientes desde lejos y dar manotadas en el aire, no se apuraba la paciencia de nadie. A mucho el comen-

tario del vulgo tendría con qué entretenerse. Pero se sabría trazar después a grandes líneas la autoapología de lo de más acá y de lo de más allá, y Dios con todos. Y los adversarios gratuitos se quedarían con ocho palmos de narices, al andar de semanas, con la nueva hazaña por realizarse.

— Y ¿qué se propone hacer, señor Cascante, en Alausí con sus alumnos?

— El plan de trabajo lo tengo en preparación. Y como he conseguido la venia de la primera Autoridad escolar para organizar la primera colonia de Vacaciones de la Costa, aquí me tienen ustedes otra vez en actividad, nada más que por servir a la Patria.

— ¡Ah! sí la Patria, ante todo — corroboraron a una.

— Y ahora que está en peligro. Seguramente la Colonia Infantil será la que inicie una serie de trabajos en las zonas cerrícolas de las inmediaciones; la que desvíe el curso de los ríos, surta de materia prima a los desheredados de la puna. Sembríos desolados, cosechas en fracaso total, industria cabuyera, nopalera y ajicera cobrarán su antiguo poderío con su cooperación potencial. ¡No me he evidenciado ya ante la gratitud pública con un aluvión de trabajo multifásico e irretrócedente?

— Más que gratitud — que ya la tiene ganada — un precedente más, a despecho de los viles.

— Pues ahí está el queso. Convencer al mundo de cuánto es capaz el hombre ayudado por el elemento joven. Las arañas levantaron el Partenón de Atenas; con mis hormiguitas volaré el Chimborazo en un abrir y cerrar de ojos.

— Y no es que Ud. vaya a recuperar su prestigio....

— Mucho he trabajado, Aguiñaga, mucho; pero hay necesidad de acumular pruebas. Este pueblo de retó-

ricos y opiómanos se rendirá al fin a mi causa: más claro caerá como un solo hombre sobre Ampuero y su cuadrilla.

— Y ¿los exámenes?

— No sea Ud. zopenco, amigo Aguiñaga. ¡Venfrísele a las mientes los exámenes! En el trance en que nos encontramos, huelga ser hombre de bien. ¿No basta tomar el rábano por las hojas en lo concerniente a desempeño profesional? Así lo hicieron muchos educacionistas nuestros; no somos más que continuadores de la época pasada en el entusiasmo. Los métodos son los nuevos.

Asintieron con unánime movimiento de cabeza el proyecto del viaje. En cuanto a la novedad de los métodos, juzgaron oportuno dar a cada uno lo suyo.

— Naturalmente, por modestia calla su nombre — asentó Aguiñaga, acercándosele un poco. Nadie puede negar la paternidad suya en la doctrina pedagógica de última data. Ud. es el padre conscripto de la maestrescolía ecuatoriana en su aspecto pensante, opinante y corroyente.

— La posteridad quizá verá lo mismo —, afectó Cascante, soltando un prolongado suspiro. — Falta solo perseverar hasta el fin. Que el gérmen no se pierda.

El grande hombre decía la verdad. El bien grato derramado a manos llenas sobre terreno propicio comenzaba a brotar prodigiosamente. Ya se divisaba el baho soporífero de tierra húmeda. Allá, muy allá se destacaban hombres, superhombres, subhombres en actitud resuelta de lanzarse a la greña. Luego, no eran preludios de vida, sino síntomas de hecatombe. Hasta la perspectiva del horizonte revelaba sangrienta ironía. Ya se había notado decrepitud y estupidez en el Gobierno. Culpa no del hombre bien inculcado y de probada preparación. Los que se le subían encima, lo habían anulado más pronto que su incurable dolencia.

El no moriría con el mando en sus manos. Se lo bir-
larían a ojos vistas. Mientras pensara atraerse las
simpatías de opiniones distanciadas y exigentes, los
descamisados del Gabinete, los jacobinos de la canallo-
cracia ambiciosa, los riñonudos de la oposición intere-
sada, los presidenciables ególatras estaban en asecho.

*
* *

Se llenó el casillero ministerial con hombres noví-
simos. Pocos anacrónicos, casi ni un gotoso. ¡ Qué fluir
de leyes, proyectos y parafraseos protocolarios ! ¡ Qué
movimiento ! ¡ Qué días aquellos en que ni los hombres
de talla, ni las entidades revolucionarias sabían dónde
les apretaba el zapato ! Sin embargo, ¡ jamás se gastó
tanta tinta y papel de oficio ! ¡ Jamás los correspon-
sables de Quito dispusieron a su antojo de la información,
enredando, enrevesando, salpimentando los hechos de
última hora. A resucitar costumbres primitivas y darse
de abrazos con Cincinato, Uodro y Gedeón !

Y Diógenes salió con su linterna. Sucediáanse Go-
bernadores, Jefes Políticos, Sanchos y Tartarines en sus
ínsulas, después de haber hecho acto de presencia en su
despacho, a veces, por pocas horas. Y vuelta a correr
y a buscar hombres. Los unos se iban, porque se mani-
festaban resentidos, ellos se lo sabían por qué, y los otros,
también, porque no se les permitía introducirse con sus
compadrazgos y palanqueazgos. Se esfumaba, en una
palabra, haciendo fieros al Gobierno hasta el último
gozquecillo alzado a hombre público ! ¡ Qué importaba ?
No escacearía el contingente colaborador.

Y así fue.

Prescindiendo de tanto flexible, chillón y mutable
como el viento, se hizo un llamamiento a la parvada
de Cascante. Se la encontraría en los cuatro confines

avizorando el horizonte. ¿No fueron éstos los que se trazaron derroteros sociales desde sus taburetes? Pues ¡a gobernar hombres, a desafiar chubascos bélicos....! ¿Venía el enemigo por el norte, se asomaba por el sur? Ello estaba en la fantasía de los alarmistas y locos, nada más. Temores e hipótesis a un lado. En una República infantil el desempeño de cargos de espectación, patarata. Ellos se arbitrarían el cómo y el cómo realizar maravillas en la administración. Con sacar el jugo a la manzana podrida de la discordia, entrener con engaños al pueblo y camelar al cuarto poder, asunto concluido. Ya estaba hecho el cambio de decoraciones, ya se turnaban los personajes. Comenzaba la representación a cargo de los chiquillos. Primer acto: el Presidente de la República al margen.... del río Guayas. Segundo acto: componendas edificantes encaminadas a formar una presidenciabilidad. Tercer acto: conjura de los elementos contra la vía férrea. Conmociones terráneas, causadas por no sé qué legión armada que trabajaba en el misterio. Cuarto acto:.... se vería después, y así mismo, los demás, si la comedia sostenía la hilaridad de los espectadores. ¡Hilaridad iba a caber, cuando poco a poco el horizonte tomaba tintos de incendio!

Y con alarmas y amenazas por delante la Colonia de Vacaciones del Colegio de Internos «Crispín Rochupete» salió para Alausí.

CAPITULO XVIII

HAZAÑAS Y HECHOS ARCHIPOTENTES DE LA PRIMERA COLONIA DE VACACIONES EN EL RÍO CHANCHÁN

CASCANTE dispúsose a dar vuelo a sus energías renacientes, tan pronto como asentó el pie sobre tierra fría. Contaba con elementos hechos y derechos, y por miles. Y eso que de su seno salieron los grandes precursores del progreso, los sostenedores de la honra nacional desde años atrás. Y ahora la segunda generación evolutiva haría pajaritas de oro por breñales y páramos incultos.

Se despojaron los muchachos de sus cascarones. ¡A mover la carreta de Tespis! ¡A remover rocas, enclavijados, volcanes en ignición! ¡A turnarse para el quebradero de cabeza del vecindario! ¡A la tarea común de atar perros con longaniza!

De modo que los días que pasaron allí, muy bien empleados. Ni se dieron cuenta por lo pronto de lo que pasaba con el servicio del Ferrocarril trasandino. Al fin, las noticias alarmantes de haberse suspendido de hecho el servicio, les despertaron a nuevas actividades. ¿Acaso lo sucedido era poco? Ni el Gobierno mismo emprendería con tesón los trabajos de reparación, por falta de fondos, de hombres y de procedimientos atinados. Sí señor, ¡lucido el pueblo con semejante flagelo! Y quién sabe hasta cuándo! Ideas, lucubraciones sin eco. Nadie quería artimar el hombro a la obra. Y los aguaceros sin interrupción destruían puentes y calzadas. Y el Chanchán constituía la incógnita de grandes y pequeños.

Condolido Cascante de las miserias que se apelo-tonaban por tal causa, juntó a sus pequeñuelos y se preparó a embestir con ellos la catástrofe.

Buscóse herramientas, auxilios y provisiones para una temporada peligrosísima y que excedía a sus fuerzas. Con todo, no vaciló un segundo. ¡Recórcholis! ¡Quién le hubiera dicho que tenía por delante las iras del cielo y la indiferencia de los hombres! ¡Ah! ¿y el hambre del pueblo? ¿y el estancamiento de la vida industrial? ¿y sus mismos trabajos interrumpidos en la perla del Pacífico?

Llegaron pues los reparadores en miniatura al teatro del desastre. El gran río Ohanchán se desbordaba en rompieutes y torbellinos cubiertos de negrusca espuma. Por aquí rieles y durmientes, por allá postes de madera. Por cierto, que se dejaban ver de trecho en trecho, entremezclados con piedras enormes. Y la riada seguía alborotadamente ensanchándose, carcomiendo el terreno pedregoso del contorno. Ni vestigios del terraplén de la vía. A lo lejos se divisaban peones embobados, sin atreverse a nada. Y más allá la elevación de tierra hasta el dominio de las nubes. ¡Qué estribaciones tan estupendas! ¡Qué pendientes tan incontrastables! El frío azul las desmelenaba visiblemente y a continuación se empenachaba la neblina, y poco a poco la tristeza de las alturas helaba el corazón.

¿Qué hacían en suma, los pequeños trabajadores de la vía? Las crónicas de la época están acordes en asegurar que, gracias a su pujanza e intrepidez sin segundo, obligaron a mantenerse quietas las agnas del río, mientras con el fango hasta la rodilla sacaban rieles y durmientes afuera, alzaban muros, enfilaban cantazos y conjuntaban sillares embutidos de argamasa. A una orden del Director - arquitecto, cual otro Aulón, se movían de suyo los materiales necesarios y ocupaba cada cual su colocación.

¡Qué crudeza de invierno! Cuando ya se pensaba que los trabajos tocaban a término, al día siguiente las lluvias dejaban la obra como al principio. Pero allí

vallieron la tenacidad de los unos y el temple de alma del otro. Esta vez el sentimiento de modestia obró en su ánimo, y casi, casi se privó de dar cuenta a la prensa guayaquileña del proceso de sus tareas. ¿Cómo guardar reserva ante el imperativo categórico de salvar su buen nombre? ¡Y en qué coyuntura! ¡Pesía a él! Presisábale más bien pormenorizar en letras de molde la serie de contradicciones y penalidades recompensadas por fin con el éxito. Porque, después de pocos días.... Lo que no sucedía con el Gobierno, al contratar dos expertos ingenieros, mediante el pago de ingentes cantidades y además todo el material de la empresa fenecida. ¡Peste con ellos!

No harían nada. Se estaban por ahí arañando el agua indiferente del río.

Hasta que el Ohanchán se vió obligado a pedir capitulaciones. Cuarenta y tantos trabajadores de ocho a diez años fueron los encargados de iniciar las negociaciones. Subiéronse pues con alardes de victoria a los puntos más elevados de los parajes, con el tricolor en la mano. Se figuraron que tenían en su presencia nutrido público entusiasta y desataron la lengua. Tal cual indígena absorto, uno que otro jornalero de la cuadrilla ambulante, se detenían a escucharlos. No pudieron contenerse y cuchicheaban vivamente entre sí:

— ¿Qué dicen estos muchachos? Se les ha metido entre ceja y ceja pasarse de listos. ¿O se les ha hecho creer que pueden ser capaces de todo? ¿O es que han perdido la chaveta, junto con el payo que les acompaña?

A todo esto la prensa de la República daba acogida preferente a las noticias de la Capital, a renglón grueso y a todo color. Y las hazañas de Cascante no merecían sino atención secundaria. Los tiempos tenían la culpa. ¿Quién les facultó a los pícaros conservadores formar tremolinas por el Norte? ¿Quién le aconsejó

a un general de la República dictar alocuciones remotadamente tontas en despoblado, bajo pretexto de que se revolucionaban los magueyes del camino? ¿Qué les importaba a los ecuatorianos las extraordinarias de un Presidente enfermo, aislado en el morro del olvido? ¿Y qué lo del otro generalísimo, que les tomaba el pelo a los ecuatorianos, metiendo cucharita en la política bobalicona de sus amigos y admiradores?

Desde días atrás los diarios de Guayaquil traían imbecilidades, como comidilla del público. Que se han vuelto a repetir desfalcos; que el palacio de la Gobernación amenaza desplomarse, poniendo en apuros a los contratistas italianos y en descrédito a los explotadores del gran cemento recomendado por Cascante y su chuzma; que en la Aduana del Guayas se dió de la noche a la mañana con un cajoncito de dudosa procedencia; que los universitarios de ambas regiones estiraban el hilo de la paciencia de los profesores con sus intempestivas exasperaciones autorómicas; que... ¡Dios santo! que ya se le ocurrió renunciar al Gabinete en masa. En fin, le volvían tarumba al Gobierno que existía en Quito, en Guayaquil y en Babia, por añadidura.

Luego pues, el relato de las proezas cascantinas no llegaban sino tarde y además eran desfiguradas y preferidas. El pedagogo se mordía de coraje. Su popularidad comenzaba a menguarse. En tanto que Ampuero proseguía en silencio expectante, mirando cómo la situación iba empeorando poco a poco.

Una tarde Cascante, cansado de esperar correo de Guayaquil, se le antojó darse un paseito por el pueblo de Alausí. Recién terminados los trabajos confiados a su genio emprendedor, los vecinos que lo vieron pasar despaciosamente, exclamaron al unísono:

— ¡Esto es el grande hombre que tiene el Ecuador! Al fin se ha dignificado por sí mismo el maestro de escuela! Verdaderamente que hace milagros con sus

educandos. ¿Querrán ustedes creer que, debido a él, se halla ya expedito el tráfico del ferrocarril del Sur?

Dióse tres o cuatro vueltas por la misma calle y continuó a la estación del ferrocarril.

Llegaba por fin el trasandino, después de tantos días de angustia. ¿De veras?

Le pusieron la mano en el hombro. Era el Jefe Político del Cantón que deseaba hablarle con ansiedad.

—Sr. Cascante, no estamos salvados con su generosa ayuda en la reparación de la vía. Las cosas como antes. Lluve diluvialmente. Tanto que se han visto precisados a abrir trochas.

—Y ¿cómo se comprende que tengamos el tren aquí a la boca?

—Es un tren de trabajadores en recolección de leña. Y a propósito. Vista la dificultad de viajar en el tren, muchos han escogido largarse por la vía de Pallatanga.

—¡Demonio! Y que tenga yo que hacer otro tanto! Estamos a no sé cuántos. Ya en Guayaquil se abrieron los cursos escolares. Se me espera, se me busca como al agua de Mayo.

En esto, Aguiñaga envuelto en la hopalanda del indio, del cholo, del gran señor, llamado poncho, se le presentó delante, como surgido de la tierra.

—No es otro que el muy tunante de Ampuero, arrojado a reformador —dijo, furioso.

—¿Qué sucede? —preguntó Cascante de seguida, al ver la cacoquimia típica del viejo.

—Vea Ud. lo que ha hecho. Quiero explicarme pronto, vea esto.

Y le acercó a los ojos una hoja periodística.

—Contra mí? —exclamó compungido Cascante.

—Pues....

El artículo en cuestión estaba en la sección informativa, claro, sin firma de responsabilidad.

«PUERPERISMO PARASITARIO» — ¡Saben ustedes lectores, lo que dicen por ahí a boca chiquita? Que la decantada tarea de reparación ferroviaria está en veremos. Nadie ha puesto la mano, ni el Gobierno, ni mucho peor la Colonia escolar de Vacaciones. Mas ¡ay! por estos trigos se venían amontonando lindezas en honor de la tal colonia. ¡Como si hubiera sido factible seguirle creyendo al Director, que ha resultado un redomadísimo figurantista, a la orden de los boquiabiertos que lo admiran y aplauden tanto! Hongo Sres., hongo calza el personaje de campanillas. Si alguna vez se piensa en el porvenir educativo, debe alzársele la camisa. El todo por el todo de una vez! ¡Basta de añagazas y artilugios indecentes!»

Cascante empuñó el periódico y lo acercó a la boca rabiosamente. Del empuñón empleado en la maniobra canibalesca, suscitó en Aguiñaga un susto mayúsculo. Se le cayeron las antiparras y el inofensivo sombrerito de paja que lo llevaba hacia atrás.

— ¡Voto a sanes! Que me ha reventado el bandido! ¿Se fija Ud. cómo se le da acogida entre los que escriben?

— No es de admirarse, él siempre lo ha dicho.

— ¿Qué escribe también?

— Y como para partirle el hantismo al padre que me engendró.

— ¡Qué malvado! ¡Y en donde! ¡En el anfiteatro de mi gloria!

— Y ahora que tenemos lo del regreso a medio definir,

— Por lo mismo, ¡con mil demonios! debo estar allí cuanto antes. Sin vacilaciones, ¡sobre la marcha! Así se despeñen colonias y colonos por.... salva sea la parte.

Se debatía estrujándose las manos y dando traspiés como un loco. Dió la vuelta el pueblo, atónito, inco-

herente. Y en su afán de acelerar los preparativos de marcha, más bien se entregó a divagar inútilmente. Antes de entrar por el mismo derrotero, esperó la noche.

Una vez en familia se combinó el plan.

Saldrían cerca del amanecer, para no ser vistos. Por ahora había que prescindir de ovaciones pueblerinas. El caso se presentaba tan urgente que echarían mano hasta de acémilas. Porque lanzarse a pie en una jornada de cuatro o cinco días, con la pollada auestas, disparate imperdonable. Los arrieros se entenderían con ellos de trecho en trecho. Por fortuna se volvía a los tiempos de liarse bien el cuerpo, empinarse a la espalda cincuenta libras de peso y adelante. Se dormiría en despoblado, conversando con las estrellas. El frío del páramo inspira reminiscencias tristes; pero huelgan el chiste, la mentirijilla barata, junto con la voz cantante de los asnillos y mulas y con el escalofrío del viento en el pajonal.

La misma noche se agenciaron provisiones de boca. El pan de Alausí pasajerillo; pero a falta de buen pan... Harina de cebada envuelta en manteca, clavos de olor, canela y raspadura, comida disputada por todo viajero de a pie.

Cascante aceptaba en su vocabulario familiar el término PINOL. Maíz tostado, jamoncete, *cuyes*, los codiciados *cuyes*, con cuya carne se relamen los pobres aborígenes, menos el perillustre lingüista y peor con el quichuismo; gallinas asadas a fuego lento, con adminículos de queso y mantequilla, confiscaron de antemano para entretener el apetito.

— ¡Comitiva! — gritó Cascante a eso de las tres de la mañana — es hora de liar los petates y empuñar el bordón del peregrino.

La señora figuranta, tan abnegada y silenciosa en los momentos más culminantes, contuvo los vuelcos de

su inquietud, al escuchar la voz preventiva. Su gordura, su malhadada gordura le comprometería al mediar una legua.

— Antes de poner pie al estribo, — continuó con voz solemne Cascante — recordemos, con el pensamiento puesto en nuestras ínelitas excursiones pasadas, qué tenemos más de cien kilómetros por delante. Pero no hay que temer. Las grandes conquistas del aire, del mar y de los desiertos inexplorados no llevan a cabo sino templados caracteres como los nuestros probados en el fragor de cien combates.

— ¡Opos quedos! — gruñó entre sí Aguiñaga. — Combates dice el buen hombre. Su razón tendrá cuando lo asienta y con el aplomo de un convencido.

— Nos hemos propuesto dirimir el dime y el direte con individuos de la laya; retemos a los elementos, como lo hicimos en el Salado, en Chongón y en las mil y mil incursiones por los espacios celestes.

Los pobres muchachos no hacían más que desco- cerse en gimoteos, viéndose lanzados en un viaje tan largo y a tientas, como quien dice poco. Los demás tampoco pararon el oído en los desatinos elocuentes del Director.

¡Qué madrugadita! Con el cielo estrellado y la escarcha que caía y caía sin cesar, el relente se diafanizaba, invitando más bien a sepultarse en el corazón de la tierra invernal. Se veía y no se veía la senda innumerable. Se tendría que realizar prodigios de valor a través de los grumos de arena que dificultaban el paso. Y así caminaron, y así caminaban y así caminarían por lo menos algunas leguas. Las hondonadas, las lomas hirsutas, las cañadas detrás de pendientes, laderas y desfiladeros tortuosísimos, vendrían después.

Nos resistimos a describir los quebrantos del viaje, a poco espacio del lugar de partida. Ni los discursos vehementes, ni las alocuciones napoleónicas, ni el mi-

moseo, ni el amor propio estimulado con ofertas inimaginables, dieron buenos resultados. Se aplastaron en masa como una tortá.

Por fortuna, una hora después alcanzaron a divisar algo como figuras humanas, al coronar un otero.

La mañana se entreabría apenas. ¡ Hombre! Un grupo de soldados. Eran oficiales de ejército. Depuesta la espada en el snelo, sentados dominaban desde allí el rictus del horizonte. Se unieron con marcadas muestras de solidaridad. ¡ Dios de Dios! Por causa del maldito Chanchán. ¡ Vaya! Todo el mundo sin excepción se veía impelido a estirar los nervios a pie. Cierto. ¡ Pero ellos no gozaban de facilidades? ¡ Qué! ¡ No se estilaba en los mejores tiempos de guerrillaje ecuatoriano «requizar» el mismo Pegaso de Apolo, con tal de conservar el distintivo militar en el lomo de una mala cabalgadura? ¡ Tal vez por ahí algún reducto sospechoso! No hubo necesidad de aguzar conjeturas.

— De intento hemos rehusado la cabalgadura. — manifestó uno de los oficiales, con ese tono jovial de juventud, conforme con todo. — Con este frío y por estos caminos, a cualquiera se le ocurre aviarse a horcajadas. No nos faltarán, a poco que nos alejemos de aquí... Si vieran ustedes el número de arrieros que han salido con tal objeto por allá y acullá.

— El hombre de las mulas, hombre del día, amigos míos, — añadió otro oficial.

Cascante aprobó sentenciosamente la ocurrencia:

— En tanto que nosotros daríamos el oro del mundo, que es nuestro, por arte de birlibirloque, por el lomo de un cerdo, por pronta providencia. Estamos que ni podríamos espantar una mosca. Hablo por mis chicos.

Aguiñaga, que no perdía sílaba hablada, corroboró en seguida:

— Dice bien el apóstol; él habla siempre en nombre de sus chicos; lo malo que no puede caminar por

cada uno, y ahí perdemos la cuenta de su abnegación multimillonaria.

Llegaron a Pallatanga. Ya era otra cosa. Allí comían y descansarían a placer. Y también se prepararían con los bagajes. Y entonces por aquí es más derecho.

¡Siempre la buena suerte a la orden de Cascante!

.....
.....

Al tocar la orilla derecha del río Guayas, Cascante se alegró de ver gente y más gente agolpada en el Malecón. ¡Si estaría de Dios que le hiciesen la gracia de recibirlo como a un bienhechor del pueblo altivo del 9^o de Octubre! Mas cual sería su desencanto cuando ni siquiera notaron su llegada, con su numerosa grey infantil y los distintivos patrios desplegados al aire!

Los oficiales tocaron tierra sin alarde alguno, y sin embargo, tales y cuales se desprendieron del grupo de curiosos y les tendieron los brazos. Significativo el abrazo. Revelaba, no solo el marcado aprecio del amigo, sino la satisfacción cumplida del camarada y correligionario, después de una larga espera. Los demás grupos restantes guiados, quizá por el instinto de imitación, hicieron cosa igual.

Una especie de bienestar desconocido circundó los semblantes. Y se cruzaron miradas inquisidoras. Se pellizcaban unos a otros de curiosidad insatisfecha, nada más que con ver que ya llegaban y se arreglaría.... ¡Se arreglaría qué!

La ciudad presentaba un aspecto de metrópoli descuidada y coquetona. En la plaza de Rocafuerte la animación febril de contadas ocasiones. Por el amplio «boulevar» automóviles en sucesión continua, paseantes, curiosos, desocupados en vaivén desconcertante. Y la febricidad general en aumento, acrecentada con el vocerío de los vendedores y detallistas menudos y el repetido canturrear de suplementeros.

— «¡ El Telégrafo !», «¡ El Criterio Público !», ¡ a medio !

Y en distintas direcciones:

«¡ Los diez mil para el domingo !», «¡ Los caramelitos de yema !» «¡ Bolas de maní !».

Solamente las mujeres bonitas pasaban de largo, sin detenerse, sin dignarse recoger el suspiro volandero, la mirada voraz de los más embaídos.

Era el instante de amarse soñando con el sol romántico de la tarde. Tanta carita adorable, tanto busto modelado por la mano de un dios, tanto revolar de admiraciones porfiadas, formaban contraste con la ansiedad inexcrutable, que reconcentraba la atención de la multitud.

Se hubiera creído que el mismo comentario palpitante embargaba los labios de todos.

CAPITULO XIX

EL OCULTO DE LA PRESENCIA EN GUAYAQUIL DE UNOS OFICIALES INCOGNITOS

.... «Dillón era un hombre... Su historia, como la de todos los conquistadores de la conciencia popular, era breve y oscura.... Hablaba admirablemente y sus palabras cursaban entre el pueblo como frases de salvación.... Fundó esenelas libérrimas que le atrajeron el odio más cruento. Más tarde, comprendiendo que su labor pedagógica caía en tierra no preparada, se negó a roturarla y se arrojó a la rebelión, poniéndose fuera de la ley. Entonces conspiró abiertamente con ardor ruso, con tenacidad polaca, con descaro turco. Se hizo pues extremadamente peligroso.....»

(Eugenio Noel — El Rey se divierte)

PUDIERA decirse que los trabajos revolucionarios de Ampuero no se concretaban aún en forma. Verdad que durante el período de ausencia de la gran Colonia Escolar, reunió adeptos y convenció a muchísimos. Como medida de salud pública debía ser derrocado Oas-cante de su pináculo. Convenido. Ya cargaba el hom-brecito con su auto propaganda desaforada y su modalidad exclusiva en escogerse los medios, hasta de perpetuarse en la organización de la política imperante. ¡ Cosa nunca vista! ¡ El maestro de escuela como director de escena en el sainete oficial! ¡ Y sin hacerse sentir, y pasando

la mano a favor de pelo de la paciencia del pueblo, imponiendo candidatos y payos como él, en los escaños del poder! Labor incensante, porfiada, invasora, si bien revestida de patriotismo.

Pero, ¿cómo romper el silencio de tumba de tanto irredimible, de tanto abyecto, de tanto incondicional en el aplauso y en la deificación? ¿Quiénes marchaban a la cabeza? ¿Se quería provocar un conflicto meramente pedagógico, o había que introducir la bomba mas adentro? En cuyo caso sería el último en caer.

— Señores, perdemos lamentablemente el tiempo — dijo uno de los adeptos — ¿Se desea propender a la salvación suprema de la Patria? Barramos con todo: administración, economía defectuosa y enseñanza.....

— Oreo que hay que comenzar por esta última — interrumpió Ampuero. — Nadie pondrá en duda que los males pasados y presentes obedecen a una sola causa.

— Lo sabemos. Pero, ¿qué sacaríamos asaltando la Bastilla?

— Matar después al rey — concluyó en seguida con animación. — Y sobre todo, la obra debe ser más comprensiva, más gradual, más amplia. Emprendamos la revolución en sus fases todas, amigos míos. La ruina de Oascante será después una consecuencia inmediata.

Por el organismo de los sesenta circunstantes circuyó la sangre más aceleradamente. ¡Pero lanzar el grito, antes de tiempo!

Ampuero, desconfiado en cierto modo de tales apreciaciones, guardó reserva.

— Además, agregó el interlocutor antedicho — no faltarían quienes digan: «Almas de cántaro, es vano el intento. El nombre de Oascante es el mejor título de orgullo del pueblo guayaquileño. Guardaos vuestras pretensiones malévolas!»

— Prevenciones, eso dirían — rectificó otro — y ahí tienen el fracaso.

Ampuero, rehaciéndose un poco entre la grita que iba a producirse, dijo:

— Pero si el pueblo ecuatoriano está cansado de revoluciones sin ideal, sin objeto ni bandera. Da verdadera grima contemplar el retrato de algún Presidente de la República. Parece que lleva cada cual la cicatriz característica de haberse caído patas arriba. Nadie cree en redentores y reformadores. Los ejemplos elocuentes salen a confundirnos. No hay uno que termine bien, con la cerviz puesta en alto y las faltriqueras vacías. Y todo porque la juventud que surge a la vida pública revela, muy a las claras, su procedencia. Malos maestros, pésimos educadores. Ni asomos de moral cívica. Desde los atrios de los templos — las escuelas — los dioses tutelares de la Patria reniegan de la generación actual, pues nos hemos dedicado a danzar sobre el festín, repleta la andorga.

— Bien están tus consideraciones, compañero. Allá vamos, a limpiar los establos de Angías — agregó otro. — ¿Que somos pocos? que carecemos de fuerzas? que se ha machacado tantos años en lo mismo? que con el tricolor en la mano se ha entrado a saco hasta en el último rincón? Poco da. Nosotros no tendremos bandera; sin bandera daremos al traste con todo. Después, sí después, que se la yerga, no ya sobre los edificios, sino clavada en el pecho de los héroes, de los hacedores de la nueva patria.

— Y estamos organizados? ¿cuál es el jefe? — preguntó Bermúdez — Porque habría que comenzar afilándonos a un jefe.

— Sin duda, no sabes lo que hay — dijo Vasco.

Todos guardaron silencio inquisidor.

— Mentiras de los periódicos, fraseología pura del momento. — replicó Ampuero displicente.

— Muchos de los presentes estuvieron en el Malecón el día anterior y se enteraron de mucho — volvió a insis-

tir Vasco. La cosa estaba muy removida, sobre todo en Quito. Aquí en Guayaquil, idem. Y quizá en la República toda. La caída del Presidente era el tópico del día. ¿Quiénes la preparaban, cómo se las arreglaban, vista la ninguna posibilidad para sostenerlo? Ahí estaba el busilis. Algunos decían que los conservadores; aunque ellos no se expondrían a mayores fracasos quizá. ¿Los grupos flotantes que favorecidos por el Régimen, salieron desfavorecidos por sus desvergüenzas, más que conocidas, reconocidas por ellos mismos? ¿O acaso algún elemento nuevo, apenas visible, pero que se hubo compenetrado poco a poco con las realidades nuestras?

Ni de creerse que el elemento militar estuviera hilando la cuerda fatal....

— Se recordará — dijo Bermúdez — que los ejemplos de España y de Chile enfervorizaron las voluntades de no pocos oficiales jóvenes. Y por ahí se decía que, cuando se pidió el aumento de dietas en el Congreso, ellos intentaron apagar temeraria pretensión, presentándose en el Palacio. No se sabe lo que sucedió después.

— Que deseaban igual cosa — murmuraron por lo bajo algunos.

— Imputación falsa de la prensa asalariada. Lo que querían es arreglarse a sablazos con los legisladores ambiciosos. — corroboraron unos pocos.

— En cuyo caso....

— Son ellos, nadie me quita — exclamó Ampuero, — los que trabajan bajo tierra como los titanes y terrígenos de la fábula.

— Han llegado hasta aquí uno que otro a pie. — añadió Bermúdez. — A nadie dicen qué les ha traído. Figúrense que se han negado a dar comidilla a los diarios.

— Y no han visitado la Jefatura de Zona hasta ahora. Viajaron de incógnitos, y como incógnitos permanecen en Guayaquil.

La concurrencia fue aclarando poco a poco el comentario.

— Habría que ver a qué han venido.

— A ponerse en contacto con sus compañeros, dejando preparada la mina en Quito.

— Y, ¿cómo no se ha hecho trascendental?

— No era dable. Ustedes ven que donde menos se piense, nos vemos rodeados de soplones.

— El rumoreo hierve en hipótesis y cálculos fantásticos. Quien sabe a estas horas, los volcanes de la sierra están al estallar.

— No seamos hiperbólicos y visionarios — interpuso Ampuero. — Nadie piensa sino en el cocido del día. ¿Se imaginan ustedes que en el Ejército existen caracteres templados en acero, como la espada que manejan?

— Claro que sí — replicó otro. — No sólo que se piensa en la salvación de la Patria, sino que.... Lo digo con conocimiento de causa. Los militares incógnitos que están en Guayaquil, llegaron con plenas instrucciones de sus colegas de Quito. Lo saben los jefes viejos, lo sabe el Gobierno. O a lo menos debe sospecharlo.

— Y entonces?

— Hay temor en el fondo, o no se les toma en serio, y dejan que las ideas vayan tomando cuerpo. Y no se crea que obran muy en secreto. Muchos particulares estuvieron a encontrarlos.

La concurrencia aguzó más la atención.

— Resumiendo — dijo Ampuero.

— Que la juventud militar derrocará mañana o pasado el Régimen podrido imperante.

— Como en España, como en Chile.

— Como en la corte celestial — concluyeron — si en ella encuentra estorbos el progreso. ¡Lodo a los viles!

— No sé si estoy soñando, o me obligan a mirar las proyecciones de la pantalla — continuó Ampuero —

Habiendo como hay esta coincidencia o momento providencial, ¿qué esperamos? Alguien dijo que las revoluciones vienen precedidas de pretextos y coincidencias admirables, de presentimientos y adivinaciones imprevisitas. Pues entonces....

— ¡Unámonos a ellos! — gritaron a una voz.

— ¡A buscarlos!

— Que se nos enrolle hoy mismo como los primeros voluntarios.

En efecto, salieron en busca de los militares incógnitos.

Al pasar por la plaza de Rocafuerte, vieron que aflúa el gentío en distintas direcciones. Era día domingo. Las siete y media de la noche. Indudablemente que la retreta militar en las cuatro plazas de la ciudad, atraía gente dominguera desde los barrios más lejanos. Se tropezaba a cada paso con parejas de enamorados, «boulevard» avante hacia la plaza de los héroes. Antes de nada se detenían ante un kiosco y pedían refrigerio o si no se daban a escoger dulces o sabrosas chucherías de los vendedores apostados al paso. Otros se aproximaban a las refresquerías próximas, a los bares inundados de luz y buen humor. La greguería humilde sentada en las gradas, en los bancos, en el césped de los arriates, formaba parte del público aficionado a los conciertos al aire libre. Y en todas partes, mujeres y mujeres, sembrando zozobras y deseos imposibles, con sus vestiditos a media pierna, medio busto sin coberturas ni encajes, sin pasar de las dieciocho o veinte primaveras.

Avanzaron por la avenida de 10 de Agosto y llegaron a la calle Boyacá. En los contornos de una casa de tres pisos había animación y argentina algarabía. Las ventanas abiertas de par en par. En el frente del edificio, adornos de papel y banderitas entrelazadas. Música marcial abajo. Se iba a dar principio al concierto

de gala en honor del primer Jefe del regimiento de Artillería con motivo de su cumpleaños.

Amigos y relacionados enviaban sus presentes envueltos con cinta tricolor, junto con el lujoso pergamino ofrendado por la colectividad del Cuerpo. Las demás unidades no se harían esperar.... Allí el bienestar y la abundancia de aclamaciones, brindis, copas que estallaban, el paroxismo, y la sobreexcitación incontenible de los invitados. La miel de la vida que caía gota a gota en el corazón y hacía saltar de gozo, con estremecimientos sagrados, dignos de quienes los exteriorizaban. Se comía y se bebía, mezclando fervientes votos por la felicidad de la República. Casi todos los que llevaban galones de oro sobre sus hombros, exhibían buena salud y brillantez en los modales. Se notaba que estaban al día en el refinamiento personal y en las maneras estudiadas. Por la profusión de luces y arrequives funambulescos se veía que se afrontaban con el vigésimo o trigésimo banquete oficial de la temporada.

Se acercaron Ampuero y los exmaestros a los grupos que rodeaban la casa. Entre los invitados muchos oficiales jóvenes hacían la corte a las señoras. ¿Algunos de los incógnitos talvez?

No se les alcanzó a distinguir en el mongibelo de parejas que se cruzaban enredadas en el vértigo del baile.

Surgió, como por encanto, el comento burlesco de en medio de los boquiabiertos de la calle:

— Mientras «el rey se divierte» — según sucediera en otro tiempo — se enciende la mecha. Van a ver lo que sucede de un momento a otro.

Ampuero dió algunos pasos adelante. Se hablaba precisamente sobre el mismo tema con calor, con rabia, haciendo al paso historia republicana. La barbaridad de tiempo que se había gastado en elovar copas de licor y echar al aire vocablos sonoros. ¡Cuánto discurso

inútil ! ¡ cuánta ideología esmaltada de lugares comunes y vulgaridades ! Y ahora, con el peligro a las puertas, ¡ cómo se jugaba con la candorositad de adeptos y confiados ! ¡ Más allá el pueblo comiéndose los codos de hambre !

Hablaban con tanta convicción, porque sabían que los medios y los personajes estaban al primer envite.

— Las reuniones secretas se realizan en una casa particular.

— Se dice que Cascante auspicia a los militares incógnitos.

— ¡ Qué va a ser ! No le conviene a dicho señor abogar por los pobres. Siempre que se ofrece gastarse adulaciones con la burguesía torpe y ricachona, hédetele ahí su contingente. ¡ Infame hasta la pared del frente !

— Los oficiales se reúnen en casa de otro maestro de escuela.

— ¿ Ampuero ?

— Se ignora su nombre.

Precisamente Ampuero estaba allí devanándose con el misterioso paradero de aquellos.

¿ Quién era ese maestro ?

Llegóse un poco más a la puerta de la sala de baile y recorrió con la vista minuciosamente. Necesario entenderse lo más pronto con alguno, o salir por el mismo camino, para no ser visto. Corrían los segundos, y él presa de inquietudes incisivas, miraba, veía, oía, entre embobador y febril.

Al fin, se desprendió uno del grupo. Ampuero le hizo una seña:

— ¿ Podría hablar aquí con alguno de los subtenientes ?

— Nada más que dos, Godínez y Valencia, estamos presentes.

— Háganme el favor de permitirme un momento.

Ampuero, al verlos acercarse, tuvo una idea cpor-

tuna: salir con ellos al lugar de sus reuniones, para no tener que comenzar ciertas sugerencias primordiales. ¿Y si no pudiera toparse con los de la causa? En fin...

— ¿El señor Teniente Godínez?

— A su mandar.

Se cruzaron miradas de familiarización inusitada.

Valencia hizo otro tanto, y todos se encaminaron instintivamente hacia afuera.

— Desearía hablar a la larga con ustedes sobre ciertos asuntos de trascendencia única. Para esto, juzgo mejor que conozcan nuestro centro de reuniones. Somos profesores primarios, que nos hemos constituido en Junta permanente.

— ¡Profesores primarios! — repitió con sorpresa Godínez.

Valencia hizo una señal afirmativa y preguntó en seguida:

— ¿Se han organizado ya en junta los maestros de escuela?

— ¡Qué! ¿se admira Ud.? — dijo Bermúdez. — Los tiempos han cambiado un poco o van para cambiar, si es que el buen elemento del Gobierno nos apoya.

— Y ¿por qué no? — subrayó el teniente Godínez — ¿Quién más que el educacionista está en el deber de propender a su mejoramiento?

— Pues en ello estamos — continuó Ampuero, con mas libertad, interponiéndose con más confianza en medio de los dos oficiales, que se cruzaban un gesto de inteligencia.

— Sin más iniciativa que el fervor de los aquí presentes hemos organizado un Comité, con el nombre que rezan varios carteles pegados en varios lugares de la ciudad: «COMITE EN DEFENSA DEL MAESTRO DE ESCUELA GUAQUILEÑO» — concluyó un tercero.

— Y ¿qué se proponen? — inquirió Godínez.

— No sólo reivindicar el buen nombre del profes-

rado nacional, si no asegurarle un puesto en el concierto de la civilización contemporánea. Hasta ahora no se ha sabido a punto fijo su existencia, ni el objetivo de su personalidad. Pues bien, ahora nos toca salir a la luz meridiana.

— Es que el maestro nunca ha tenido personalidad — asentó el subteniente Valencia, sonriéndose con humorismo.

— Logrará tenerla. — siguieron los demás.

— Todo estriba en que se produzca una acometividad, un sacudimiento consciente. — apuntó Ampuero. — Sabemos que los signos no mienten.

Godínez no le dejó terminar. Se había puesto al tanto en seguida.

— ¡ Un momento ! — exclamó — Estas cosas deben decirse casi en voz baja. Nosotros estamos andando como sobre el aire, por el tono que empleamos en nuestros asuntos de orden privado.

— Seamos un poco más hidalgos; — interrumpió Ampuero — hablemos de corazón a corazón. Nosotros los profesores hemos venido por ustedes, buscamos a los incógnitos que llegaron de Quito, claro que en reserva, por que, por circunstancias que sabréis más tarde, estamos también vigilados por todos lados. Y por esto, que nuestra primera intención fue llevarles aparte, muy aparte. Pensamos como ustedes en la revolución, la ansiamos como una necesidad orgánica. Solo que hasta aquí nos hemos movido solos. Es un caso insólito el nuestro. ¡ sí ! Nunca se ha visto al maestro de escuela en tareas de esta índole.

— ¡ Qué cosa ! ¿ Sospechan ustedes algo ? — preguntó Godínez, a tiempo que se acercaban al local mencionado.

— Seamos francos; — la cosa camina sobre ruedas — continuó Ampuero.

— No se crean. Estamos golpeando con ariete en

el muro de incomprensión de los nuestros. Y como ya no es posible ocultarles nada, se endurecen los ánimos. No contamos sino con los sargentos.

— Ya es algo. — dijo Bernúdez.

— ¡Cómo algo! ¿Y la gente de tropa? y ¿los demás oficiales de toda la República?

— En otra época, con dos o tres batallones se hubiera completado la obra. Ahora, nuestra obra abraza el presente y el futuro de la clase armada.

— ¿Y los viejos?

— Estamos segregándoles para el museo.

— Los maestros rutinarios seguirán igual camino — reanudó Ampuero. — Si hemos de ser veraces, vimos la actitud de ustedes y hemos cobrado valor. Templados los bríos en una lucha anónima, pero cruel, torturados en un ambiente secular, dentro de una especie de sitio, ahí vamos en pos de reconquistar nuestros ideales con las armas en la mano, a sernos posible. Tanto mejor si nos unimos con ustedes; sería una ayuda providencial la vuestra.

— Aunque para ellos tengamos que pensar mucho.

— No hay necesidad — interrumpió Ampuero. — Cuento con muchos jóvenes « líderes » de los gremios obreros; cuento con más de la tercera parte del Profesorado.

Entraron en el salón de reuniones. Era una casa particular signada con el número 218, situada por la calle 6 de Marzo y Clemente Ballén. A pocos pasos se oía el chasquido pungente del látigo del mozo conductor del carro urbano y tal cual vozaza bronca en la vecina taberna del barrio. En los húmedos corredores de la vetusta casa de caña, se divisaban trastos viejos enfilados, las tarimitas para aplanchar, barriles vacíos, sirviendo de asiento a las tinas de ropa puesta a lavar, alambradas y alambradas en el patio, entrecruzándose con los respectivos pingajos de ropa húmeda y traposerías, unos

cuantos tiestos de barro cocido con plantas a medio riego, y en el subsuelo del piso merodeaban gatos y lechuzas en persecución tenaz durante la noche.

Se hallaban reunidos profesores, obreros, tres o cuatro periodistas y muchos reporteros cesantes de los diarios locales, afiliados a la revolución.

Ampuero con el influjo de su palabra había logrado agruparlos, sin más objeto que el de conocer, por lo pronto, los problemas vitales del profesorado puestos sobre el tapete años atrás, bajo el criterio de tantas Juntas y Asociaciones de Profesores. La historia de estas instituciones venerables estaba a la vista. ¿Qué labor eficaz y beneficio se destacaba en resumen, en la bicoca de lustros y lustros de vida? Con ser que se había contado con el concurso de tantos y tantos elementos de propulsión, con montones de cuotas y contribuciones y un sin fin de facilidades, nada, absolutamente nada se hizo en bien del maestro, encerrado en el círculo dantesco de su condición mísera, nada por su educación cívica, por su carrera, por el reconocimiento de su personalidad. ¡Siempre el proletario, el hongo inútil en la escala de valores sociales! ¡Siempre el mendicante cobarde, el siervo de cualquiera, el delincuente típico controlado por autoridades burguesas, por el genízaro torpe, por el pazguato empleadillo de oficina, que detrás de la ventanilla le obligaba a ponerse en cuatro, a saludar al jefe «sombrero a la mano», según rezaba la advertencia en gruesos palotes en algunas Direcciones de Estudios, para conocimiento del público.

Apenas se sentaron, Ampuero hizo la presentación de estilo. Luego siguió la lectura del acta inaugural y de los acuerdos y manifiestos lanzados al público, por medio de la prensa, algunas opiniones particulares favorables y desfavorables con respecto al primitivo anhelo de compactarse y formar filas por la vía de confraternidad y solidarismo pacífico. Hasta entonces se había

gestionado por la dictadura del profesorado ecuatoriano, en orden a conseguir el reconocimiento de sus derechos y reclamos de sueldos, con vista de la terrible crisis económica de los preceptores de Tulcán, León, Bolívar, Los Ríos y Manabí.

Este primer paso de salvación, no había hallado eco. Por temor o pusilanimidad, muchos se negaban a la acción; antes bien se plegaban al denuncia velado. Y ¡cuántos se habían alzado al desprestigio de su suerte, desde el periódico y la hoja suelta, colmando de improprios el esfuerzo del Comité! Sin embargo, se notaba que la fuerza coactiva, en vez de flaquear del todo, cobraba proporciones insospechadas en Guayaquil mismo. Del pueblo de Samborondón un maestro desconocido envió bajo sobre una especie de declaración de principios concretada en trece o catorce puntos, en esta forma:

«1º. — El maestro primario es un ser social, opinante, dirimente y eminentemente funcional.

2º. — Como fuerza integral, como impulso directriz, no está sujeto a ninguna entidad individual o colectiva, que retarde, obstaculice o desvirtúe sus aspiraciones humanas. Su cometido no se reduce a una simple función educativa, sino a la intervención directa en el destino de los asociados y de la patria misma.

3º. — El maestro de escuela ha sido un paria; sus aptitudes han estado a merced del criterio caprichoso de extraños y egoístas: en adelante debe conseguir que sus servicios sean apreciados en su justo valor, mediante contratos especiales y sueldos progresivos, según el número y la calidad de aquellos.

4º. — Según ello, son insuficientes la existencia actual y funcionamiento de oficinas y demás dependencias escolares.

5º. — Establecimiento de la carrera profesional. Obligación inaplazable del maestro de colocarse bajo los

auspicios de su colectividad gremial dirigente, encargada de velar por su bienestar económico y altruístico.

6°. — El destino de la escuela primaria tiende a la correlación, rehabilitación y justicia sociales: por tanto, el maestro debe llevar a ella la cultura por base, la moral por lema y la especialización por título y recomendación.

7°. — El maestro de escuela debe socializarse; no hay otro medio de recobrar sus legítimos derechos, atribuciones y garantías. El que no lo hiciere, queda de hecho al margen de las posibles conquistas de la igualdad humana.

8°. — El maestro primario debe ser un factor de riqueza privada y general. Establecimiento de la Caja del maestro. Mas tarde, los gremios sindicalistas de maestros, crearán pensiones y auxilios para los inválidos, enfermos y retirados.

9°. — Supresión de escuelas particulares de toda índole. Todo centro de explotación o tráfico particular es un atentado contra el bienestar público.

10. — Ampliación de estudios primarios por medio de conferencias, misiones ilustrativas, intercambio de profesores, revisión de métodos, excursiones y viajes costeados por el Gobierno.

11. — Adopción de libros escolares de maestros ecuatorianos normalistas, con preferencia a los que hubiesen gastado mayor tiempo de servicios.

12. — Estudios escolares complementarios, una sola Universidad científica y varias universidades populares.»

Con esto se llenaba los fines prácticos de la enseñanza y educación, dejando en pie solo la profesión comercial, la industrial y la especialización, a fin de acabar con el proletariado profesional ecuatoriano.

Estupefactos, emocionados quedaron los dos oficiales con la lectura de esta declaración de principios. No era

una revelación, ni una obra factible en todas sus partes, dado el medio en que se debatía el maestro. Muchos considerarían como un aborto de mente enferma o inadap-tada al sistema educacional vigente; pero en el fondo equivalía nada menos que a una gran exhalación reivindicadora. Era nada menos que el suspiro milenarío escapado al través de tantos siglos, y por encima de etapas y etapas de vida conformista y pasiva por transeurrir.

— Ahora, señores — exclamó Ampuero — ya que hemos puesto al desnudo nuestra molesta obra, debemos acelerar el conflicto. Y digo el conflicto, porque estamos rodeados, antes de ahora, de enemigos....

— Poco sería; — dijo Bermúdez — de fieras en figura de hombres.

— Lo primero que tenemos entre manos es la huelga general de profesores — continuó con animación — Volvamos a provocarla. Y ¿por qué no? La intentamos en días pasados sin éxito y caímos de bruces en el ridículo. Se nos vino encima el huracanado repudio de turiferarios y mamones en comandita con Claudio Cascante. Ahora, con el apoyo de la juventud militar, sí, con el prestigio de su intervención idónea, salvemos al maestro ecuatoriano, aún contra su voluntad; no es un acto de rebelión, es un derecho humano, íntimamente ligado a nuestra condición de hombres. Hoy día la provoca el que tiene hambre, el que se ve postrado en el fango sin conmiseración, el que vive fuera de su órbita, y aún allí, es tratado a puntapiés, a salivazos....

— Quiero llamar la atención del señor Ampuero, Presidente del Comité. — replicó el teniente Godínez. — Bien está la actuación del noble profesorado en estos momentos de prueba; se han dado pasos decisivos con gran aplomo y acierto, y lo que es más, con lucidez e inteligencia; pero volver a la huelga sería prematuro. Más claro, cualquier paso ruidoso de ustedes entrabaría, si no es que echaría a perder, nuestra obra. Esperemos, se-

ñores. Tan cierto es que se malearía todo, que de esto mismo se deducirán delicadas imputaciones.

— ¡.....!

— ¡Vaya que sí! Acusaciones contra nosotros.

Ampuero inclinó el rostro, con gesto meditabundo y triste. Los demás clavaron sus miradas en él.

— La verdad que estamos solos — exclamó.

— ¡Solos no! — interrumpió Godínez. — La juventud militar desde ahora mira con aplauso la resurrección del maestro en la persona de este Comité. Estimamos — y nos ratificamos en ello, — que la revolución escolar debe estallar con la que estamos fraguando en el misterio, lentamente, gradualmente, porque así conviene. Unámonos. Obremos todos a una.

— Es que los minutos están contados. Si no aprovechamos en el curso de la presente semana de lo que nos depare la suerte, corremos el riesgo de fracasar del todo.

— No será tanto — dijo Godínez.

— Ni más ni menos. Hay un hombre funesto en Guayaquil, que mueve los acontecimientos con precisión. Es el eje de la política escolar.

— Cascante, decían ustedes.

— Sí, Cascante, dueño de un desdichado establecimiento de Instrucción Primaria, por cuya influencia o ingerencia el Gobierno ha tomado medidas extremas contra nosotros. De un momento a otro nos apresan de nuevo.

— ¡Y qué haríamos, en el caso de obrar sobre la marcha?

— Caer sobre él con medios agresivos, en último caso. La revolución debe incautarse inmediatamente del plantel y expulsar o separarlo violentamente. La primera plaza o fortaleza que caiga en poder del enemigo ocupante.

— Siempre conviene esperar. — concluyó Godínez.
— En cuanto a la huelga, rectifico mi opinión; hay que

provocarla en forma mañana o pasado, a más tardar. Nuestro concurso está pronto hasta allí.

Una ola de complacencia se extendió por el semblante de los preceptores y obreros. Inmediatamente se redactaron circulares, acuerdos y telegramas, a fin de que sin dilación respondieran todas las provincias.

— Hoy, por ejemplo, hay un dato revelador en «El Telégrafo». — signió Ampuero — Comunisan de Loja que el Director de Estudios, en vez de atender los reclamos de los Profesores, que no están pagados por cinco meses, los despidió llanísimamente, llenando sus cargos con abogados de tres al cuarto. En Guaranda sucedió cosa parecida. Tres o cuatro preceptores fueron lanzados a la calle por su intentona de pedir el migajo de pan ganado con dolor. En la provincia de León el Visitador Escolar sale por sus fueros, mientras, por otro lado, la meznada de fanáticos barre con el elemento laico. Los maestros del Tungurahua y del Chimborazo, hasta hace poco, se dejaban decapitar por agiotistas y traficantes de vales, expresamente prevalidos por las autoridades escolares, para descuartizar el renegrido sueldito. Y a todo esto, el Ministro pone oídos de mercader. Y como nadie es capaz de quejarse, de lanzar un bufido tremendo, en medio del silencio medioeval en que vivimos, pocos se dan cuenta de la prostitución de la política escolar.

— Confiamos en que saldréis bien del paso. — añadió el subteniente Valencia. — Comprendo que ya no es extemporáneo. Solo que la obra total está lejos. Nuestra misión incial apenas ha comprendido Quito y Guayaquil. Necesitamos crear resistencias, luego de armar voluntades en el último soldado.

— El maestro de escuela se complace en caminar a la vanguardia — exclamaron algunos obreros presentes. — Después vendremos nosotros en turbión. Lo difícil estaba en suscitar el conflicto. Este se ha presentado de suyo. Que cada cual cumpla su deber.

Los oficiales salieron fervorosísimos, abrazando a sus nuevos adalides.

Se reunirían cada noche en el mismo local a una hora adecuada, y en caso extremo, se colocarían al lado de los maestros, con sus buenos oficios ante las autoridades. Según las circunstancias, sortearían el peligro, hasta lograr unificar la acción en forma.

CAPITULO XX

PRIMERA INTENTONA DE HUELGA DE MAESTROS PRIMARIOS EN GUAYAQUIL

ERA a mediados de Abril. En todas las escuelas urbanas se notaba ese fervor único de ganar tiempo, en lo de comenzar las labores, encaramándose en los mejores puestos. Como siempre, ahí estaban los ahincos y los apuros sobrehumanos por dar cima a las necesidades del hombre, como ser orgánico, con unos cuantos atracos de preparación pedagógica, colocándose bajo el alero de la casona, situada en la calle Pedro Carbo. ¡Con que, bien quedaba alzar bandera negra, como se dice, al nuevo año escolar, impidiendo la apertura de clases!

El normalismo, en algún tanto, llevaba ganada la delantera. Por cierto, el que recién salía al mundo de la acción, con ardores nuevos y el soplo genésico de los primeros años. Los otros se habían sumado a la inercia habitual de la generalidad, concluyendo por adaptarse al rutinarismo y regustillo vulgar, que condenaron con tanto aplomo. Y todo porque trabajaban en la sombra, sin estímulo, sin otras aspiraciones que ver correr el lodazal de la vida dentro de un marco de incompreensión e indiferentismo. Arriba, negación de poderes. Abajo, inconsciencia de elementos congéneres. En el ambiente oficial, una torva emanación de cosas llevadas por el viento de la política hacia todas partes, sin un claro de sol por donde penetrara la acuciosa atención de un conductor de hombres, y en el conglomerado llano, gesticulaciones inmensas, una fatiga estéril de individuos en busca de una limosna de ideal, un aturdimiento,

de actividades, con la sensación espantosa de volver a empezar, de volver a querer lo mejor en lo peor, en medio de la pobreza, de tanta pobreza oculta, apenas extinguida con sollozos y claudicaciones vergonzosas.

Muy por la mañana los miembros del Comité distribuyeron en persona sendos manifiestos en son de provocar la huelga general en el Profesorado. Ampuero, Bermúdez y Facundo Aguilar asumieron la iniciativa de hablar uno a uno a los profesores de muchos planteles y presentar acto seguido un pliego de peticiones en la Dirección de Estudios. La cuestión era aprovechar todo el día domingo, a fin de que se suspendieran las tareas al día siguiente. Vasco y Carcelén se encaminaron con igual misión a Babahoyo, lo mismo que algunos otros, a Manabí y Chimborazo. Con unas semanas de trabajo se tenía fe en el éxito de la huelga. Hechas estas diligencias hasta muy entrado el domingo, resolvieron permanecer ocultos en espera de los sucesos.

Por la tarde, los periódicos vespertinos dieron cuenta del conflicto por producirse con tales papeles volantes, afilando el comentario burlón, y al mismo tiempo llamando la atención de las autoridades hacia el inmotivado alzapolvo de los profesores exaltados. Pronto comenzó a hervir el público en conversaciones acaloradas, deshaciendo figuras de cera con los dedos. Y la multitud empezó a expandirse por calles y plazas. Algo iba a ocurrir, cuando muchos se apostaban en las esquinas y mentideros con los papelitos en la mano. Por aquí y acullá se hablaba casi a empujones. Unos aplaudían con ardor el gesto de los profesores huelguistas; otros reproban el intento, no solo por la fecha inadecuada, sino por hallarlo inconsulto, frente a la atinada administración escolar del Guayas. ¡Qué desvergüenza! Y con un Director de Estudios que impulsaba como un barquito de papel la educación escolar! ¡Y todavía más,

sin consideraciones ni miramientos al señor Cascante y a su obra genial!

— Sagasta es un hombre de hierro — decían unos. — ¿Quién se le ha puesto por delante hasta la fecha? Un prototipo de Director de Estudios en toda la redondez de la tierra ecuatoriana. Planes, proyectos, obras materiales, reglamentos escolares en el decurso de quince años constituyen su mejor timbre de orgullo.

— ¡Sagasta! ¿Qué quién es Sagasta? — repetían otros — Bien comparado, concuerda con el hijo de Agripina y Tiberio. Déspota, torvo, autoritario, ningún profesor le debe nada, desde cuando Cincinato le puso frente a esa oficina de apagar maestros de escuela. El y Cascante se corresponden y se completan. ¡Que los avíen a puntapiés!

Naturalmente que esto no se repetía a voz callada, y también no faltaban quienes se disponían a coadyuvar el movimiento. Pero en los lugares apartados casi ni se comentaba; se paraba apenas la atención. ¡Una huelga de maestros! ¡Un rayo que los parta! ¿Desde dónde y desde cuándo venían con estas intentonas? ¡Pobrecitos! ¿Les harían caso o les tomarían en cuenta? ¡Siempre con la misma canturía para hacer rabiarse! Que no están atendidos, que se les ve morir de impotencia y miseria, que actúan en terreno abandonado. Ya no daba ni frío ni calor su situación. ¿Quién pensaba con interés en un elemento que seguía y seguía cediendo a la fatalidad, como seres irresolutos y quizá irresponsables?

Vino el lunes. ¿Funcionarían, no funcionarían los planteles, al inaugurarse el nuevo año escolar? Desde la madrugada ambulaban educandos y profesores en expectación incandescente. En efecto, surtió el golpe en algunas escuelas, que presentaban un aspecto teatral con sus puertas a medio cerrar y unos cuantos alumnos dispersos, que lanzaban pullas y dicharachos gruesos.

A veces se situaba a dos pasos del plantel el Director respectivo rodeado de unos cuantos granujas preguntones. A ratos asomaban antos y tranvías repletos de gente en pos de sus quehaceres, con aquesa frialdad pesada de los que poco les incumbe aplicar los ojos en el peligro del vecino.

Según avanzaban las horas, aumentaba la ansiedad, la oscura complejidad de algo que se avecinaba sin mucho ruido.

Cascante se puso en movimiento. Y ¿cómo no, si ardía la superficie del suelo en torno suyo y le obligaban a ponerse sobre seguro? Gran parte de la noche conferenció con las autoridades, extremando a voz en cuello resoluciones y colocando espías y buscones por los contornos.

Por lo visto, se consiguió la detención de algunos miembros del « Comité Revolucionario de Maestros ». Los encargados de ejecutar sus órdenes se sonreían interiormente, al considerar la calidad de los que motivaban el movimiento. Una carantoña rigorista de locos o faranduleros.

¿Quién había removido la situación? El maestro de escuela, el exhombre del pueblo, incapaz de resoluciones supremas. Sin embargo, se llevaron a cabo varias detenciones.

Se apeló a la violencia y crueldad en estos atentados. A empujones, sin escuchar razonamientos, ni con el debido permiso competente, fueron conducidos a rastras más de veinticinco preceptores. El escenario se descubría hostil y con visajes de tragedia en la calle 9 de Octubre, cerca del Colegio o escuela de Claudio Cascante. De allí entraban y salían agentes del orden público, personas de viso, profesores reaccionarios, temerosos de verse complicados en la asonada, curiosos, indiscretos, y una cáfila de aduladores que hablaban de disciplina escolar, de medios represivos, etc.,

indignados, por cierto, de semejante enormidad del siglo. ¡Qué crimen, qué horror! Así era como se infundía ejemplo en las nacientes generaciones? ¡El educacionista, el varón integérrimo de otros días, convertido en legionario, en agitador vulgar! ¡Oh tiempos aquellos! ¿Quién comprendía tamaño desbarajuste moral?

En tanto que desembocaba gente y mas gente en la plaza del Centenario, la Dirección de Estudios permanecía con las puertas cerradas. El tumulto arreciaba hasta a los mas apartados suburbios, y por la calle Pedro Carbo transitaban unos pocos. La causa o el motivo de semejante fenómeno se debía a que el funcionario inmortal se hallaba de paseo en Salinas. Tiempos de vacaciones. Pero quizá se había puesto sobre la marcha, enterado de lo que pasaba. Y entonces se toparía con que en las escuelas urbanas se cantaba la primera Internacional, y los escarneidos de la víspera exigían garantías, abriéndose campo y lugar para futuras reclamaciones en el año del Señor de 1924.

De súbito se vió un auto lujosísimo, con el escudo nacional en la portezuela, correr a todo viento por la calle Pedro Carbo; detúvose allí unos momentos y luego siguió por el «boulevard» 9 de Octubre hasta acampar, entre pitidos y bufidos, frente al Colegio de Internos «Orispín Rechupete». Salieron afuera el Gobernador de la Provincia, el Intendente, el Visitador Escolar del Guayas, un coronel, un comandante y el eximio padre conscripto de la niñez guayaquileña Claudio Cascante. La multitud se agolpó al rededor de los personajes. Hablaron durante unos momentos. Muchos ademanes de mando se adoptaron entre el Gobernador, Cascante y el Visitador Escolar.

Este, un hombre gordiflón y abotagado, andaba haciendo eses y golpeteando fuerte el suelo con sus zapatos sin suela de caucho. Decían que gozaba fama de orador público, hasta dizqué le escuchaban con inte-

rés, porque imprimía unos toques grandilocuentes a sus discursos. Gran patriota como el que mas, en su oratoria se daba a conocer tal cual era... A ser por él ya no hubiera existido un pillo ni un mal ciudadano en el Ecuador. Bolivariano hasta la médula del colodrillo, veces hubo que se igualó con Cascante, Nerón y los generadores de la idea bolivarista en la Capital, en lo de hacer contribuir a los demás y quedarse frescos con su invariable apego a sus centavazos.

El Gobernador era un gentilhomme, y por mas señas, exhibía un ~~de~~ ornamental en el apellido; el Intendente pasaba del estado civil al de los entorchados: debía ser un General de esos que se las tenía tiesas a las incorrecciones y diabluras de los adversos a su política. Solo que no sabía qué hacerse con aqueese remoquete zumbón, que aparecía en uno de los diarios locales: « Como en ciudad conquistada ».

El dilema correctivo se planteó en esta forma: previa la destitución irrevocable de los profesores levantiscos, se inició el auto cabeza de proceso contra Zabalón Ampuero, Facundo Aguilar, Raúl Bermúdez, Vicente Vasco, Felipe María Carcelén, Julio Ibarra, Luis Enrique Patiño, Samuel Aulestia y mas individuos comprometidos en la huelga. A los promotores se les condujo sin más formalidades a la reja, con la consigna de seguir a la Penitenciaría de Quito, y a los demás se les encerró en chirona, hasta segunda orden. Después se procedió a llenar los casilleros abandonados por los profesores auxiliares con genuflexos, comodines con mujeres excogitadas al azar y con unos cuantos universitarios de condición miseranda.

Ampuero anduvo más ligero que sus perseguidores. Previendo caer en sus manos, se dejó llevar de una lanchita con rumbo a las montañas de Balao. Sus pocos compañeros escogieron también su portante con iguales precauciones. Por el momento no quedaba

otro recurso. Y eso contando con la difícil facilidad de hallar a mano la vía expedita. Sin embargo, ¡quién lo había de creer! el Comité de Maestros siguió funcionando, por cierto, con poquísimos miembros y en varios lugares, sirviéndose de singulares estratagemas y contraseñas. Tuvieron pues que abandonar la ciudad y pedir asilo en Durán en el local de la Sociedad de Artesanos, hermanándose con éstos en sus trabajos y resoluciones, con una armonía de intereses y tendencias. Entonces se formalizaron los esfuerzos de obreros y profesores hacia un recurso de solidaridad suprema, en un momento dado. Se esperaba saber solo a ciencia cierta la actitud de los oficiales que concurrieron la antevíspera del conflicto. En cuyo caso, la revolución adquiriría múltiple aspecto, y no por lo que iba a desarrollarse únicamente en Guayaquil, sino por lo que estaba ocurriendo en las provincias con los profesores. Como nunca, estos fieles funcionarios de los Gobiernos y subgobiernos se compenetraron del cometido temerario de Ampuero y sus camaradas, condensado en proclamas, manifestos y protestas, de cuya difusión se encargaron con una persistencia admirable uno que otro adicto.

A estos documentos se añadieron los que circularon clandestinamente, concebidos en estos términos:

« ¡ MAESTRO DE ESCUELA, HA LLEGADO LA HORA DE TU REHABILITACION SOCIAL ! ¡ O TE CONCEDEN LO QUE TE PERTENECE: AUMENTO DE SUELDOS, ALIMENTOS, ASISTENCIA MÉDICA, ETC. O DESPIDES A TUS ALUMNOS EN MASA ! »

En uno de los pueblos de Cañar un maestro rural pidió en voz alta la revisión de métodos y sistemas de enseñanza. Otro profesor auxiliar del cantón Pelileo cerró las puertas de la escuela, al saber lo que ocurría en Guayaquil, pegando una tirilla de papel que decía:

« ¡ Basta de alimentar a tanto zángano con nuestros sueldos ! ¡ Cinco meses que el hambre y el hastío

dan buena cuenta de ciertos maestros, que hacen más que un Ministro de Instrucción Pública!

Otra cosa peor. Estos renglones gruesos se pegaron en el Palacio de Gobierno de Quito:

«Cooperativa, Sres., cooperativa moral necesitamos los maestros. ¿Hasta cuándo vivimos como parias? ¿Dónde les edificios escolares, la casa del Maestro, las escuelas granjas, largo tiempo planeadas en esos informes o informes anuales que se presentan al Congreso?»

Una mañana aparecieron carteles descomunales en las puertas de la Dirección del Guayas:

«¡Basta de imposturas y de palos de ciego! ¡Basta de palanqueos y juegos indignos entre bastidores! ¡Abajo los templos egipcios, como las Direcciones de Estudios y escuelas particulares. Fuego del cielo caerá sobre el andamiaje carcomido de la componenda oficial!»

¡Viva el maestro autónomo! ¡Viva la Dictadura Escolar!»

Cuando menos lo pensaban, en Guayaquil mismo salió a luz una hojita volante, que era distribuída con mucho sigilio a la entrada de los cines y de los templos:

«EL QUE TENGA OÍDOS QUE OIGA....

El Ecuador no tiene buenos maestros, porque siempre se ha restringido esta noble profesión a unos pobres diablos con título, recomendaciones y compadrazgos, hasta para dejarse alzar la camisa por sus capataces. En adelante, el maestro debe ser consciente, poseer extensa cultura y conocer sus atribuciones con que hacerse digno de un puesto de honor en la escala social. Solo así alcanzará los más culminantes cargos públicos y logrará imponer su programa de acción cívica en el país donde vive.

«¿Hasta cuándo hemos de ver con ambos ojos a tantos legos en la materia, encargados del problema

educacional? ¿Cómo se concibe que a los verdaderos maestros se les haya segregado un pudridero por campo de actividad? ¿Qué clase de fatalidad es esta que en lugar de pedagogos, ofician en el templo de Minerva hambrones civiles, arrierillos tocados con el traje de Pestalozzi o Juan de la Salle?

«Llegada es la hora de acabar con la chuzma presupuestívora! El Ministro de Instrucción debe ser un maestro; un Director de Estudios, maestro; maestro el Visitador Escolar; maestro, el que preside el banquete del Genio, siempre que se trate de cuestiones escolares y de alta incumbencia educacional; maestro en fin, el que salga a los campos, a las más hípidas pendientes con la santa y salutífera misión de sembrar la buena simiente en la conciencia imprecisa del aborígen; maestro el que predique la era futura a estos pueblos sumidos aún en la barbarie, como lo han sido, o han querido ser, José Vasconcelos, Gabriela Mistral y el semidiós y poeta bengalés Rabindranat Tagore. Y a eso vamos, a proclamar la existencia histórica del maestro de escuela, desde Tirteo hasta Sarmiento, para no alargarnos mucho. (*)

«Hasta el que no tiene el sentido auditivo ni el de la visión se dará perfecta cuenta de ello, cuando se vea rodeado por las recrudescencias flamíferas de la tea que llevamos en la diestra. ¡Ya estamos cerca!»

(*) «Llevemos el periódico y el libro al campo donde residen hombres fuertes, que serán dueños de la Nación y que regirán más tarde sus destinos.... Los que leemos debemos enseñar a leer; los que comemos el pan del alma — la lectura — debemos considerar a los que no lo han saboreado. La lectura facilitará a los rústicos el camino de la perfección intelectual y estimulará a los labradores para concurrir a las escuelas.

Las escuelas son la madre de los países conquistadores.

Un pueblo sin escuelas será conquistado tarde o temprano.

El periódico y los libros nos impelen a fundar escuelas».

(Joaquín Dicenta)

¿De dónde salió este cartel de desafío? ¿Cómo se logró aventarlo al rostro del ambiente cascantino, fortificado hasta no más? ¿Talvez Ampuero? ¿Desde dónde hacía sus disparos? ¿Algunos de sus camaradas ocultos en la ciudad?

No se cansaban los sabuesos de la Pesquiza en inquirir por el paradero misterioso del elemento insurgente.

De igual manera disponían Cascante y el Director de Estudios de leales servidores y adictos, afanados en urdir noticias y decires. El Visitador Escolar, en especial andaba la ceca y la meca desgastando su gordura. Soprettexto de inspeccionar las escuelas y abrir los cursos, sonsacaba la perplejidad y bobaliconería de los maestros actuantes, incondicionalistas obsecados, por no perder el palmito. Qué se decía, qué rumores había. Si alguno olió la presencia de Ampuero por alguna parte. Si alguna mala sombra se había divisado por ahí. En fin....

Maestros y maestritas, temblando como la hoja en el árbol, se pronunciaban en variadas ocurrencias, a veces paraban el oído presintiendo algo.

El temor, la inquietud por lo imprevisto, por lo vago e insólito dominaban en las esferas medias de la maestrescolía urbana, a pesar de que se hacía derroche de temeridad bravía, con tanto acuerdo, decreto y circular expedida, hasta los dominios del planeta Marte.

Uno de los acápites de la circular enviada por la Dirección de Estudios a todas las escuelas urbanas y rurales concluía así:

.... «Por tanto, en guarda de la disciplina escolar, todo maestro o maestra que fuere sorprendido con un papel en la mano, o que de alguna manera inclinarse su parecer a la causa obstruccionista que se pesquiza, será destituido de hecho y reducido a prisión.»

Por donde se ve, que sin más requisitorias, esta

oficina, especie de tribunal de Minos y Radamanto, gozaba de poderes omnímodos, tapando la boca a la autoridad de Policía. ¡Prisión inmediata, porque el maestro ejercía el derecho inmanente de pensar y opinar!

El Ministro de Instrucción, puesto en autos de lo que había ocurrido en Guayaquil, montó en cólera e impartió medidas severas contra los revoltosos, por medio de otra circular, contraída a conceder atribuciones extraordinarias a las Direcciones de Estudios de la República, en vista de los síntomas de rebeldía escolar «inecada por unos cuantos malos hijos de la Patria».

Hay que tener en cuenta que la chispa revolucionaria a medio apagar en Guayaquil, calentó un poquito el carácter deprimido de los profesores de la Sierra. Por desgracia, en vez de obedecer a un afán de unificación, la obra primigenia de Ampuero sufrió una falsa interpretación, sirviendo más bien de medio socorrido de inquinas, divisiones y malquerencias entre los de la misma causa. En lugar de romper el bloque de hielo de la incompreensión del vulgo y de la rutina oficial, acabando con peculados y desvergüenzas, los maestros se lanzaron a desacreditarse, en forma mísera y torpe.

La chismografía en el burgo y en la ciudad Preceptores llamados a comparecer en el término de la distancia «para responder a ciertos cargos». Y como consecuencia inmediata, destituciones a porrillo. Y de seguida un quidam aquí, otro quisque por allá, solicitando el cargo vacante. ¡Pocos gestos de dignidad profesional! ¡Poquísimas manifestaciones solidaristas a la gran causa del maestro! Y todavía en forma aislada, desde la sombra y sin una definida cristalización de principios doctrinarios. Era natural que sucediera así, desde luego que nadie pensara en una organización gremial, en hacerse fuerte, por medio de colectividades medianamente equipadas para la defensa o con un organismo compuesto siquiera de minorías actuantes, capa-

citadas, no solo para la protesta escrita, sino para algo decisivo. Así se hubiera logrado atenuar en algún tanto la aflictiva situación del proletariado escolar.

Por lo que, después de poco, el atisbo de rebeldía y emancipación iniciado en Guayaquil se dispó como por encanto en los reductos de la sierra.

En la costa de vez en vez estallaban petardos.

«El Intransigente», «El Proletario», La Tribuna del Pueblo» hicieron causa común algunos días con el movimiento. Artículos fogosos al principio, se contrajeron después a la información escueta. Los obreros parecían estar alerta, aunque más tiempo gastaban en discutirse razón y método en sus actuaciones. Holgaba el sentimiento de confraternidad, pero, vamos a ver, el pensamiento envolvente que fortifica un partido, predisponiendo a la lucha, no se divisó por ninguna parte.

En conclusión, que vino la época de machacar en el yunque. Los profesores adictos hallaron la ocasión calva de adiestrar a sus alumnos en el picadero, bien sabido que estaba asegurado el cocido, gracias a sus consabidas maniobras, por todo acierto.

CAPÍTULO XXI

UNA ASAMBLEA DE PROFESORES PACÍFICOS SIN MAYOR NOVEDAD, ENTRE TANTAS NOVEDADES POLÍTICAS

DOS semanas después de iniciados los cursos, hubo una convocatoria general de Profesores en la Dirección de Estudios. El objeto era por demás conocido: afrontar el peligro subsistente todavía. Por los comentarios y murmuraciones callejeras se venía en conocimiento que la labor de zapa de Ampuero y sus correligionarios no cejaba un punto.

El espíritu de selección alentaba en el profesorado normalista adicto a reformas radicales. Desde cualquier punto de vista, urgía extremar medidas violentas contra ello. Cascante presidió la reunión en nombre de los maestros, como director de la opinión oficial. Tenía en sus manos un papelote impreso. Diólo lectura de principio a fin, con voz bien calmada y sentenciosa. Miró en derredor suyo. La atención general recayó sobre él con una convergencia pudibunda, como Presidente de la Asamblea y archipámpano, que se sentaba ceremoniosamente. Era el tal documento una acta de adhesión de los profesores «leales» de Guayaquil, que ofrecían sostener el buen nombre del maestro y la buena marcha de la Institución, a despecho «de los punibles desmanes y perturbaciones de los detractores de la educación».

Al pie del manifiesto se enfilaban nombres y apellidos con sus respectivos cargos en los planteles.

Cascante se puso en pie y fue desmenuzando entre los dedos periódicos, hojas sueltas y más comprobantes de adhesión, propalados por todo el país por los que admiraban su obra secular. Habló muy despacio sobre

la persecución tenaz cernida contra él desde muchos meses atrás, haciendo hincapié en que en la empresa demoledora se turnaban profesores normalistas, que percibían sueldo del Gobierno.

— Hay que fijarse en esto.— observó enristrando el índice de la justicia hacia arriba — El normalista es un agente antagónico terrible. Visionario de la perversidad laica, maleará con el tiempo nuestros monumentos de educación religiosa.

Se levantó en esto un joven profesor, todo él encendido en enojosa sorpresa y dijo:

— Me admira el desplante del Director del Colegio de Internos «Crispín Rechupete», al afirmar que los normalistas somos agentes destructores, y me admira aún más que se pronuncie contra el laicismo dentro de un régimen liberal. Por lo que veo, razón sobrada tienen los que se han levantado contra este estado de cosas.

— ¡ Otro defensor de Ampuero y su meznada! — gritó Aguiñaga, quien en el largo curso de los incidentes pasados, se había mantenido punto en boca.

— ¿ Meznada dice usted a no pocos profesores, cuyos impulsos no dependen solo de su temperamento? Yo creo que hay una corriente de opinión que debemos respetar, señores míos. La dignificación del maestro de escuela en esta época. Con esta carne macerada por el sufrimiento, está por vaciarse su nueva personalidad.

— ¿ De modo que usted es enemigo de nuestra causa?

— ¿ Qué causa ni qué niño muerto ostentan aquí?

— ¡ Un adepto de Ampuero! ¡ Véanlo. ¡ Y esto pasará? ¡ Qué atrocidad! — exclamó Oascante, siguiéndose el alboroto consiguiente, entre chasquidos de boca, palmadas y golpes recios con la contera del bastón. Dómines de la calva brillante, que querían tomar la palabra, señoras, señoritas en actitud de lanzar denuestos al desconocido, toses, resoplidos nasales, removerse de

sillas y el chichisbeo túbido de opinantes y preopinantes sin aceptación ni notoriedad. En fin, el escenario estaba caldeado en tan poco tiempo.

El Director de Estudios aplicó el dedo al timbre de la mesa durante unos segundos y dijo:

— No nos hemos reunido aquí con el objeto de medir fuerzas torpes, ni para ostentar impulsos subversivos. La buena marcha de la Instrucción Primaria estriba en esto: barramos con los que hacen oposición al Gobierno desde su modesto escaño de educacionistas. Ya hemos pedido garantías.

— Sí, sí, garantías para nosotros — repitieron a una los de la Asamblea.

— Aquí no se trata de nada de eso — interrumpió el desconocido.

— ¡Que se calle! ¡Que salga de aquí! — gritaron en seguida.

— Puedo y debo hablar, porque tengo opinión —

— No tal.

— ¡Un momento, señores preceptores! — intervino el Director de Estudios. — Vamos a ver, que hable, ya se ha labrado su renuncia.

— No importa. Y aún más sé que me sucederá cosa peor. Con todo, debo manifestar mi modo de pensar acerca de nuestra situación. La depuración profesional se impone. Estamos en el deber de pasar una hoja de acero por la costra purulenta de los hombres mediocres. Ya no queremos valores negativos. Se han venido trasmitiendo hasta aquí muñecos en lugar de maestros, ídolos, por apóstoles del saber. Y no es que me proponga defender a los normalistas; lo que me afano en ratificar es que hacen falta hombres de la época, reformadores, iconoclastas, militantes con las ideas nuevas. Y luego, que obren y actúen los capaces, no los acomodaticios, los que acopian energía visual y talento, y no los expectorantes, los antiguos ayes príncipes y del-

fines corrompidos. Gerarquías nó, superioridades sí, como lo están efectuando hasta en la clase armada, tomando en cuenta, no solo el tiempo de servicios, sino la calidad de servicios. Sí señores, no me satisface saber con cuántos contamos, sino con cuáles. El vocablo QUIENES debe proscribirse ya en la clasificación que se prepara. Factores, no instrumentos, aún cuando tengamos que caminar al sacrificio final.

— Pero, ¿qué cosas dice usted, don Nadie?

— Acertado. No tengo nombre ampuloso, como el suyo, señor Cascante, y sin embargo....

— Y sin embargo hago el bien, sin contemplaciones egoístas ni distingos.

— Lo ha dicho usted un millón de veces.

La discusión iba agriándose poco a poco. Muchos se levantaron en actitud de marcharse. Otros pedían orden en la sala. El rumor fue acrescentando, hasta el punto de producirse el desconcierto final.

Entonces, el Director de Estudios tocó por última vez el timbre, levantándose todo él demudado y nervioso y optó por tomar el sombrero.

Se formaron grupos a la puerta.

Algunos avanzaron hasta la esquina de Clemente Ballén. Cascante tomó el auto que estaba esperándole, junto con tres o cuatro amigos suyos.

El teléfono de la oficina mencionada empezó a funcionar. Pasó un tranvía. El joven profesor de nuestra referencia trepóse en él y siguió adelante.

Oasi en seguida se adelantaron dos policías en dirección del tranvía que se perdió de vista. No lograron alcanzarlo y se dispersaron un poco más allá.

Adalberto Chávez, que no era otro el interpelado, con un gesto de viveza, se apeó del tranvía y tomó otro. En el trayecto sacó un libro de dibujos del bolsillo y se puso a examinarlos detenidamente.

Era un tipo de buen parecer, con cierta relación

fisonómica con Felician Rops, el gran mago de la pintura flamenca, cuyas obras admiraba en este momento. Chávez, profesor normalista, había leído mucho y leía con ahínco. Afiliado interiormente a la causa de Ampuero, cuando los sucesos de la proyectada huelga, no pudo hacerse presente, por hallarse gravemente enfermo. Ya cuando todo había pasado, se supo que el pobre muchacho idealista había huído. ¿A qué hacer pública su filiación, no siendo en el seno mismo de los retrógados? Vivía en una casita baja pintada de azul, con una verjita de bambú, cerca del barrio del Astillero. Una vez en salvo, se arrellanó en su gran hamaca de mocora, y entre vaivén y vaivén se destrenzaba su cabellera rebelde y descuidada, sirviendo de marco a su perfil de cara, de rasgos distinguidos, labios diminutos y barbilla hirsuta terminada en punta, de igual entronque que el de Felician Rops, que hemos mencionado.

¿Por qué amaba Chávez a este artista bandelariano? Decía que por la emoción trágica de su obra, por el dolor grotesco, sensual y paradójico de sus mejores engendros. «Obras de verdadera pesadilla erótica — dijo un crítico — «Es algo más que todo eso: la representación universal, intensa, hasta rayar en el frenesí expresivo, aunque trazado con pulso fuerte y sereno de uno de los muchos y espantables perfiles del demonio de la perversidad» «LA GRAN LIRA», «EL ROBO Y LA PROSTITUCION DOMINAN EL MUNDO», «MESALINA» etc., visiones o exaltaciones de un temperamento patético, al igual que humano, porque tiendo más a la realidad que sufrimos, que esguazamos doloridos.» Esto le servía de delectación morbosa. Él, que hacía un momento estaba sirviendo de víctima de sus compañeros de aulas, empezó a darse cuenta de su culto a la obra de Rops.

«LE VOL ET LA PROSTITUTION DOMINENT LE MONDE». Ciertó. No son los buenos ni los bien intencionados quienes tienen sitio propio — se dijo — Los maleantes

cuentan aranzadas de tierra laborable, aunque no muevan una mano. ¿Qué más verdad histórica? Cansante, este «demonio de la perversidad» y con él los que en el Ecuador se mantienen a costa de su progreso imposible, he ahí la figura de un Rops, que conociera nuestra realidad. Aquí no cabe sino una cosa. O claudicar para ellos, o salir en busca de Ampuero. Y es que ya vendrán por mí, si tardo un poco.

En efecto, corrió las puertas de su habitación y salió sin rumbo, sin más refacción que unos tragos de agua, al poner pie afuera.

Había caminado unas cuantas cuadras, cuando fue detenido por un militar joven, de alegre y lozana catadura. Chávez sintió un escozor desconocido por el momento.

— ¿Me dispensará usted el honor de seguirle en este auto?

— Con mucho gusto.

El auto estuvo muy cerca. Signieron por la calle Rocafuerte.

— De seguro que usted ha sufrido un susto — dijo el oficial, frotándose las manos con una sonrisita muy melosa.

— Me supuse que me había tocado el turno. Dígame, ¿a quién tengo el honor de ofrecer mis respetos?

— El teniente Godínez, amigo de los del Comité de maestros.

— Yo no pertenezco a ese Comité.

— Pero entonces....

— Es lo mismo, si usted me permite. Por ajenas circunstancias no me he adherido desde el principio.

— Pero siente como ellos.

— De corazón. Mas, dígame una cosa, ¿cómo sabía usted de mi existencia?

— Es que ahora se hila muy fino, amigo mío, en orden a cambiar todo. Oreo que algo lo sospechará

usted. De modo que, en nuestro afán de compactar filas, buscamos hombres en las mismas entrañas de la tierra. Además, que me lo indicaron a usted con preferencia por su actitud levantada en la sesión última del cuerpo de profesores. Sé que usted se opuso de plano a las imposiciones de un tal Cascante, quien dizqué mueve la situación a su antojo.

— Todo es verdad. Por desgracia, ya fracasaron los planes de implantar una reforma radical en la enseñanza. Ampuero permanece oculto.

— A propósito, he recibido una carta anónima; pero es de él, no hay duda. Oree a pie juntillas que es cosa fácil emprender un ataque campal, sin contar con lo necesario.

Chávez tomó de manos del oficial la referida carta. Con atención desorbitada se puso a leerla. Estaba fechada en una hacienda de la provincia de «Los Ríos», y no, como se creyó al principio, en uno de los rincones de Balao.

¡Guarumal! A unas pocas millas de distancia. Entonces no era muy arduo entenderse en persona con él, o esperarlo en el instante preciso, con solo aguardarlo en el muelle Colón. Bueno. Y ¿qué había que hacer?... .

— Teniente Godínez, este muchacho es un héroe; aprovechémoslo — añadió fogosamente Chávez.

— Es lo que me he dicho yo, apenas lo conocí. Lo que sucede que es muy precipitado; ya lo ha visto usted en su carta. La empresa es de todo punto imposible, y hasta infantil.... Ciertamente que la unificación sería estupenda. Vamos sobre las oportunidades como sobre un mar pacífico; pero nos falta casi todo: adhesiones....

— ¿Y los obreros y los maestros?

— No es suficiente. Escuche. Nuestra campaña de selección y compactación armada en toda la Repú-

blica no está terminada. Contamos apenas con unas docenas de oficiales.

— Habría que ir por partes.

— Ni por pienso. Eso conduciría a la disgregación prematura o a la claudicación, al menor embate fatal. Lo que ha sucedido siempre: comenzar bien y luego....; pues no señor, el procedimiento debe ser más concluyente, más audaz. Llamar a todos o a la generalidad.

— Duraría un siglo.

— ¡.....!

— En cuyo caso, abren un foso para nosotros.

— No lo crea. Será cosa de un mes o dos. Estamos trabajando día y noche. Queremos a todo trance evitar un golpe en falso. Póngase al habla con Ampuero y los suyos y convénzales que su labor es muy anticipada.

— Yo también veo lo mismo. Cuando la intentona del paro, no contábamos ni con veinte bien dispuestos.

— Entendido que siempre se debe mantener el conflicto. ¡Claro! Así nos dan tiempo.

— Se van serenando los días.

— Procuren sostener la zozobra.

— ¿Y de qué manera? ¿Solos?

— Y ¿los demás?

— No queda uno.

— Pues.... usted, hasta que se sepa algo de Ampuero.

— Ampuero cometerá cosas mayores. Me han contado que es todo un carácter.

Se hallaban cerca de la plaza de Rocafuerte. Sin sentir habían caminado gran trecho, despreocupados de extraños. Sonaron las cinco de la tarde. Después, en el diafragma del aire tibio vibraban aires marciales, con esa expresión épica de clarinada triunfal, presidiendo el irrumpir de entusiasmos y generalas lejanas frente a esas huestes enemigas. La imaginación poética de

Chávez tuvo esta clase de revuelos fantásticos, y entreviendo la intención de Godínez de retirarse, le dijo:

— Con que quedamos....

— En ponernos de acuerdo a diario. Véase con Ampuero; es indispensable que él sepa contenerse, sin abandonar por eso el vivac.

Se estrecharon las manos con efusión para separarse. Chávez se acercó a la Oficina de Correos. Una carta. ¡Ah sí! La esperaba. No era carta, sino un sobre de oficio.

El Consejo Escolar reunido en sesión había tenido a bien «cancelarle el nombramiento de profesor.... por ciertos actos de indisciplina en público».

— Está bien. — concluyó Chávez. Ya deben estar satisfechos. Ahora veamos esta otra.

Abrió el sobre con temblor nervioso de curiosidad. — «Amigo Chávez: No lo conozco, pero sé que es Ud. capaz de hacer llover fuego del cielo. Estuvo bien su actitud admirable el día aquel de esa tal Asamblea de dómines. Ahora pues, ya se ha puesto la mecha en las paredes laterales del edificio; no tema y espéreme. Espéreme, se lo suplico, hasta pasada la media noche en uno de los bancos del parque de los próceres. Allí, allí. Ud. es valiente y lo soy yo, como me verá, si me acompaña unos pocos minutos.

Ignoro si mis camaradas estén en camino, llamados por mí. No pasarán de diez. Es lo de menos, si se han de poner a temblar, como los jóvenes oficiales que están esperando que se atempore la cosa, sonría Júpiter Tonante y los moros salgan de Granada, con su propia voluntad.

Nuestra empresa se contrae a dos personas; basta. Lo demás vendrá de por sí, no lo dude.

Repítale, en el lugar citado. Hasta vernos.

Su más decidido compañero,

AMPUERO»

Chávez con la carta en la mano miraba por doquier alelado, zumbándole los oídos. Se figuraba que los que pasaban junto a él le exigían cuentas sin dilación, metiéndole las manos en los bolsillos. Abría y cerraba la carta, presa de exasperante inquietud y de una mezcla de alegría o incertidumbre. ¿Qué cosa le proponía Ampuero? ¿A qué venían a Guayaquil a tales horas? ¿Se resolvería quizá enrolarse en el ejército, con el premeditado intento de cruzar ideas con los oficiales? Esto no podía ser, ya que se demostraba pesimista y agriado con su manera de obrar.

En resumen, nada pudo sacar en limpio de la carta de Zabulón Ampuero, y en estas y en las otras consideraciones referentes a su situación, cruzáronle por la mente ideas funestas sobrecargadas de tragedia, aunque, a la verdad, tuvo la fuerza suficiente para rechazarlas. Y se olvidó de sí mismo, dejándose estar en uno a modo de sopor, turbado, duro a los movimientos del alma que llora en silencio, sin que se humedezcan los ojos.

CAPITULO XXII

EL GRAN DIA DE LA IRA.—ESTALLIDO SOBRE LA ESFERA
DEL MUNDO. — DERROCAMIENTO Y CAIDA DE LA
OBRA DE OLAUDIO CASCANTE

CHAVEZ se dió a la tarea ingrata de esperar sin esperar nada. Muchas veces se lanzó a la calle sin destino en busca de aventuras inverosímiles. Recorrió calles y calles. En ciertas horas de la mañana y de la tarde se puso a observar el desfile inconexo de niños y niñas que salían de las aulas con sus vestidos cortos, luciendo monerías y ocurrencias con los compañeros de grado, que hablaban de sus desplantes con los profesores, de las primeras lecciones y deberes con gran inusitado interés escuchados, del carácter que iba a imprimirse a la enseñanza; pero con más delectación, de los amiguitos, de los apuros en que pondrían a los papás, si querían llenar ciertas exigencias en aquello de presentarse con decencia en público.

— En este año se verán cosas nuevas — dijo uno de los granujas — El Sr. Cascante ha ofrecido un programita muy interesante para celebrar la efemérides de Mayo.

— ¿De veras?

— Ya está preparando el terreno en donde tendrá lugar el simulacro de la gloriosa batalla. Solo que hoy, como nunca, le acomete no sé qué temor. Se siente enfermo, y como digo, teme no sé qué. Yo reemplazo a veces al bedel.

— ¿De qué grado eres tú?

— Del octavo grado. Seguramente hago más que los profesores.

— ¿Cómo así? ¿Son nulos?

— No por esta circunstancia tan solo Nosotros vamos sobre ellos, imponemos nuestro programa ...

— ¿Es posible?

— Según una costumbre establecida en este plantel.

— ¡Dichosos ustedes!

— Así marcha ello....

Se perdieron en la callejuela los pequeños interlocutores.

Ohávez tuvo un presentimiento. No alcanzando a desdibujarlo en su magín apuró los pasos con dirección a su cuarto.

Los niños aquellos hablaban ya del nuevo programa de festejos patrios. Cascante y Ampuero, personajes y cosas que cabalgaban perfectamente asociados y que le hacían pensar en algo confuso, indefinido, pero terrible. ¿Ampuero se interpondría en tales o cuales intentos de exhibicionismo estudiado? ¿Qué medios adoptaría? ¿Lograría obrar a sus anchas, sin caer en manos de sus enemigos? ¿Cómo sería ese enfrentamiento decisivo, formidable, concluyente?

En medio de estas divagaciones anduvo más de dos horas. Vió pasar indiferente la riada de trabajadores de las obras en construcción, a los cargadores del muelle con sus trapejos al hombro y sus sombreros alicortos, bien ceñidos los lomos; vió también a esas buenas gentes de los suburbios con sus atados de comestibles en espera del tranvía o del carro de mulas, al voceador o «canillita», dando traspies por los barrizales con su cartapacio plegado, con dos o tres periódicos sobrantes. El pitido ensordecedor de fábricas, lanchas y vaporeitos le despertó a la realidad.

Buscó una fonda de asiáticos más a mano y pidió algo.

Un individuo, no muy bien trajeado leía «El Guante» con voz cascada y entre silabeos tortuosos:

«Los diarios capitalinos disentan editorialmente acerca del conflicto ferroviario. De un asunto pasado de moda vuelven a acordarse, en vista de las añagazas de los señores Dobbie y Simonds, empeñados en considerar la obra de las reparaciones de posible hechura en el perentorio término de días, con solo contar con los materiales necesarios, servicios y más facilidades de parte del Gobierno. Nada más que con el costo de trescientos mil sueres depositados en manos de dichos señores, tendremos ferrocarril. ¿Quién adivina el busilis?

Ayer nadie quería hacerse cargo del desastre por ningún precio; ahora se va a realizar un milagro, gracias a los dos caballeros mencionados de no muy vieja recordación en los anales de la Compañía del Ferrocarril del Sur. Medítese en los secretos de ciertos hombres y de ciertas empresas entronizadas como forónculos en el país».

Más abajo decía el mismo acucioso corresponsal: «Ahora preocupa más la fracasada huelga de Preceptores que la política misma. De esto se habla con algún interés, señal de que no ha pasado inadvertido el movimiento. Se habla más sí, que de los ascensos militares y de una mar de aspiraciones y pespuntos acomodaticios de los oficiales, erigidos en regeneradores de su clase. Un artículo firmado por un tal Luis Lara se parece más bien manifiesto político que otra cosa. ¿Qué dirá a esto Richelieu? ¿Cómo cerrará el Gobierno con los huelguistas y aspirantistas que asientan duro la bota herrada en el sumiso pavimento del Palacio? En cuanto a Zabulón Ampuero cabecilla de los sediciosos, está al caer en manos de la Justicia».

Chávez alzó la cabeza con atención. Pagó su cuenta y salió precipitadamente. Aplazóse regresar a su cuarto, antes de fijar bien sus ideas.

— Precisamente hoy llega Ampuero — se dijo —
¿No será que me lo traen a buen recaudo? y ¿yo estoy

aquí desafiando el temporal fuera de la resaca? Pues vamos allá.

En la calle del Malecón se detuvo a mirar las embarcaciones viajeras que entraban y salían. En la pizarra de la Capitanía se anunciaba la llegada de tres vapores provenientes de Babahoyo y Samborondón. Ampuero vendría a deshora y en una cáscara de nuez, si fuere posible.

Después de revolver recuerdos y concatenaciones de recuerdos, Ohávez se encaminó al lugar de cita preferido por el prófugo. Lentas y acompasadas pasaron las horas. Abrió el libro que llevaba desde el día anterior. No avanzaba una línea en la lectura. Era «La Adorada» de René de Maizeroy. Ojeó al azar y halló lo siguiente: «La amo desde la cabeza hasta el corazón, y desde éste hasta sus menudos pies. Y quiero ahogarme en este amor, volver a gustar las primeras delicias, la dicha antigua—todo lo antaño—como si no hubiera ocurrido ese drama entre ella y yo. No seré celoso. Arrancaré este gérmen de locura, que me espanta. Viajaremos, volveremos, como en peregrinación, en busca de los sitios, donde el tiempo ha transcurrido demasiado de prisa, donde aprendimos a amar. Y la rodearé de tanto amor, de caricias tan entrañables, que volverá a adorarme como antes, y no se acordará de nada.... de nada».

—A ese grado llegan los que aman, los que pueden amar, — exclamó angustiado — yo no puedo. Creo que ha pasado mi tiempo. Y por otra parte, esas pasiones al desnudo tuvieron su época. Ahora ya no hay Martas ni Dama de las Camelias.

Y un poco más adelante de la novela se encontró con algo que le concernía a su estado de ánimo: «¿Por qué no nací pobre y miserable en una de esas humildes casas de campo, donde los hombres trabajan todo el día sobre la gleba ejecutando como los bueyes, en idénticas fechas, iguales faenas y que acostumbra-

dos a arrastrar el arado, siguen el surco con lento paso, en medio de bandadas de pájaros voraces? ¿Por qué no soy como esos hombres que limitan el horizonte de sus pensamientos eternamente iguales, a los techos de paja, que un penacho de humo corona, a las colinas que ondulan a lo lejos, a los campos que cultivan, siembran y riegan de generación en generación? ¿Por qué no he tenido la suerte de ser un campesino rudo e inculto, sin más pasión que la de la tierra? En la época en que se juntan los animales entre las altas hierbas o en los bosques profundos, hubiera calmado mi sed de amor en los hermosos labios de una robusta zagalona, que tras una galantería apasionada, se hubiera arrojado al suelo detrás de un vallado florido, y cada noche, una vez terminada la faena, hubiéramos vuelto a contarnos amores sobre la paja de los graneros. Y más adelante, cuando los padres ya rendidos por el trabajo, se hubiesen sentado en la solana a calentarse al tibio sol o junto a las cenizas del hogar que el rescaldo anima, habría puesto el anillo nupcial en los callosos dedos de una hermosa zagala, que trajera en dote algunas fanegas de vides o de trigo, con ancha y fecunda ijada, robustos brazos y manos hábiles para ordeñar la vaca y colgar la olla en los llares que el ollín pavona. Así hubieran pasado los años tranquilos, las dichas monótonas y los sueños sin pesadillas. De este modo, hubiera vivido, sin conocer el amor, ese amor que se incrusta en el cerebro, en el corazón y los riñones, absorbiendo todas las fuerzas, toda la voluntad, toda la inteligencia de un hombre, como absorbe un río un desierto de arena».

—Así me absorbe la condición general de los hombres; así vamos unos cuantos locos por el mundo — repitióse — lanzando al aire idealismos y esperanzas, que nadie recoge. Cogidos por el cuello de la fatalidad, el egoísmo se ceba en nosotros: en cambio, tenemos

el valor de renunciar hasta la vida por un puñado de dicha ajena.

Poco a poco se iba despejando el inmenso paseo del Centenario. Se habían sucedido escenas enloquecedoras durante los pocos instantes de animación popular, con motivo de la retreta de costumbre. ¡Cuántos vocablos cadenciosos pronunciados al oído! ¡Cuántos abandonos de alma, después de juramentos y promesas arrancadas con monosílabos gimientes! ¡Luces de ojos adorables, coqueterías, mimos del amor que hace pirnetas en las muchachitas de melena corta y medio cuerpo desnudo! ¡Burlas, tarareos del «couplet» de moda, risitas, besos perfumados, escapatorias por la sombra del parque, dulce promiscuidad de conocerse, de hablar y reír, de dejarse llevar por la diestra del que pronto hará su primera declaración, ¡oh, cuánto había caído en el corazón de Ohávez, haciéndole crujir de angustia, de esa angustia impotente, de los que no han gozado nunca!

— «¡El último para el domingo!» — gritaban por ahí.

— ¡Cómo! ¿es que tendré que esperar dos o tres horas más?

Se levantó aburrido en busca de otro asiento.

Militares, civiles en grupos compactos conversaban sentados aquí y allá. Y de rato en rato el silbido del sereno y el crepitar intermitente del tranvía por la enrieladura.

Un transeúnte que al pasar lanzaba miradas de aguda curiosidad. En aquellos minutos midió la estatura de muchos, haciendo conjeturas sumamente contradictorias, sepultándose en una ardorosa tortura de componer y destruir la facha, el continente y el modo de presentarse del camarada desconocido a quien aguardaba.

Osciló su pensamiento en derredor de sucedidos, escenas y contingencias inasibles, oscurecido, por consiguiente, por una duda tenaz, irrefragable:

—Y ¿si no viniera? Y ¿si viniera? Y cuando nos veamos, ¿a qué lance de honor me invitará, en el

que pueda portarme con ecuanimidad? Y ¿quién me dice que no vamos a cometer talvez un crimen? ¡Ah, no! ¡No me presto, ni me prestaré de ningún modo!

Se calló. La columna de los próceres proyectaba su enorme sombra a través del pavimento. A ¿qué seguir más allá de las complicidades de los hombres que abogan por una buena causa? ¡Cuántos benefactores humanos tuvieron que emplear medios crueles, con tal de sacar adelante una gran verdad o en defensa del bien oprimido y escarnecido!

Volvió la mirada a un lado y notó la presencia de un individuo alto de estatura, que con cierta cautela se sentó a poca distancia. Miróle con avidez extraña, y a poco cambiáronse un gesto de comprensión. Al fin, el desconocido se encaró bruscamente con estas palabras:

— ¿Verdad que usted me esperaba? Soy Zabulón Ampuero.

— Ni mas ni menos; aquí me tiene usted a sus órdenes. Adalberto Ohávez.

— Perfectamente. Le diré que aún no era la hora convenida; pero no valía la pena gastar más tiempo en balde. Tenemos mucho que hablar.

— Y ¿si nos sospechan?

— Demos unas cuantas vueltas; es más cómodo.

A la luz de los focos eléctricos Ohávez pudo fijarse en la figura de su nuevo confidente. Suelto de movimiento, nervioso al parecer, hablaba con aplomo, acompañando la acción a la palabra. Frisaría con los treinta años. Frente despejada, rostro enjuto, moreno, sin denunciar más que el sesgo de la ironía en sus labios abultados, llevaba el bigote a medio rasurar, siguiendo el gusto del día. Conversaba con elegancia, y al primer impulso se enfervorizaba hasta la iracundia. De ahí que se inclinaba fácilmente a los extremos más inabordable, sin dar tiempo a la reflexión.

Se detuvo repentinamente y dijo:

— He venido resuelto a jugarle la vida o la muerte. Mire usted.

Y al decir esto, sacó una pistola del bolsillo del chaleco.

— ¿Qué actitud es la suya en estos momentos? — preguntó con sorpresiva sospecha Adalberto Chávez.

— Defenderme con esta arma, nada más. Por cierto, que mi primera acometida va directamente contra una ciudad entera.

— ¿Acometida dice usted?

— Ataque o acometida, tanto suena. Lo que necesito es su cooperación inmediata.

— Y ¿contra quién, o contra quiénes vamos? Porque todavía no se me pone al corriente de nada.

— Me parece que usted conoce la historia de estos días, amigo mío. Los profesores guayaquileños iniciaron la primera huelga en el Ecuador. Faltó el apoyo necesario en el momento preciso. Los militares que al principio se mostraron adictos y entusiastas, a lo más se manifiestan optimistas con el futuro por hacerse. Alegan que no están preparados, que faltan hombres, que en las honduras en que se encuentran los ecuatorianos, el puesto de vanguardia de un maestro de escuela equivaldría a cero. Los demás profesores por cobardía, por el instinto de conveniencia o necesidad orgánica, se redujeron a la obediencia. No pasarán de veinte los que permanecen ocultos. Cascante — usted sabe quién es Cascante — está en pie con su obra. Este hombre está alzándose día a día en el concepto y en la conciencia de todos como un astro mayor, único, indiscutible. Luego ¿que nos queda?

— Combatirlo a sol y a sombra.

— Precisamente a eso vengo, a tomarlo por la cerviz....

— ¿A matarlo talvez?

— No se sacaría nada. Además, sería un crimen

vulgar, y yo nunca, pero nunca, llegaría a la vulgaridad, que es peor que la deshonra.

— ¡Peor que la deshonra....!

— El dilema debe ser más avanzado.

— El teniente Godínez me dijo anteayer....

— A ver, ¿qué dijo? Mucha cachaza demuestra el elemento militar, sabiendo que estamos entre la espada y la pared.

— Dijo pues que era indispensable mantener el conflicto o suscitarlo, por cualquier recurso.

— Es lo que digo yo. O nos secundan de una vez, o se va acelerando el momento terrible. Pero Cascante debe caer.

— Y ¿cómo?

— Estamos en esa disyuntiva. Por lo que de mí depende, ya tengo la solución hace tiempo.

— Y ¿cómo sería ello?

— Sigamos.

Ohávez flotaba como un pedazo de corcho en la más ardua de las incertidumbres. No atinaba, al fin, a qué clase de vórtice sin fondo lo empujaban. Había oído decir que en semanas anteriores se hizo uso en demasía de la propaganda y el descrédito en contra de la obra de Cascante; que se había puesto, por un momento, en un hilillo semejante empresa educacional; pero que se operó muy pronto una increíble reacción en el ánimo del ínclito pedagogo, con el incondicional apoyo del Gobierno y del Director de Estudios, luego no quedaba ni el menor recurso de ofensiva eficaz.

— En los tiempos antiguos y aún en los presentes, —cambiando el sistema— se recurría al fuego, cuando se quería extirpar algo que estaba demás. —dijo con tono solemne.

— ¡.....!

— Templos, ciudades, mansiones de funesto arraigo en la civilización eran entregadas a las llamas. ¿Por

qué no podemos hacer lo mismo con la pagoda de nuestro héroe?

— ¿Es posible? ¡qué horror!

— ¡A la obra! ¡a la obra! ¡qué! ¿teme usted?

— Temo las consecuencias....

— El bien y el mal dan lugar a consecuencias inevitables. Son leyes sociales que se cumplen tarde o temprano, nada más.

— Y ¿no pára usted mientes en las víctimas?

— No habrá víctimas, se lo aseguro. Se tomarán precauciones oportunísimas, las mismas de siempre.... Pero cortamos las extremidades superiores del hombre y aligeramos la revolución política, tal cual se prepara en el Ecuador ¿no es verdad?

— De todos modos, a mí me repugna esto. Busquemos un hombre adecuado.

— Lo haré solo. No quiero de usted sino que observe y oiga.

Ampuero avanzó decididamente y se perdió en el cortinaje bañado de sombra y luz por uno de los arriates del «boulevard» 9 de Octubre, en donde se levantaba un cuartel de infantería.

Chávez tuvo que seguirle los pasos a su pesar. Después reflexionó con más calma sobre la inminencia de la hora y el arranque heroico de su compañero y se confió al destino.

Ampuero se arriscó el sombrero, al llegar a la esquina prefijada. Un vienteillo burlón trazó su espiral en su delante, mientras Chávez se iba aproximando también, más febril que animado a obrar.

— ¿Está usted dispuesto? — preguntó Ampuero.

— Como los que quemaron el templo de Diana en Efeso — respondió Chávez con entereza.

Ampuero sonrió con la ocurrencia.

Estudiaron el lugar con calma. Recorrieron el largo trecho que medía la manzana en peligro, y vieron que

no sufriría el vecindario ningún perjuicio, y más, si el Cuerpo de Bomberos acudía a tiempo.

El edificio del canónigo Torrejas donde funcionaba el famoso plantel de Cascante se destacaba en la semioscuridad con sus persianas herméticamente cerradas, imponente, severo, con su frontis atestado de rótulos y letreros y tres o cuatro astas de banderas apuntaladas al aire.

Los autos de plaza iban escaseando. Ni un transeúnte. De rato en rato, el silbío discordante de los agentes de Policía a unas cuantas cuadras lejos del reguero de sombra donde estaban.

Ampuero se detuvo unos minutos indeciso y pensativo. Esperaba. ¿A quién esperaba?

Ohávez, a indicación suya, inició su cometido de inspección por los cuatro costados de la manzana, escurriéndose por los cercados de bambú coronados de planchas de zinc, que se alargaban por la calleja de atrás.

Ampuero se puso a buscar a tientas. Por ahí encontró el combustible preparado de antemano: cuatro o cinco mechones de trapo humedecidos en querosene. Los colocó en varios puntos en el subsuelo del edificio, a fin de que los primeros effluvios se resguardasen del viento de afuera.

Sin más demora que lanzar un silbido muy tenue como única señal, prendió los mechones y esperó ecuánime unos momentos.

Inmediatamente el fuego ganó vorazmente los intersticios de los pisos bajos. Todo el mundo dormía el sueño de los justos. Ohávez, al darse cuenta, empezó a dar diente con diente. Silbó él también a su compañero, como advirtiéndole que ya era tiempo de huir a la descampada, a merced de la complicidad nocturna. Pero Ampuero no se movía de su puesto.

De súbito estalló un grito estridente. Luego siguieron otros y otros. Abrieron las persianas en un

momento dado, comenzando el desconcierto, el pánico entre los internos del plantel. Mujeres, muchachos de servicio y el mismo Cascante echó pie a tierra, estuporoso, tonto, a medio vestir. Bajaban y subían escaleras, gritando a todo pulmón, en tanto que la densa sábana de humo y llamas seguía incontenible invadiendo todo el cuerpo del edificio. Sonó un petardo, luego dos, tres. El auxilio del Cuerpo contra Incendios llegó a la vez que la gran marejada de gente, devorando distancias, con más el exabrupto correr de camiones y autos vociferando el flagelo a los distintos cuarteles.

— Se quema el cuartel del batallón «Marañón» — decían unos.

— No es por ahí, sino por el barrio de las Peñas. ¡El Cine....! ¡El Cine....!

— No tal. Es el Colegio de Internos «Crispín Rechupete». La historia se repite después de ocho años. Por sus cuatro extremos lo han prendido fuego, como lo hicieron con el Palacio de la Gobernación en 1917.

Se intentó la obra de salvamento. Siete Compañías contra el siniestro rodearon el plantel con una estrategia tal que en los primeros momentos lograron extinguir en parte las rabiosas embestidas del voraz elemento. Pero todo fue en vano.

Por más que arrojaban agua y agua a mares las ba-laustradas ardientes empavezadas con las sedientas llamaradas en irreductible recrudesencia, se desprendían al suelo con estruendo. Siguieron derrocando postes, pilares y más trozos humeantes. De cuando en cuando se levantaban con una detonación extraña, planchas de zinc, objetos fofos, que contenían alguna materia inflamable.

Los pobres chiquitines no tuvieron tiempo de ponerse pronto en cobro para ser recogidos por la Cruz Roja y algunos particulares. Quienes que ambulaban sin amparo, lloriqueando, buscando con los ojos algún

OBRAS DEL AUTOR

Publicadas:

Hostias de Fuego	(verso)
El alma de la siesta	(poema en verso)
Aurora Boreal	(verso)
La Esfinge Interior	(prosa)
Un Pedagogo Terrible	(novela política. Primera parte de «El Vientre de una Revolución»).

Por publicarse:

El Hijo del Diablo y el Hijo de Dios	(novela medianímica)
Cuentos Confidenciales	(prosa)
Poemas de reconcentra- ción y de conseja	(prosa)
Rapsodias noctámbulas	(verso)

En preparación:

El Vientre de una Revolución, 2ª. parte	(novela política).
--	--------------------

**Lo inevitable, es decir, todo el escenario de la
Revolución de Julio, en la Segunda Parte.**

La fuerza pública a pie y a caballo empezó a recorrer las calles, obligando a retirarse a los alarmistas y curiosos con bayoneta calada. Se preveían desgracias por la violencia inusitada que iba tomando cuerpo entre el pueblo y los agentes del orden.

— ¡ Que se busque, que se persiga a los criminales !
¡ Duro con ellos, por haber reducido a escombros el primer plantel de Instrucción primaria !

— Han hecho bien. — gritaban otros — Así deben destruirse las instituciones nefandas que chupan la sangre del pueblo ! ¡ Esto no es más que el principio ! ¡ Mañana ya se verá ! ¡ Buenos estamos para sufrir a tanto impostor, a tanto plantillero alzado a pedagogo o general !

El rumor fue convirtiéndose en protesta colectiva, por ciertos arrestos que se efectuaron de orden superior. El Intendente en persona, el Jefe de la Secretaría y un piquete de caballería salieron en persecución de los sospechosos, sindicados del incendio del Colegio de Internos «Crispín Rechupete».

De cierto corrillo de obreros salió la versión fatal. Hablaban con acalorado entusiasmo del «Comité Revolucionario de Maestros» y sin darse cuenta, lanzaron el nombre de Ampuero, a tiempo que pasaban varios piquetes de soldados.

— ¡ Ampuero cumplió su palabra ! ¡ Zabulón Ampuero ha proscrito para siempre un ganzo del Capitolio !
¡ No es otro ! ¡ Ocasante murió con su obra para siempre !

Entonces se lanzaron en su busca más de cien hombres armados. La confusión del momento, por una parte, y el deseo de lanzar al día siguiente un valiente manifiesto al pueblo despejando la incógnita, por otra, no le permitió a Ampuero tomar su portante, por más que Adalberto Chávez se desgañitaba incitándole en tal sentido.

De esta manera, al andar de pocos momentos y cuando intentaba formar parte de un grupo de mani-

festantes, fue empuñado por detrás, con tal violencia que cayó a tierra. En vez de ayudarlo a ponerse en pie, cargáronle a empellones, y garrotazos sin comiscación alguna.

Los circunstantes se aglomeraron en torno del pelotón de caballería que formaba un flanco infranqueable. Ampuero tuvo valor todavía para hacer un disparo, pero fue acogotado en seguida y en medio de insultos e imprecaciones fue llevado como un malhechor vulgar a la presencia del Intendente.

La sangre le corría a borbotones por la frente. Desgarrado el vestido, sin sombrero, dando destartalados traspies de inválido por los maltratos, fue encerrado en un calabozo y con la consigna final de ser enviado a Quito en el primer tren.

¡Qué noches aquellas! Adolorido, partido el corazón de pena, de vergüenza hondísima, por todas partes veía acusadores y verdugos. Quería explicarse valiéndose de la prensa; no se le permitió. ¿Quién había de pensar que no hubo forma de acelerar su situación, por el estado en que se encontraban los trabajos de reparación ferroviaria, iniciados recientemente?

— Esto no lo esperé jamás — exclamó decepcionado íntimamente. — Todos han huído y la mayoría se calla. Y los oficiales, ¿por qué se mantienen en reserva? ¿Qué esperan?

Como era de suponerse, días después, fue presentado ante el Jefe de Investigaciones. Ampuero era hombre denodado y gran catador de hombres y situaciones, para dejarse amilanar del todo. Dijo todo, sin añadir ni quitar nada.

— ¿Qué sacaría con ocultarles? Me expondría a las caricias del martirio en esta famosa dependencia. Estoy satisfecho de mi procedimiento. Ahora, si alguno quiere mi muerte, me entrego incondicionalmente.

— Nadie atenta contra su persona — dijo el Jefe

de Investigaciones; son imputaciones malhadadas de los que no miran bien a las autoridades.

— Después de lo que me han hecho la noche anterior, buena gana me queda de callarme.... Esto no puede pasar así no más.

— ¡Y es usted el que rompe todavía en amenazas?

— Yo espero la acción posterior de los que me harán justicia.

En efecto, casi al anochecer comenzaron a distribuirse hojas volantes por los lugares más concurridos.

«ANTE LA SITUACION — Un modesto hijo del pueblo yace aherrojado en un calabozo de la Policía, después de haber sido apaleado inhumanamente como un asno que arroja su carga. Se le ha acusado del incendio ocurrido en el Colegio de Internos «Orispín Rechupete», como si tal hecho mereciera la sanción oficial en los tiempos que alcanzamos, de plena educación laica. Nuestros gobiernos liberales deben inhibirse de conocer estos asuntos de fuero social. Pero no sucede así. Ahora bien, ¿quién es capaz de probar ésto? ¿Se han reunido comprobantes ciertos en contra del sindicato? ¿No hemos visto con harta frecuencia que no se cortan tantas manos criminales, en la persona de chinos, sirios y más comerciantes de dudosa nacionalidad, que con la mayor frescura, y después de precautelar bien sus intereses, con tercio y quinto, prenden fuego a sus almacenes, hasta reducir a cenizas manzanas enteras? ¿quién les señala con el dedo? ¿Qué ley les condena, aunque se les sorprenda con el tizón en la mano?

Si arroja alguna culpabilidad la conducta de Zabalón Ampuero, que se le coloque bajo la acción punitiva; pero que se le permita defenderse, que se le deje hablar, que haya un periódico que tome a su cargo la defensa. El momento requiere más tino con los que disponen de la tranquilidad pública. Tanto aquí, como en ciertos lugares de la República, nadie está seguro

en su casa, por diversas causas inherentes a la desdichada política que nos regalan.

Ampuero es solo un pretexto para que la situación actual se complique más. ¡Pudiera ser que, con este motivo, la cosa se ponga mal y la República toda entera arda en llamas!

OBREROS CONSCIENTES.»

Fue para peor. Ampuero fue aturrullado con más rigor en la prisión. Se creyó que, como instigador de las masas, pronto conseguiría amplias garantías, permitiéndole algún desahogo con algún amigo o correligionario.

Al fin probaría su inocencia, y entonces....

Cascante agotó hasta la exageración los medios de mantener en vilo la preocupación de las autoridades sobre su enemigo vencido al parecer, hasta que sucedió una cosa. Ampuero en un momento de tregua tuvo lugar de lanzar un reto de duelo a Claudio Cascante, desde la primera columna de «El Imparcial», lo que no le sonó a gloria a éste y optó por el silencio.

Cualquiera se hubiera dado a pensar que el olvido cobijaría como un sudario la memoria del recordado pedagogo guayaquileño, cuando un hombre, que desfilaba por el brocal de sombra de una calle, en el preciso momento en que él salía de conferenciar con el Gobernador de la Provincia, muy a deshora le saludó con una bala a boca de jarro.

Por la mañana toda la ciudad de Guayaquil intensamente exasperada con los últimos detalles políticos, referentes a las aspiraciones de la Oficialidad, engastados en nutridos artículos de fondo, casi no reparó en el hallazgo macabro de un cadáver arrumbado en uno de los suburbios, con una mancha de lodo en la cara, despojada de los «bifocales», despedazados a un lado.

Algunos aseguraron que en altas horas de la noche vieron a cierto joven de porte distinguido y señorial, con un libro en la mano. Llevaba una barbilla hirsuta y puntiaguda, como una arma cortante.

Ampuero marchó a Quito poco después.

¿Y Adalberto Chávez?....

La Muerte calla los nombres de los que se conceden altos poderes de justicia en un instante único...

Guayaquil, Marzo revolucionario, 4 de 1927.

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

	Págs.
PORTADA	III
DEDICATORIA	V
CARTELA DE IDENTIDAD DE ESTA OBRA	VII
Capítulo I.... — El grano de mostaza de un modesto mayor-domo	1
Capítulo II.... — Quién era Cascante y qué cosa amenazaba ser su proyecto	8
Capítulo III.... — Aparece un plantel y desaparece la paz de la tierra	15
Capítulo IV.... — Comienza a destacarse Cascante en el ciclo pedagógico	22
Capítulo V.... — Primero la Patria, después Yo	26
Capítulo VI.... — El golpe programático del C. de I. C. R. en el tiempo y en la historia	27
Capítulo VII... — Excursión escolar archicientífica al Estero Salado	41
Capítulo VIII.. — Origen de la autonomía escolar en el Ecuador	49
Capítulo IX. ... — El pasado y el presente de nuestras escuelas	58
Capítulo X.... — La fiesta del 9 de octubre a vuelo de pájaro	67
Capítulo XI.... — Exposición cívico-pedagógica de Claudio Cascante	73
Capítulo XII... — Se divisan las izquierdas en el escenario enemigo	80
Capítulo XIII.. — La obra educacional de Cascante en toda su plenitud.	93
Capítulo XIV.. — Se deslindan personalidades y responsabilidades	101

	<u>Págs.</u>
Capítulo XV... — Corto período de prueba del fundador. El vientre de una Revolución	109
Capítulo XVI.. — Frente único de los primeros trabajos revo- lucionarios	123
Capítulo XVII. — Tal contra tal. ¿Qué sucedía en el resto del país mientras tanto?	133
Capítulo XVIII. — Hazañas y hechos archipotentes de la primera Colonia de Vacaciones en el río Chanchán	144
Capítulo XIX.. — El oculto de la presencia en Guayaquil de unos oficiales incógnitos.	155
Capítulo XX... — Primera intentona de huelga de maestros en Guayaquil	173
Capítulo XXI.. — Una Asamblea de profesores pacíficos sin ma- yor novedad entre tantas novedades polí- ticas.	185
Capítulo XXII. — El gran día de la ira. — Estallido sobre la esfera del mundo. — Derrocamiento y caída de la obra de Claudio Cascante	195

OBRAS DEL AUTOR

Publicadas:

Hostias de Fuego	(verso)
El alma de la siesta	(poema en verso)
Aurora Boreal	(verso)
La Esfinge Interior	(prosa)
Un Pedagogo Terrible	(novela política. Primera parte de «El Vientre de una Revolución»).

Por publicarse:

El Hijo del Diablo y el Hijo de Dios	(novela medianímica)
Cuentos Confidenciales	(prosa)
Poemas de reconcentra- ción y de conseja	(prosa)
Rapsodias noctámbulas	(verso)

En preparación:

El Vientre de una Revolución, 2ª. parte	(novela política).
--	--------------------

**Lo inevitable, es decir, todo el escenario de la
Revolución de Julio, en la Segunda Parte.**